

PRO

PRO

PRO

PRO

31
E

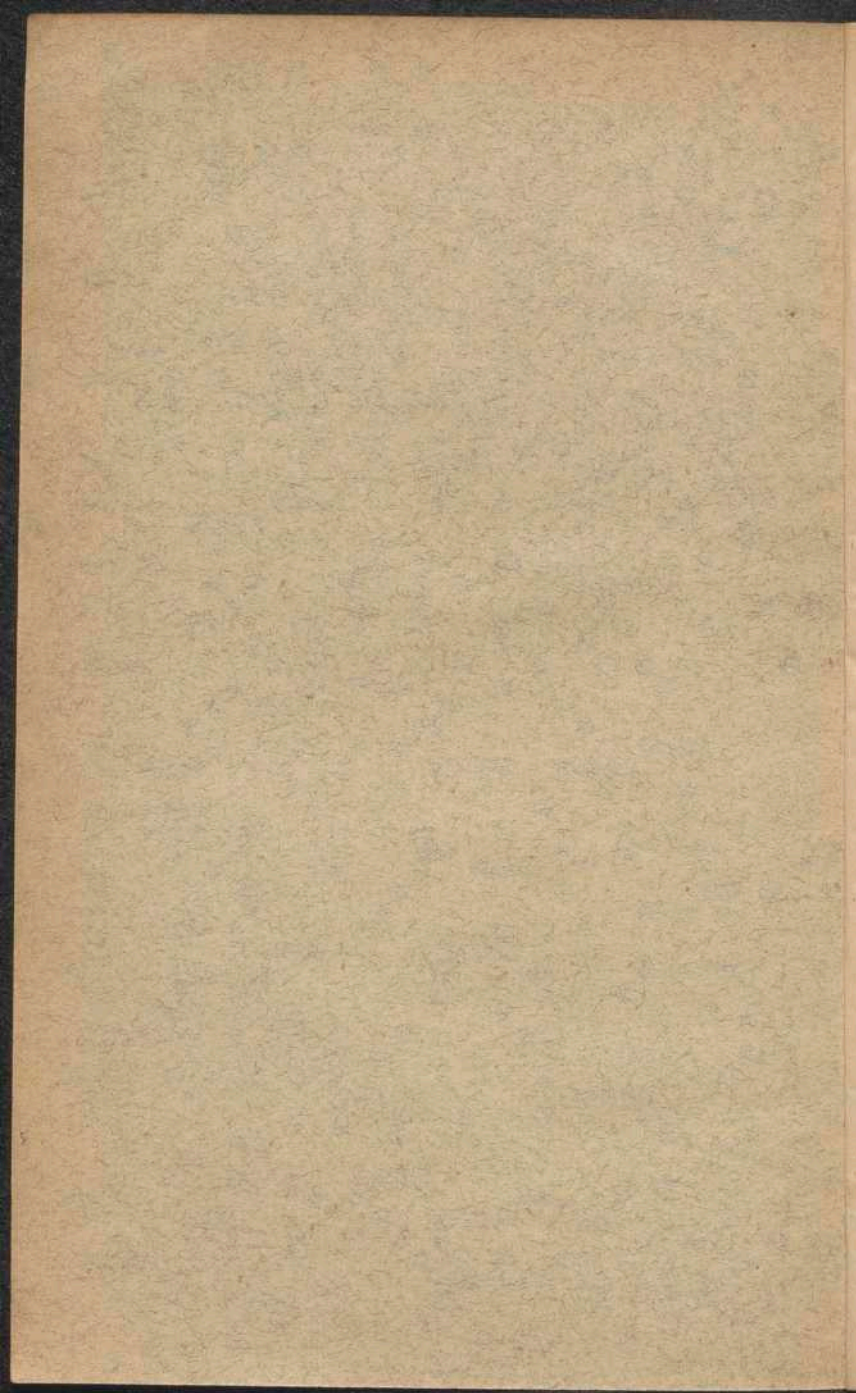
860-31

BAR

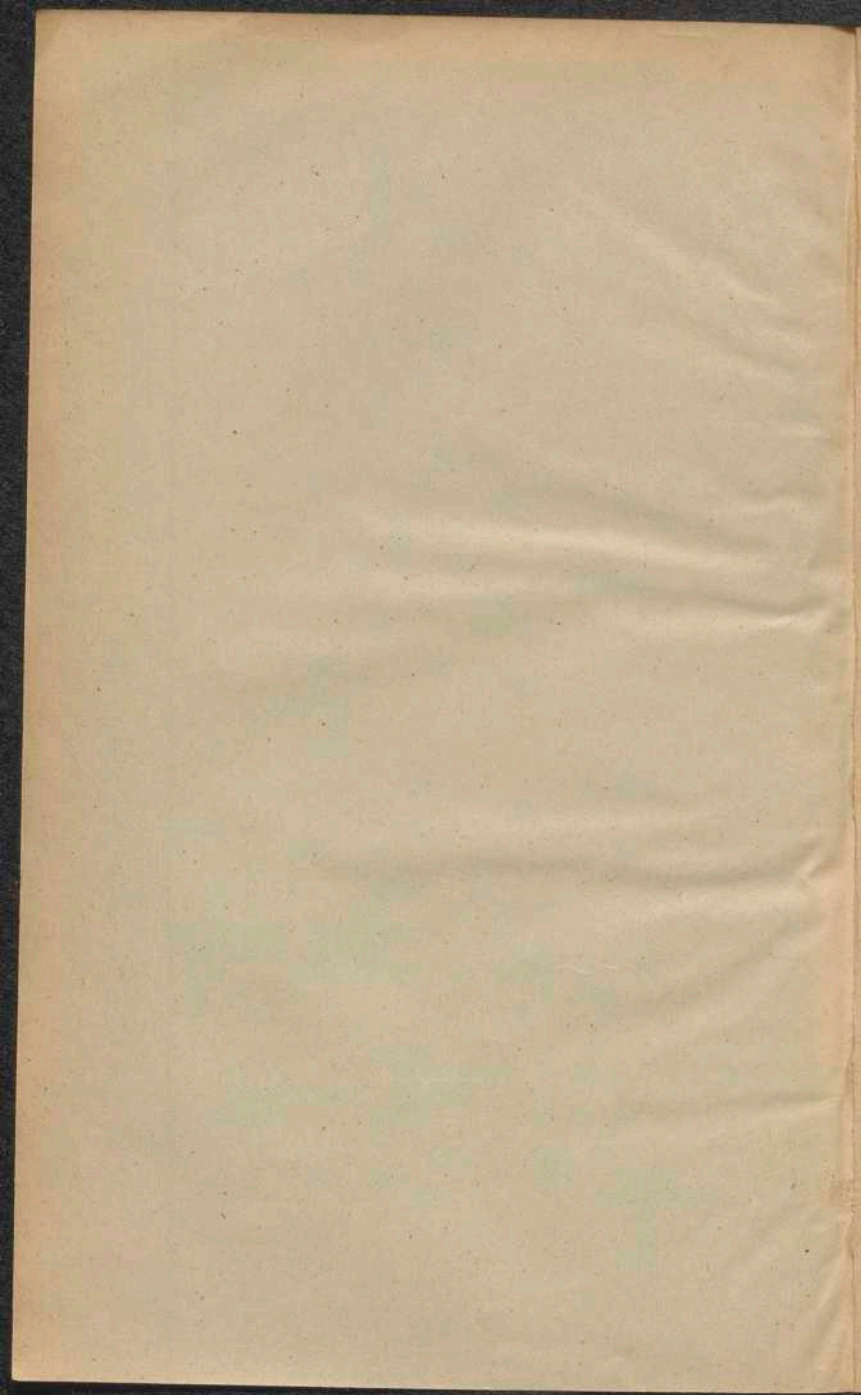
7

23
5
91

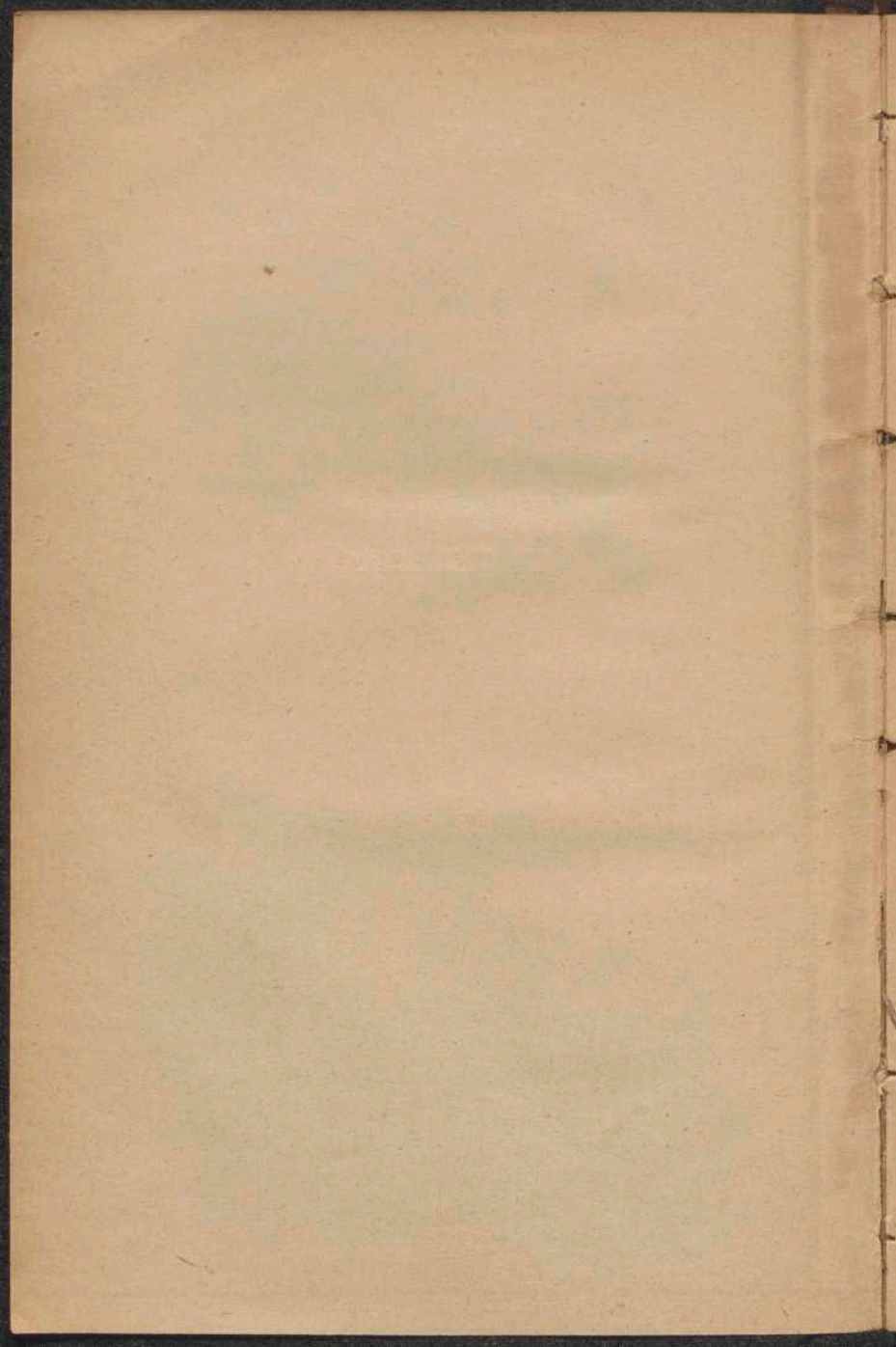
1445



120 / 5 / 91



GUERRERO



Hisce oculis egomet vidi.

Guerrero

y algunos episodios de su vida milagrosa.

NOVELA DOCUMENTARIA

estudiada, compulsada y escitta

por

E. BARRIOBERO y HERRÁN



MADRID

IMPRENTA DE ARROYAVE, GONZÁLEZ Y COMPAÑIA

Pizarro, 15

1906



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

R. 8294

2123

ES PROPIEDAD

Severiano había realizado la esperanza que acariciaba, desde que al volver de Cuba entregó sus galones y su chafarote de sargento y le pagaron la prestación de su valor con un documento ambiguo, del que leyendo piadosamente se podía deducir que alguna vez el Estado pondría en sus manos 400 pesos.

Después de todo, no podía quejarse de su suerte; hizo la campaña entera desde una oficina, en la que por concepto de gajes y *manos puercas* logró reunir hasta 6.000 reales en buena moneda, y una vez en la corte, tuvo la fortuna de encontrar un tabernero loco, que á cambio del abonaré le puso en posesión de su establecimiento con muebles y utensilios; verdad es que la tienda estaba muy destartalada; pero al ex militar le quedaban todavía 100 duros para lavarle la cara y poner las cosas en orden; el caso es que Severiano había soñado

muchas veces con tener una taberna en sitio céntrico, y la tenía nada menos que en la calle de Mesonero Romanos.

Al cabo de todas las reformas, abasteció bien su establecimiento y se colgó del cuello el inevitable mandil rayado de verde y negro.

La noche inaugural fué de prueba; seis horas estuvo la taberna llena de bebedores que, atraídos por las notas incoherentes de la *murga*, que á la luz de sus farolillos sucios entonaba polkas y valeses del tiempo de Pepe Botella, no querían pasar adelante sin aprovecharse del día único, según los inteligentes, en que los taberneros sirven el vino puro.

El dueño, el medidor y el ayudante sudaban la gota gorda, y ni aun así podían servir con puntualidad el considerable número de copas, medios chicos y quince que la concurrencia solicitaba.

Terminada la faena, los ojos de Severiano brillaron con un relámpago de triunfo al contemplar el cajón del mostrador lleno de perros grandes y chicos, que con bronceína elocuencia le felicitaban por su buen acuerdo y por su éxito incipiente.

—¡Ya soy tabernero!—se dijo soltando las cuerdas que ataban el mandil alrededor de su cintura. Ya soy tabernero... y la cosa no empieza mal.

Después se acostó medio vestido para levantarse con toda puntualidad á la hora del aguardiente, y ni el cansancio ni el sueño pudieron

servir de diques á su imaginación abrillantada por la luz de los trópicos, que indómita se marchaba á colocar peldaños para que Severiano pudiera llegar á los sitios del Ayuntamiento.

Es notable la psicología de algunos hombres. Severiano, cuando era sargento, hubiera pospuesto los entorchados de general al mandil de tabernero; de paisano ya, hubiera desdeñado también hasta el Gobierno civil de una provincia, y una vez en posesión de su ideal, trocada su esperanza en realidad tangible, caía suggestionado por el falso brillo, por la dorada corteza que oculta las amarguras y las miserias de la vida burocrática.

No es posible afirmar quién es más lógico, si el que va escalonando cuidadosamente sus aspiraciones y dedica á la inmediata todos sus esfuerzos, ó el que da á su ideal una forma definitiva sin detenerse un solo momento en las floridas arboledas en donde le ofrecen reposo y aliento circunstanciales, conveniencias y triunfos transitorios.

II

Así como cada país tiene su vegetación y cada región geográfica su fauna, puede afirmarse que cada lugar tiene su público; el de la taberna es inconfundible: abundan en ella los hombres de ocho á diez lustros, con corbatas

grasientas, cuellos anticuados, ropas deformes y bigotes lacios.

En Madrid no es el obrero el que más tiempo consume en estos parajes; cuando encuentra en la calle á sus compañeros ó amigos, entra con ellos, toma de pie una copa y sale inmediatamente.

Constituyen el público de la taberna, polizontes de infima categoría, alguaciles de Juzgado libres de servicio, retirados del Ejército con escasa pensión y cesantes ó vagos, amén de algún pequeño industrial ó comerciante á quien la clientela no causa muchas fatigas, y algún señorito que hace oposiciones al ingreso en el hampa.

Organízanse partidas de mus ó de tute, que duran muchas horas, en las que *cada uno hace lo que puede* á beneficio de su bolsillo y en perjuicio del tabernero, cuando éste no es lo suficientemente avisado para hacer una raya de tiza en la pizarra por cada *convidada*.

La clientela de Severiano se diferenciaba poco de la que favorecía á los demás de su gremio; ahora bien, en el abigarrado conjunto de los tipos ordinarios, cuya referencia queda hecha, destacaban dos, dignos de mencionarse *nominatim*, puesto que cada uno de ellos reunía méritos suficientes para ser librado de la obscuridad que consigo trae la mansión *intercæteros*.

A las once en punto de la noche, con exactitud cronométrica, se acercaba al mostrador y

pedía *un quince*, que sorbía sin detenerse á respirar, una mujer alta, robusta, morena, de mirada franca y acariciadora que, á no faltarle todos los dientes superiores, podría pasar por una de esas bellezas perdurables, por una de esas mujeres sugestivas y hermosas, que con los encantos de su segunda juventud tuercen más vidas y descuajan más haciendas que cualquiera de esas otras mujercitas tiernas, delicadas y quebradizas que al hombre de gusto exquisito le brindan los encantos de una eterna niñez. Llamábase Juliana y era su trato agradabilísimo; vivía de los rendimientos que le producía el alquiler de su gracia, que ofrecía todas las noches en la esquina más próxima á la taberna de Severiano. He aquí el primero de los tipos excepcionales cuya presentación anuncié.

El otro se apellidaba Guerrero y nada más; nadie sabía de dónde había venido, ni adónde se dirigía; su nombre de pila y los demás patronímicos que le correspondieran, fueron siempre un misterio para todos.

Vestía Guerrero un traje completamente cubierto de manchones grasientos; el chaleco escotadísimo dejaba ver una pechera salpicada de vino y aceite; á su sombrero no se podía mirar sin repugnancia, y en cuanto á sus botas, bastante decir es que el llamarlas botas es un acto de acendrada piedad.

Representaba unos cincuenta y cinco años, aun cuando algunos detalles de su rostro daban á entender que no tenía tantos. Sus ojos grises

estaban por lo que al colorido respecta en armonía con su bigote, y aun pudiera añadirse que en cuanto á movilidad, pues ni uno ni otros descansaban un momento.

Guerrero tomaba posesión de la taberna á las dos de la tarde, cogía al vuelo cualquier invitación á comer ó beber y era siempre el último que se retiraba; todas estas horas las pasaba jugando á lo que hubiera partida, pues como buen andaluz y malagueño por añadidura, á todo era punto fuerte, tan fuerte, que jamás perdió un céntimo, ni una copa; confiando sin duda en su suerte ó su destreza, llevaba su seguridad hasta el extremo de no sacar dinero del bolsillo; en las discusiones entre el tabernero y los parroquianos, daba siempre la razón al tabernero, y cuando los parroquianos discutían entre sí, antes de hablar hacía un escrupuloso estudio analítico del pelaje y las circunstancias de cada uno.

III

Aun cuando los signos exteriores hicieran presumir lo contrario, Guerrero tenía familia; mejor dicho, la familia de Guerrero tenía *un cabeza*, un representante legal, á quien á cambio de su tutela y representación putativas, debía suministrar cama, desayuno y comida; la cena, el tabaco y las copas; él se ingeniaba

para proceder á su conquista y en caso desgraciado, la paciencia y la conformidad sustitúan la satisfacción de estas necesidades.

La mujer de Guerrero era una vieja, pues vieja sin tiempo habíanla hecho los quebrantos y la mudanza rápida de una vida tranquila y dotada de lo necesario á los horribles azares de la miseria; era una vieja, digo, francamente antipática: pequeña, encorvada, coja, de nariz recta y cartilaginosa, mejillas amoratadas y fruncidas, barbilla puntiaguda, ojos pequeños recelosos y curiosos y habla chillona y desabrida. Evocaba el recuerdo del Magismo y daba idea completa de lo que debieron ser los confidentes de Nostradamo, Ruggieri y Saint-Germain; seguramente que sorprendida en los tiempos del *gran* Felipe II entre redomas y crisoles, no se librara del Sambenito y la coraza llameada.

A esta horrible visión llamaban madre dos muchachas hermosas y simpáticas, que á fuerza de puntadas menuditas para satisfacer los caprichos del vampiro á quien servían, elaboraban el pan de la familia y perdían poco á poco el brillo de su mirada, en la que, no obstante su poca edad, se notaba ya esa pátina de melancolía, triste sello marcado en los rostros jóvenes por el abuso del trabajo.

Narcisa, la mayor, era morena, gruesa y encarnada como si viviera en la molicie ó respirara los aires saludables del campo; desde el primer momento habíase doblegado á la miseria

y aceptaba con resignación la necesidad de trabajar para los suyos. A uno de los dos remos que movían aquella pesada galera, había encaadenado su materia y trabajaba sin levantar cabeza horas enteras; su espíritu, en cambio, permanecía en salvaje libertad. Carecía por completo de afectos, no le interesaba su familia y ni una sola vez, á lo largo de sus dos docenas de años, se había detenido á pensar un momento en el hombre con quien el destino habría de unirle tarde ó temprano, para compartir con él tristezas ó alegrías. Ninguna idealidad la conmovía y gracias á esta indiferencia era un caso raro de mujer que en nuestro tiempo, y á pesar del remolino siempre abierto que con insaciable voracidad se traga la pureza de las jóvenes, había llegado á sus años conservando por completo la virginidad moral; era, pues, una mujer extraña, que de haber revelado su condición, muchos hombres de los que se asustan de la impudicia y la desmoralización difundidas por la educación moderna, que ponen en grave trance la virtud total de la mujer del día, hubieran corrido tras ella en desenfrenada carrera y puesto en juego toda clase de ardides para conquistar su valioso cariño.

La otra era rubia, espiritual, melancólica, de mirada triste y soñadora, excesivamente pálida, como doncella cansada de serlo, de facciones perfectas y expresivas y andar pausado y mayestático. A primera vista se notaba en ella, como característica de su tipo, un orgullo nada

repulsivo, pues desde el principio se revelaba como cimientó de esperanzas de realización probable más bien que posible.

Dolores, que así se llamaba, durante su ruda tarea se quitaba muchas veces el dedal, prendía la aguja en la labor y permanecía minutos enteros con la mirada perdida en el angosto recinto de la habitación. ¿Se rendía á la fatiga? ¿Se presentaba, deslumbrando los ojos de su vigorosa imaginación, el caballero que después de haber vencido á los grifos guardadores de su prisión, se arrodillara á sus pies y con mano firme y nerviosa quebrara las cadenas de la miseria que la sujetaban en su mazmorra lóbrega y triste? Nada de esto.

Dolores, ni era holgazana ni estaba enamorada; sabía demasiado que en su angustiosa situación sólo podía ser pretendida por un menestral á quien tuviera que servir, y ella, como todas las mujeres de la clase media, buscaba en el matrimonio un medio de emanciparse, de elevarse, de prosperar, de romper para siempre con sus amarguras y malandanzas; de no proporcionarse esto, era mucho más práctico sostener el celibato hasta una edad razonable, y después... recibir un amante que, al abandonar el pasajero capricho, dejara con sus dádivas y con sus lecciones de experiencia, elementos para seducir otro que le reemplazara.

Los armisticios que Dolores solicitaba de su enemigo el trabajo, los invertía en otra cosa; una voz secreta, nacida dentro de sí misma y

por tanto digna del mayor crédito, le anunciaba triunfos, prosperidades y venturas... ¿Cuándo?... ¿Cómo?... ¿Por mediación de quién había de llegar á tanta dicha? He aquí lo que constantemente preguntaba Dolores al tiempo y al espacio.

La familia Guerrero vivía en un cuartucho interior de una de las calle que enlazan la de Mesón de Paredes con la de Embajadores; con decir que el alquiler mensual importaba la suma de treinta reales, podrá el lector tener idea exacta de lo que era aquella vivienda compuesta de una sola pieza que hacía de comedor, gabinete y cuarto de costura, en la que había una alcoba sin luces, destinada á dormitorio de las dos hermanas; en la cocina había otra alcoba, también oscura, para el matrimonio.

Los Guerrero tenían además un hijo algo mayor que sus hermanas, pero éste ya se había emancipado: bonachón y débil de carácter, se dejó cazar por un ropero del Rastro que le tendió un lazo para casarlo con una hija suya, cuyo historial poco edificante, corría por la vecindad de lengua en lengua... ¡Pecados de la juventud! ¡Qué caros os hacéis pagar algunas veces!

IV

Durante tres años venía la familia Guerrero sufriendo las acometidas terribles de la desgracia que tan de pronto hubo de tomar posesión absoluta, brutal de todos ellos.

Guerrero, en su mocedad, había sido dependiente mayor de un almacén de comestibles; unos meses antes de contraer matrimonio, consiguió establecerse en una capital andaluza y los negocios le fueron bastante bien, tanto que, sin imponerse con ello grandes sacrificios, pudo costear á su hijo el grado de bachiller y proporcionar á sus hijas una educación en la que no faltaban los hoy indispensables complementos de francés y piano.

Sin hacer fastuosas ostentaciones vivían bien y eran estimados, envidiados algunas veces, por la población en donde tenían su residencia; pero un mal negocio, una baja considerable en el precio de los aceites, que eran la base de su especulación, dió al traste con la fortuna de Guerrero y le puso en el amargo trance de quebrar; eso sí, de manera honrada y digna, pues repartió entre sus acreedores todo lo que tenía, y gracias á la magnanimidad de un amigo pudo acomodar su familia en un modesto coche de tercera y marchar á la corte con ella, huyendo de los sinsabores que ocasiona—como

Guerrero decía—el que nos vean sin camisa los mismos que de nosotros solicitaron, con lágrimas en los ojos, un pedazo de pan.

Del naufragio nada se salvó: hubo que vender hasta las ropas de lujo y amén de lo invendible constituían el equipo de la familia emigrante, el título de bachiller del chico, encajado en un marco de roble con filete de bronce, y un diploma que ganó Guerrero al concurrir con las mercancías de su comercio á una Exposición regional.

El jefe de aquella desdichada familia, había conseguido sustituir la fortuna deshecha con un capital en proyectos y esperanzas que, como no conocía la vida de Madrid, le parecían de fácil realización; pero el tiempo no fué perezoso para desengañarle.

Cuando hubo acomodado á su familia, comenzó á correr calles y plazas en busca de la anhelada peseta; pero ¡ay!, que en Madrid es siempre veda para este género de caza y siguen los hombres sin empleo y los empleos sin hombre, como en los tiempos del epigrama famoso: *hay más burros que pesebres*, dice hoy el pueblo con frase pintoresca, y bien pronto Guerrero hubo de sentir sobre sus espaldas desolladas por la miseria, el brutal latigazo de estas máximas.

Todo lo intentó; no hubo rincón que no escudriñara, pozo en donde no arrojara su sonda; levita conocida á la que no quitara vilanos... En unos sitios lo rechazaban de pronto y sin

apelación; en otros, lo entretenían con promesas vagas, y otros lo explotaban, sin pagarle un solo céntimo, hasta que caía de sus ojos la tupida venda de la esperanza.

Pasaban días y días, todos iguales, todos tristes, todos infecundos, todos estériles en cuanto á señales de mejoría, y Guerrero no lograba llevar á su casa nada que aliviara la situación angustiosa de los suyos.

Las chicas, recomendadas por algunas amigas, encontraron pronto en donde ganar un mezquino jornal; pero esto, en vez de mitigar las penas de su padre, las hacía mayores. Al pobre Guerrero se le saltaban las lágrimas cada vez que pensaba en que su pan era la vida de sus hijas, inmolada con santo fervor para tornar propicios los hados, á fin de que cesara la perdurable tempestad de contrariedades que á todos ellos los ponía en trance de muerte, y se veía á punto de perder la razón cuando pensaba en que en vez de ser el sostén y el apoyo de aquella casa, era una carga pesadísima, insoportable para los hombros flacos de aquellas santas mujeres.

Estos disgustos debía tragarlos además aderezados por el amargo sainete de las recriminaciones que su mujer le dirigía, pues por naturaleza plañidera y rezungona no cesaba de hacerle cargos, inculparle de todas sus desdichas y requerirle á que ganara de comer ó abandonara para siempre aquella casa; al principio, aunque á regañadientes, le apartaba todas las

semanas unos cuantos céntimos para tabaco; después, esto mereció consideración de «vicio» y fué suprimido; luego le suprimió también la cena, más tarde el desayuno y, por último, un día de mal humor, concluyó por decirle que se las buscara como pudiera, pues había decidido trasladarse á otro cuarto más barato en el que sólo podría colocar una cama para ella y sus dos hijas; éstas protestaron contra la determinación de su madre, pero Guerrero, acostumbrado ya á todas las calamidades y desdichas, escuchó con indiferencia el chaparrón de improperios, y dispuesto á no volver más que de visita, salió, despidiéndose mentalmente de los restos de su ajuar, y sobre todo del diploma que le había acompañado en sus mejores tiempos.

Ya en la calle, otro que no hubiera ganado su sangre fría y su calma como Guerrero, á fuerza de golpes contuendentes, antes de tomar un camino hubiera tenido que reunir todas sus fuerzas para soportar la visión trágica del Hospital, los Asilos, la Cárcel ó la muerte. Guerrero movió la cabeza nerviosamente, acaso con intento de sacudir de su cerebro preocupaciones y tristezas, y sin vacilar un momento en cuanto á la dirección que debía seguir, marchó derechamente á la taberna de Severiano, único sitio en donde tenía una cosa que hacer, una misión que cumplir, jugar al mus, al tute ó al dominó, con el primero que llegara.

V

Juliana, llamada entre las de su oficio la *Butaca*, sin que nadie hasta la fecha haya podido conquistar el origen y consecuencia de este apodo, vivía en una de esas callejuelas tortuosas y estrechas que hay detrás de la plaza de la Cebada, y en una casa que recordaba los escondrijos en que, según las crónicas y novelas de la época, se hacían fuertes los revolucionarios de *chin chin* y barricadas para sustraerse á las represalias del vencedor ó á los edictos de proscripción dictados por los Gobiernos que circunstancialmente se apoderaban del Régimen.

Al cabo de quince ó veinte escalones medio derruidos, sin ataques y cuajados de guijas salientes y agudas, encontrábase un pasillo largo y estrechísimo, sembrado de pequeñas puertas menudamente empaneladas, que, con toda propiedad, parecía una colmena; todas, excepto la de Juliana, ostentaban letreros anti-ortográficos que anunciaban la profesión ó el comercio de los inquilinos: en uno decía *Frabica é pelotas de joma*, en otro *Lavadera*, en otro *Ze echan culos á las ziyas*, y por el mismo estilo los demás. Dentro ya, disponía Juliana de un pasillo muy largo, por el que no podía andar más que de costado y conteniendo

el aliento; este cañón de espingarda desembocaba en una habitación rectangular de baja techumbre y una extensión así como de seis metros cuadrados; al fondo quedaba una cocina de techo abuhardillado, tan pequeña, que después de vanos intentos tuvo Juliana que consistir de guisar en ella.

Constituían el mobiliario del salón principal, casi único de la casa, una cama de hierro con dos colchones de tela adamascada y una cubierta con los colores nacionales en estrechas bandas; un baúl mundo forrado de *moirée* metálico, una mesa siempre sucia, sobre la que había plegado un mantel áspero y grueso y un brasero que hacía de fogón, colocado sobre una tarima de chopo sin pintar.

Adornaban las paredes de la estancia un crucifijo de hueso amarillento, á quien la expresión desacertada del dolor daba un aspecto grotesco; una litografía borrosa y recortada, sin duda para ajustarla al marco, que pretendía representar á la Virgen del Carmen; una guitarra, de cuyas cuerdas sólo quedaba el bordón, y una navaja enorme de catorce muelles extendida sobre tres clavos.

De intento he dejado la sillas para lo último; eran éstas tres, y entre ellas ninguna relación de parentesco existía; una con el asiento de cuero, otra de tapicería, con la cubierta de *reps* verde en bastante buen uso, y la otra de paja, de las llamadas de Vitoria. Traídas á franca confidencia, cada una podía contar la

historia de una familia que con distinto principio había venido á coincidir con las otras en el término de sus desdichas. Indudablemente fué la muerte quien juntó á las tres en el chiribitil del Rastro, adonde acaso vinieran: la primera desde el estudio de un abogado sin pleitos ó un médico sin enfermos; la segunda desde un nido de amores ó desde el gabinete coquetón de alguna viuda rica y presuntuosa, y la tercera desde la salita de una menestrala, á quien la muerte de los suyos puso en trance de vivir en compañía de una amiga ó de tomar comunión en el templo de Citheres. Si los muebles viejos se dignaran hacer confidencias, ¡qué amena sería la historia interna de la humanidad!

La caída de Juliana fué vulgarísima, de una vulgaridad extraña y negativa; nació y creció en un pueblo agrícola, y en sus primeros años acompañó á sus padres en las tareas del campo; después, á éstos sin duda les dolió deformar con el trabajo las gracias espléndidas que se anunciaban en su hija, todavía adolescente, y la enviaron á Madrid para ver si hacía fortuna, y á este fin lograron acomodarla como sirvienta en casa de unos señores ricos; de allí salió cuando contaba diez y nueve años, y sin que jamás pudiera explicarse la causa ni el motivo, no volvió á encontrar colocación.

Vióse, pues, en medio de la calle, con la noche y el día por todo patrimonio, con los quicios de las puertas por lecho y la esperanza por alimento; resistió una semana; pero como

su situación no mejoraba, hubo de rendirse al primero que le ofreció alivio momentáneo para sus fatigas; después rodó, rodó, fué inscrita en los registros oficiales y encontróse su tiempo y sus paseos reglamentados estrechamente.

Jamás supo el nombre ni pudo recomponer el tipo físico de su primer amante.

¿Vivía sola la *Butaca*? Andaba sola por las calles; sola descansaba en su lecho durante las horas del día; pero no vivía sola; en un cafetín de la calle de Toledo hacía siempre su última parada, y de allí salía siempre cogida del brazo de un jovenzuelo peinado con persianas y afeitado cuidadosamente, que vestía chaquetilla corta, calzaba estrechas botas con caña blanca y cubría su cabeza con una pequeña gorra de color gris, que dejaba ver una coleta raquítica y doblada sobre el hueso occipital con mucho cuidado.

El amante de Juliana era un torero, conocido en los carteles de Tetuán por *El Merengue*, á quien ella se prometía proteger hasta ponerlo en condiciones de que debutara en la Plaza de Madrid, suministrándole ropa y dinero para que pudiera alternar, sin quedar mal en las tabernas y los cafés, con los *prohombres* y grandes figuras del arte taurino.

Al llegar á casa vaciaba ella su bolsillo, tomaba él lo que tenía por conveniente, descansaban unas horas y salía el émulo de Montes á lucir el talle, mientras la *Butaca* entusiasmada se quedaba diciendo *in mente*:

¡Qué güeno es tener un hombre que á una le haga sombra!

VI

No era sólo agradecimiento, ni sólo conveniencia, ni sólo necesidad lo que unía estrechamente á la *Butaca* con aquel hombre; cierto que cuando ella caía en manos de los de la *ronda*, como si el resplandor de las medallas fuera un conjuro mágico que le arrancara del corazón de las piedras, siempre aparecía el *Merengue* con su charla sugestiva y su duro dispuesto á derretirse sobre el mostrador de un tabernero y en pocos minutos recobraba para ella la libertad; cierto que si algún chulo al pasar se dignaba mirarla mal ó dirigirle alguna frase malsonante y ella indignada levantaba la voz, de entre las sombras salía siempre fosco y airado el fiel *Merengue*, con la navaja empalmada en la diestra, dispuesto á castigar al insolente; cierto que si algún *miquero* de menor cuantía osaba negar á Juliana el estipendio que á su decir había ganado honradamente, se daba maña ella para retenerlo á su lado con buenas palabras y conducirlo sin que se diera cuenta hasta los dominios del valeroso *caballero*, ante quien, sin excusa, tenía que rendir la vida ó el bolsillo; pero sobre todo esto que el *Merengue* hacía gustoso, proponiéndose pagar

con ello la protección y la comida, existía algo intangible, algo espiritual que quitaba de estos hechos la vulgaridad abrumadora y la frase canallesca, se amaban y se amaban tiernamente, como pudiera amarse la novia de virtud más indiscutible y el prometido más pundonoroso y recto, sin que la materia fuera por ningún concepto base de esta relación. Rodando cada uno por su lado, como piedras desprendidas de la cumbre de una montaña, se encontraron, se fundieron sin ceremonias ni fórmulas en estrecho abrazo y abrazados determinaron vivir; á esta unión tan natural y espontánea, él aportaba su brazo fuerte, su corazón templado en el desdén para la lucha, su anhelo de un cariño cuya existencia presumía, pero jamás había disfrutado, su deseo vehemente de que una mujer le acariciara, como había visto en su continuo vagar de noctámbulo que hacían otras, hasta en medio de la calle con sus compinches y amigos.

En cambio, ella ponía á los pies de su dulce compañero un corazón en el que ningún hombre arrojó hasta entonces la semilla del amor; la tierra era fértil y vigorosa; el fruto podía ser robusto y sano.

Hay entre el corazón del hombre y el de la mujer esta diferencia: en el del hombre puede nacer y crecer por sí solo un cariño intenso; en el de la mujer es preciso colocar primero la semilla y después atender cuidadosamente á su cultivo; las mujeres son sinceras muchas veces

cuando piden tiempo para contestar á un requerimiento amoroso y cuando replican á los asedios de un amante y á su larga historia de sacrificios, que de nada se habían enterado. En su condición de objetos de arte, las mujeres no tienen valor, no despliegan sus excelencias hasta que no son intensamente admiradas.

Aportaba, pues, Juliana una virginidad especial, rara, digna de gran aprecio, hasta entonces no le había parecido mal ni extraño ver roncar como bestias á sus amantes de una noche, ni le había molestado el que á la mañana se marcharan sin cambiar con ella un último beso; ignoraba que sobre el ayuntamiento de la carne hubiera más; ni siquiera presentía esa cópula espiritual cuyas delicias gozó con tanta fruición desde el momento de su alianza.

VII

Guerrero, expulsado del domicilio conyugal, pasaba todo el día en la taberna de Severiano; allí le buscaban algunos conocidos, estudiantes y literatos, con quienes había hecho amistad en alguna juerga, para que hiciera recados, tales como empeñar ropas, llevar cartas, vender libros, etc., y con alguna propina que por este medio recogía y con algunos *perros* que sus contertulios se dejaban ganar, iba viviendo trabajosamente á fuerza de contarle al estómago,

ahora un cuento de judías, más tarde otro de sardinas prensadas, y en los días de fortuna, narraciones fabulosas de callos con pimentón. Como si fuera muy feliz, llevaba siempre la sonrisa en los labios y la canción picaresca en la garganta, descansando solo para decir algún chiste siempre ameno ó alguna graciosa hipérbole de su país; cuando la *Butaca* entraba en busca de «su quince», Guerrero agotaba su repertorio.

—Azín como uzté zon laz que me tié mandás er Méico... ¡Regitanaza!... ¡Ajola que no amanezga hazta que ozté prencipie á quererme...

Juliana daba las gracias con una sonrisa desdenosa y se retiraba discretamente; á veces Guerrero dejaba las cartas sobre la mesa y salía á la puerta de la taberna para observar su dirección. Después averiguó que aquella mujer tenía un apaño y fué más parco en sus requiebros.

Cuando cerraban la taberna se iba á un café económico, y allí confortaba su estómago con un churro y un vaso de *moquíquí* (antes rúcuelo), entre sueño y sueño que, por excepción y como parroquiano asiduo, le dejaban dormir.

Después vagaba, vagaba sin rumbo ni oriente, volteando sobre las olas de su desgracia, luego de haber escupido al aire la sonrisa postiza y el falso buen humor que durante el día ostentara.

Cuando hacía sol y el tiempo era seco, en las primeras horas de la mañana marchábase

á dormir al campo; cuando esto no podía ser, se conformaba con lo que había dormitado en el cafetín.

Una vez á la semana iba «de visita» á casa de los suyos: sus hijas le obligaban á mudarse de camisa y en la entrevista no se cambiaban más palabras que las necesarias para requerirle á satisfacer esta necesidad; á veces le consentían dormir un rato en un destartelado sofá que había en la única habitación de la casa, y cuando se despedía, sin duda para que la impresión de la visita fuese más amarga, le decía desde la cocina su mujer con voz cascada y temblona:

—¿Todavía no has encontrado trabajo?

¡Qué había de encontrar, si vencido y convencido ni siquiera lo buscaba!

VIII

Las cosas de aquel día no habían salido mal; á las seis de la tarde se presentó en la taberna de Severiano un extraño personaje buscando á Guerrero; éste, después de tomar una copa con el recién llegado, dió las cartas al tabernero y salió á la calle con su amigo, pues amigo debía de ser á juzgar por la forma efusiva en que se saludaron y por el modo familiar con que se cogieron del brazo para salir.

¿Quién era el amigo de Guerrero? Casi un

prohombre. Alto, delgado, pero marcial y gallardo, sin esa flacideces de cuerpo, ni ese movimiento péndulo y desairado de los bravos que suele caracterizar á los hombres altos; gastaba melena, pero melena reluciente, muy bien cuidada y tan negra que hacía parecer blanca la piel mate de su frente surcada por larguísimas arrugas. Sus ojos eran también negros, ni muy pequeños ni muy grandes; á veces se veía brillar en ellos esa luz centelleante, característica de los observadores perspicaces. A veces sus pupilas aparecían impregnadas del todo en esa melancolía de los inteligentes vencidos; á veces provocaba de rufianesca manera con una mirada insolente y sostenida; á veces acariciaba irradiando sobre su interlocutor un nimbo de dulzura. Sus labios encarnados y finos parecían modelar las palabras ó besar las ideas que iba emitiendo en su amena conversación.

En su vestido se adivinaba pobreza, pero una pobreza discreta y pudorosa, sofocada y domada con grandes esfuerzos y prodigiosas combinaciones propias del hombre que con toda precisión conoce el valor social, el *valor en cambio* de los hombres, y ha observado cuidadosamente las distintas posturas y las distintas sonrisas que para saludarle usan sus conocidos el día en que logra estrenar un traje ó el día en que su desgracia no le permite vestirse de limpio.

Paco Montenegro escribía; esta era su principal ocupación y escribía de Literatura, de Filosofía y de Crítica; de tarde en tarde conse-

guía publicar algún libro que trabajosamente iba vendiendo. La opinión no había hecho acerca de él un juicio definitivo; esperaba más, mucho más, y él también se proponía hacer más y lo haría seguramente porque era joven, impulsivo y estudioso.

Sobre su cabeza pasaban en turbulentas ráfagas los odios de camarilla, la enemiga profesional, la traidora maldición de los que auguraban su triunfo y todo esto le arrancaba dolorosas lágrimas, pero lágrimas de esas que se paladean y se tragan y se convierten en bilis que abrasa y hace viejo cualquier organismo joven. Agradecido, como todo luchador desgraciado ante el elogio de un entusiasta, rendía todas sus amarguras y daba por bien pagada su labor.

La vida de Montenegro tenía otro aspecto interesante: desde su adolescencia habíase afiliado á los grupos más radicales de la política, y en las reuniones públicas había pronunciado discursos más violentos en el fondo que en la forma, pues para exponer teorías incendiarias, sabía encontrar frases dulces y elegantes. Hablando era poeta; escribiendo filósofo y observador. Con una vida de trabajo incesante, logró arrancar de la obscuridad su nombre y tener un grupito de admiradores que constantemente le ofrecía sus respetos y le mostraba simpatía para neutralizar con ello las amarguras de que trabajaba por rodearle la canalla maldiciente.

Más de una vez los Gobiernos reaccionarios pusieron sobre su cabeza el odioso bastón, que representa el cocido de unos cuantos más bien que la ley de todos, y Montenegro pasó en la cárcel larguísimas temporadas.

Parecía extraña la alianza de dos elementos tan distintos; pero al decir de Paco, Guerrero, como *hombre adjetivo*, no tenía precio, y ¿quién que sin triunfar haya destacado su nombre del abismo insondable de lo innominado, no necesita valerse muchas veces de un hombre adjetivo para combatir con su ayuda en las luchas, apremiantes siempre, contra el dolor, la escasez y la miseria?

Aquel día le buscó para que tratara con un librero de viejo acerca de la venta con menos precio de cien ejemplares de un libro salido de la imprenta cuarenta y ocho horas antes. Guerrero era hábil para estas cosas, logró convencer al comprador, y una hora después de solicitado su servicio se reunía en la acera de Gobernación con el escritor y ponía en sus manos un puñado de pesetas.

Cenaron juntos modestísimamente, y á las nueve de la noche volvía Guerrero á la taberna con dos pesetas en el bolsillo y un guisote de patatas, zanahoria, cebolla y carne en el estómago.

IX

Llegó la hora de cerrar la taberna. Guerrero, casi capitalista, no quiso sacrificar á sus amigos y solo aumentó en dos reales la suma *fabulosa* que tenía en su poder.

La *Butaca* entró como todas las noches á tomar el quince y á escuchar el requiebro; cuando fué á pagar, el vagabundo se levantó gallardamente y dijo con arrogancia:

—No se moleste uzté, arma mía, que ezo y y tó lo que pian esoz labios que paisen dos tajaitas de limón durse, está pagao.

Juliana dió las gracias, tomó otro vaso con que Guerrero la obsequió nuevamente y salió á buscar el pan para ella y su querido.

Algunas horas después vagaba Guerrero por calles y plazas tarareando un cantar de su tierra, que dice:

Soy más bravo que un león
desde que apagué la pena
que ardía en mi corazón.

Podía pagar una cama en sitio decente y á lo largo de la noche muchas veces estuvo por hacerlo; pero no le pareció bien «acostumbrar el cuerpo á malos vicios» y siguió vagando.

Cierto es que la noche convidaba más á pasear que á dormir. Ni una nube empañaba el

oscuro azul del cielo y las estrellas á favor de una sequía prolongada resplandecían como lenguas de fuego; la Luna, la perezosa Luna no quiso poner en aquellas noches su brillo mate y su luz blanquecina junto al oro incandescente de sus compañeras de vigilia; sólo algún somnoliento farol rompía en un trecho reducido la espesa sombra recortando las figuras de los noctámbulos y limpiándolas por brevísimo espacio de las deformidades que á ellas adoraban las tinieblas.

Guerrero, cansado de andar, dió con sus huesos en un cafetín; pero al entrar detúvose sorprendido; lo primero que se ofreció á su vista, entre el humo denso del aceite y entre el conjunto abigarrado de rostros humanos que poblaban las mesas de marmol abrigantado por la grasa más bien que por el pulimento, fué la exuberante humanidad de su amiga la *Butaca*.

Juliana estaba sola. Guerrero, ni corto ni perezoso, tomó asiento á su lado aun cuando ella le anunció que esperaba allí á *un hombre*.

Era el cafetín una habitación cuadrangular, con puertas á dos calles: en uno de los lados estaba el mostrador revestido de lata y en uno de sus extremos se gallardeaban ostentando su enorme vientre de cobre con asas de metal amarillo, dos colosales garrafas apoyadas sobre sendos hornillos repletos de ascuas que no brillaban por efecto de la luz de gas avivada por procedimientos mecánicos, que ardía colgada del techo.

Detrás del mostrador se paseaba sobre una tarima el dueño del establecimiento, alto, recio, bigotudo y arrogante como un general que manda grandes ejércitos; se comía las mesas con su mirada, como si revistara falanges dispuestas para un combate y encerrado sin duda en la contemplación de su propia grandeza, callaba, movía la cabeza con altivez y no se dignaba contestar los saludos de los que entraban ó salían.

Tres zagalones mofletudos, pelirubios y mal encarados, corrían sin cesar trayendo y llevando vasos y bandejas, á la vez que gritaban continua y moleestamente: ¡Doce bolas! ¡Seis bolas! ¡Un *combro*! ¡Un diez! ¡Un cinco! ¡Media copa! ¡Tres en junco! ¡Cinco de puntas!

En el fondo estaba el fogón y junto á él un hombre tuerto, chato y mal peinado, se movía con gran parsimonia en medio de otros dos ayudantes, batiendo la masa, haciendo crepitar el aceite de la sartén al arrojar en ella el caño blanquecino de la pasta preparada ó sacando con los dos palillos la serpiente alazana que espolvoreada de azúcar y harina debía pasar á morder los estómagos de la parroquia.

El humo había ido poco á poco robando á las paredes su blancura y á flote de la capa grisácea de que las había recubierto, se podían leer aún algunos letreros pornográficos, escritos en líneas tortuosas con caracteres desiguales.

Frente á la mesa ocupada por nuestros personajes dormitaba un guardia municipal de á

caballo, á quien el llorón del casco caído por delante de la cara daba un aspecto sumamente grotesco.

A la derecha del guardia dos mozuelos como de catorce á quince años, habían vaciado de sus faltriqueras un montoncillo de tabaco y entre-sacaban los pequeños pedazos de papel chamuscado, denunciadores de su procedencia.

Más allá tres jornaleros de caras arrugadas, entrecanos cabellos y blusas recosidas, mojaban silenciosos en el *café* pedazos que arrancaban de sendos panecillos.

Un mendigo hablaba y gesticulaba sólo, en otra mesa, frente á una media copa.

Una sacerdotisa de Venus, discutía vivamente con un señorito, en cuyos ojos amortiguados y saltones se adivinaba el despertar de una borrachera sucia y antipática.

—A eze hombre me lo voy á tener que zartá, decía Guerrero mojando un churro en una esmirriada jícara de chocolate.

—Pos por ahora en mi presona nadie manda más que ér, contestaba la *Butaca* mordiendo un bollo.

—Por uzté me eztoy queando lo mezmo que un paper zeyao.

—No lo creo.

—Y cuando me miro y me veo que voy zin uzté, yoro lágrimas como pelotas de goma.

—¡Ay que guasa!... ¡Ya sé por quién dicel...

—Y el aquer de que me haiga yo enamoraó

azín, eztá en que tié uzté la mezmá cara de la mujer que me perdió.....

.....
Y la conversación seguía, seguía entre las frases chispeantes de Guerrero y las réplicas insubstanciales de Juliana, que no las daba en otra forma, para mostrarse displicente, porque la pobre carecía en absoluto de ingenio.

Sonaron las cinco de la mañana y el *Mérenque* no vino; Guerrero multiplicaba sus requerimientos; pero ella, con gesto decisivo y palabras terminantes, cortó el diálogo y se retiró á su casa sola y angustiada.

Era la primera vez que le faltaba su amante.

X

Madrid era en aquella época un centro de escándalos, un semillero de vicios, un almacén de inmoralidades.

Mediante una intriguilla política, muy poco honrosa por cierto, los elementos más reaccionarios habíanse posesionado del poder, y, sin descanso, dictaban órdenes encaminadas á encajonar al pueblo en sus sotabancos y sus desvanes, para que con la exhibición de sus miserias no turbara los festines de los poderosos.

Eran los gobernantes de aquella época, una pandilla de jóvenzuelos educados en pleno pre-

juicio religioso bajo la dirección de jesuitas, que más bien que á aderezar su espíritu y prepararlo para las luchas intelectuales, les enseñaron á aderezar su rostro, á peinar sus barbas imitando al Cristo de los cromos franceses y á no determinarse á nada sin consultarlo previamente con el confesor, hombre tosco, ignorante y egoísta, verdadero cordón umbilical que les mantenía siempre unidos á la comunidad que les enseñó á vivir. De adolescentes, para que no se malograrán, los casaron con virtudes avecinadas ó con *rosas místicas* poseedoras de fortuna; cargas de este contrato eran: para ellos, una hipoteca tirana y despiadada sobre su voluntad, y para ellas, la obligación cotidiana de comparecer ante el tribunal de la penitencia y arrojar á sus pies todos los secretos, desde los del lecho, hasta los de la cuenta corriente; ellas quedaban en libertad, pero con todas las obligaciones que con *aquel acta* habían contraído; ellos, sometidos á la más ineludible y estrecha vigilancia.

Mandaban, pues, los frailes; gobernaban el mundo los que de él se habían formado idea paseando indolentes por los ocho metros cuadrados de su celda, los que no conocían más Constitución que el *Syllabus*, los que, escudados por el privilegio del *foro*, dictaban leyes á cuyo cumplimiento no habían de someterse, los que empinados sobre la preeminencia del *canon*, pegaban bofetadas brutales y escondían la cara tras del *siquis suadente diavolo* cuando calcu-

laban que les había llegado la hora de recibirlas.

Pero no se conformaban con mandar en secreto y desde el claustro, no; consideraban además preciso que el pueblo supiera y sintiera que mandaban ellos, y así, su primer acto fué el de obligar al nuevo Gobierno á que con sus uniformes aparatosos asistieran en pleno á una misa muy solemne, y allí, *coram pópulo*, besara la mano al fraile que los había ungido.

Doblegáronse los ministros, y lo que pudieron ganar con Dios lo perdieron con la opinión. Desde aquél su primer acto oficial, fueron objeto de continua rechifla.

Para reivindicarse, para demostrar sin duda que dentro de un fraile puede muy bien haber un chulo, inauguraron una era restrictiva en la que reglamentaron hasta la respiración, recluyeron á las entretenidas en sus moradas, cerraron las tabernas al toque de la queda y hasta se cuenta que, dando un salto atrás en las costumbres, colocaron en las puertas de los templos las listas de los vecinos que no habían tomado la comunión pascual.

Pero como observa con acierto pasmoso el admirable Balzac: «cuando las leyes conceden poca libertad, los pueblos toman su desquite en las costumbres.» El vicio es igual que la sangre podrida; si en vez de facilitar su eliminación se la recluye en el organismo, corroe las entrañas. Las mancebías, atestadas de pupilas y gozadores, eran teatro de las escenas más

vergonzosas y, en pleno día, escapaban por entre sus entornadas celosías rasgueos de guitarras cansadas, chasquidos de castañuelas torpes, ecos de voces fatigadas y vinosas, insultos repugnantes y ruidos formidables de botellas estrelladas contra el pavimento.

En las tabernas, funcionaba la puerta secreta que comunicaba con el portal de la casa, y la embriaguez sin alegría y el juego rufanesco, enlazaban con puentes de cieno las horas oficiales de abrir y cerrar.

De las hediondas pocilgas, más bien que cuevas del Gobierno civil, salían todas las tardes larguísimas cuerdas de hombres y mujeres que, entre las protestas del público, eran conducidos á las Cárceles para cumplir allí «quince-nas» impuestas caprichosamente, á infelices, con mucha frecuencia, que al perder el terror á la prisión, al perder el pudor de ir maniata-dos, se iniciaban en la carrera del crimen.

—¡Así se gobierna!—gritaban los ensotana-dos asesores del poder.—¿Qué son estas repre-siones comparadas con el fuego de Sodoma y el Diluvio Universal, con que la cólera divina, la ira de Dios castigó vicios más respetables de otras edades y otros pueblos?

.....
Cuando Juliana llegó á la puerta de su casa, encontró en el umbral un golfillo que á pierna suelta dormía; quiso abrir con cuidado para que el pobre muchacho no despertara, pero no pudo ser: tan pronto como le puso la mano enci-

ma para apartarle cuidadosamente, se irguió de un salto y, sin restregarse los ojos, le dijo con acento dolorido:

—¡Señá Juliana, que vaya usted corriendo al Espitar, que al *Merengne* l'ha pinchao un señorito!

La pobre mujer lanzó un horrible grito de fiera hostigada, profirió una blasfemia y marchó corriendo como una loca.

XI

Corría, corría por enmedio de la calle dando gritos y arrancándose los cabellos; al llegar junto á la catedral de San Isidro vió en el suelo una camilla que sus portadores habían abandonado un momento para entrar á tomar una copa en una taberna que acababan de abrir; siguió adelante; pero un vago y doloroso presentimiento le hizo detenerse y cristalizó en sus ojos dos caños de lágrimas; volvió sobre sus pasos y levantó de un tirón el hule negro que cubría el fúnebre aparato; después cayó al suelo como herida por un rayo. La luz amarillenta y débil de la aurora que alboreaba le había revelado en el fondo de aquella camilla el cuerpo inanimado del *Merengue*, cuya sangre todavía roja manchaba de trecho en trecho su blanca envoltura; en su rostro había estereotipado la muerte un horrible gesto de dolor.

Atendida Juliana por los camilleros logró recobrar la razón, y llorando amargamente, siguió hasta el Depósito el fúnebre convoy; sus acompañantes le hablaron de una *juerga* de señoritos, de infames atentados contra el pudor del muerto, de una lucha tumultuaria en el fondo de un bodegón y de algunos juerguistas conducidos al Juzgado de guardia y puestos en libertad inmediatamente. Su razón embrionaria y torturada por el dolor no le permitió recomponer la escena á través de tan vagas referencias, así que, sumida en su amarguísimo llanto, una vez que se quedó sola en la capilla con el cadáver helado de su amante, se arrodilló y emprendió en vano la famosa tarea de buscar entre los vagorosos recuerdos de su niñez una oración, una invocación piadosa que ofrecer en sufragio del alma de aquel desgraciado... La memoria le negó este consuelo y siguió llorando.

De rato en rato se levantaba temblona y besaba los labios yertos de aquel hombre por quien se había sentido capaz de las abnegaciones más grandes.

XII

Dolores, la hija mayor de Guerrero, sentía por éste un afecto entrañable; la situación de su padre le había hecho derramar abundantes lágrimas y á hurtadillas de su madre y su her-

mana, muchas veces había ido á la taberna y le había entregado lo que buenamente podía retener del importe de su trabajo; Guerrero rehusaba siempre el sacrificio de su hija, pero comprendía que rechazándolo en absoluto le daba un disgusto nuevo, y con los ojos humedecidos por el llanto recibía los céntimos de la pobre muchacha.

Un día hizo la casualidad que se encontraran en la calle de Postas, cuando salía ella de entregar su trabajo en una tienda; se abrazaron efusivamente y después dialogaron así:

—Tengo que contarte muchas cosas, papá; junto á nosotros vive un profesor de piano, viejecito muy simpático. Tiene afeitada la cara lo mismo que un sacerdote, y su mujer está la pobre paralítica. Creo que desde hace seis años no se levanta de su sillón.

—Ya sé lo que vas á decir, que ese pobre hombre me va á proteger con un destino.

—No es eso, verás...

—Como es lo primero que nos han dicho todos los que vamos conociendo...

—El otro día cantaba yo para espantar mis penas, y el profesor, que leía un periódico en la ventana del patio, me dijo: «Tiene usted una voz hermosísima; esa garganta vale un capital, hija mía. ¡Lástima que no estudie usted y se dedique al teatro!»... ¿Qué te parece?

—Mal; muy mal. Antes que al teatro, á pedir limosna por las calles; mis hijas no han nacido pa' jase de rei á naide...

—Pues la que quiere ser honrada, lo es en todas partes, y hoy nadie mira mal á la gente de teatro, papá.

—Vamos, vamos, no me hables de eso; te he dicho que no quiero... y no quiero. ¡Ea!

—De modo que ¿prefieres verte toda la vida hecho un golfo y un vagabundo y que nosotras trabajemos día y noche para no poder comer ni vestir, á que tu hija traiga á casa montones de oro para tener bien á sus pobrecitos viejos?

—Mira Dolores, no me ajumes er pescao... hemos concluído.

Y se separaron después de haber dado varias vueltas por la plaza Mayor, cogidos del brazo como dos amantes, entre la procacidad del vulgo que motejaba la liviandad del viejo seductor de jóvenes inexpertas y la ligereza de la muchacha que se abandonaba á un hombre sin haberse detenido á mirar su fecha ni su facha.

El vulgo ha nacido para morder las nueces en la corteza como la mona de la fábula.

XIII

En la taberna de Severiano comentaban todas las noches la ausencia de la *Butaca*.

Quince días habían transcurrido desde que correspondiendo á una invitación de Guerrero hubo de beber un cuartillo en lugar de medio, como era su costumbre.

—Mala mano tienes para obsequiar—decían

al vagabundo, y éste callaba y meditaba, llegando hasta reconvenirse y acriminarse interiormente por haber ido demasiado lejos en los requerimientos con que hubo de apremiarla en el cafetín.

En la taberna se ignoraba la trágica muerte del *Merengue*.

La pobre mujer había decidido guardarle luto, y encerrada en su casa permaneció hasta que el hambre, con acento imperativo, la empujó hacia su antiguo camino.

Un día vestida de negro por completo, se santiguó al trasponer el umbral, y después de haber malencubierto con polvos el rojo surco de las lágrimas, volvió á posesionarse de «sus» esquinaz y «sus» calles

Con la sonrisa en la boca
y el llanto en el corazón,

como dijo el poeta.

A las once de la noche, arrojado de su verdadero hogar por los siervos del Poder, salió Guerrero, y mientras Severiano apalancaba la puerta se despidió de sus compinches.

Vagó como era su costumbre, y al cruzar un callejón tropezó con una mujer enlutada que, oculta entre las sombras, burlaba la fiera vigilancia de la policía.

—Señor Guerrero—musitó—. ¿Ya no me conoce usted?

—¡Juliana!... ¡Pos hi desoyao yo pocas congojas pol no vete en tanto tiempo!

—Si usted supiera la esgracia que hi tenía!

—¿Y no m'haz avizao? ¡Mardita zea!...
¡Cuando yo no vivo en er mundo maz que pa
jasé porvos pa los dientes de tó er que te mire
mar!...

—¡Ay, señor Guerrero! ¡Usté no podía ha-
cer ná! Han matao á mi hombre...

—Pero... ¿der tó?

—Sí, señor; paice que lo estoy viendo con la
boca retorcia y engüelto en una sábana mojá
de sangre.

—Güeno, pues conformidá... y que Dios lo
haiga perdonao.

—¡Pobrecito mío!

—¿Y los endemás? ¡Puez digo, que no quea-
mos hombres en er mundo! ¿T'acuerdas de lo
que te ige la júrtima vez q'hablemos?

—Güena gana tié una de conversación.

—Tú te vienes conmigo á tomá un churro
y er muerto al joyo.

—No pué ser, señor Guerrero.

—¿Cómo que no?... ¡Andando!

—Déjeme usté, por Dios. Otro día será.

—Ayorita; tú tiés una pena que te está roen-
do la sentraña, y yo que te camelo de verdá, ó
dejo pa siempre de ser hombre ó te la quito.

—No, hoy no; déjeme.

—Tú has nasío pa mí y yo pa ti, como er ve-
rano pa las chinchas y er vino par pescao
frito... ¡Andando!

—He dicho que no. ¡Vaya!

Y Guerrero, vencido por la obstinación de la

Butaca, se alejó gozando mentalmente la vida regalada que, realizada su alianza con aquella mujer, podría disfrutar...; «pero la perdía ze prezentaba maz verde q'er viniyo nuevo»...

Ella, en cambio, se decía al ver desvanecerse entre la obscuridad la silueta de Guerrero: «Yo necesito un hombre que me haga sombra...

XIV

La primavera comenzaba su piadosa tarea de vestir los campos de luz y esmeraldas; en los cuerpos sanos se removía la sangre moza y las mujeres madrileñas, con sus artísticos peinados y sus pequeñísimos y bien calzados piecitos, cruzaban gallardamente los paseos, dejando en pos de sí una estela de amores.

A los hombres les agobiaba la necesidad de compartir con la naturaleza embellecida por el más lindo de sus tocados, el secreto de sus pasiones y templar el hervidero de sus ansias absorbiendo grandes bocanadas de aire puro.

Por la polvorienta calle de Bravo Murillo, en dirección á los Cuatro Caminos, iba un grupo de jóvenes riendo á carcajadas las peregrinas ocurrencias de un hombre ya maduro, que cargado con un enorme paquete les acompañaba; era nada menos que nuestro buen amigo Guerrero.

En el grupo tenemos también otro antiguo

conocido: Paco Montenegro, que había logrado colocar un *original* y, para celebrar su buena suerte, obsequiaba á sus amigos con un almuerzo en el campo.

Con Guerrero y Montenegro iban otros tres, cuya presentación es necesaria.

Antonio Tarancón, el que caminaba á la derecha de Paco, representaba una edad así como de veinticinco años; en su pelo fuerte y rizado no habían hecho aún su aparición las primeras canas; pantagruchina sonrisa brillaba siempre en sus labios delgados de hombre de buen gusto, y en sus ojos refulgía un no sé qué de burlón y trágico, que confundía al que por ellos se encontraba sorprendido. Antonio era notable por su imaginación prodigiosa, cabalgando sobre la que muchas veces había huído victorioso de los mayores asedios; un detalle hay que puede dar idea de su poderosa facundia: en una noche de vigilia hizo el plan completo de treinta comedias. Para terminar su retrato, es preciso añadir que en el conocimiento de la vida, con todos sus secretos y miserias, era maestro consumado.

Cogido del brazo de Tarancón, caminaba el joven poeta Enrique Chartres, cuyo abolengo francés, aun mejor denunciado por sus exquisiteces literarias que por su apellido; perdíase en su abuelo, que, acariciado sin duda por los ojos grandes y negros de alguna beldad madrileña, hubo de adquirir ciudadanía en nuestra patria. Chartres había publicado un libro de versos y

la crítica habló con una sola voz para exaltarle hasta los honores del triunfo y augurar para él un porvenir brillantísimo; conforme sin duda con esta concesión que en nombre del futuro le hacían, no se preocupaba poco ni mucho del presente, que, como abandonado á la iniciativa y á la tutela social, era por cierto lamentable.

El poeta era pequeño de estatura, de mirada fija y penetrante como si buscara el alma de las cosas ó quisiera descartar de lo mundano lo prosaico y lo necio; su nariz, de una movilidad extraordinaria también parecía buscar con avidez perfumes gratos que diluir en las cadencias de cristal de sus estrofas. Tenía la cara redonda y pobladísima de una barba tan enmarañada y prolífica, que muchas veces oyó como le aplicaban el epigrama conocidísimo de Marcial: «Dáte prisa barbero; que mientras me afeitas el pelo de un lado, me crece sin descanso en el otro.»

Por una extraña manía, iba siempre vestido de negro y rapado por completo, con lo cual ofrecía el aspecto de un sombrío sacerdote; sus amigos le llamaban el Padre Chartres; por cura se hizo pasar humorísticamente en más de una ocasión y de su facha litúrgica hubieron de escandalizarse muchas veces las mujeres que oían sus poéticos requiebros.

Por entonces colaboraba con Tarancón en producciones teatrales, con las que uno y otro se prometían mejorar en breve plazo su situación económica.

El último del grupo, caminaba silencioso

como si meditara; pero cuando Guerrero «soltaba» uno de sus despropósitos, reía, sosteniéndose el vientre con las dos manos, hasta derramar lágrimas; era el notabilísimo abogado Miguel Gutiérrez, á quien sus triunfos en el foro habían ya proporcionado, sino una fortuna, lo que llamaba él *un pasar decentito*. No era literato; como muchas veces dijo, sólo sabía escribir en papel sellado; sin embargo, buscaba la compañía de los literatos y alguna vez puso la pecadora pluma sobre las cuartillas, para consignar algo que ninguno de sus dioses lares, Triboniano, Teófilo y Doroteo, hubieran visto con buenos ojos.

Decidores y alegres caminaban los cinco, dispuestos á devorar bajo el cielo azul y gozando las caricias del tibio sol de primavera un arroz que el tendero animado había de componer con los ingredientes que al efecto llevaba en el paquete.

Hicieron alto en un merendero de pobrísimo aspecto; el místico soportal de la entrada, la maltrecha empalizada que lo circuía y los bancos de piedra colocados junto á la puerta, dábanle aspecto de venta montaraz más bien que de merendero semiurbano.

La puntualidad con que acudió á recibir órdenes la dueña del establecimiento, rodeada de un enjambre de chiquillos harapientos y sucios, hizo que entre Tarancón y Montenegro se cruzase una mirada significativa, con la que, sin articular una sílaba, convinieron en que se las

habrían con unos desheredados de la suerte, en cuyos dominios seguramente serían plantas exóticas el buen humor y el deseo de expansiones que consigo comportaban.

Invitóles la buena mujer á que pasaran á un patio rodeado de vetustos cenadores, cuyas maderas calcinadas por el sol crugían como entonando la triste plegaria de la decrepitud.

Era el patio una gran explanada, que á la vista ofrecía un panorama hermoso, mucho más por lo inesperado. A la izquierda, sobre una planicie bordeada por una rápida cortadura del terreno, se agrupaba el barrio de los Cuatro Caminos, con sus casas blancas, como viejecitas puestas de limpio para venirse á co-ser en un carasol; más abajo erguía orgullosa la residencia protestante con sus ladrillos rojos que entre el amplio concierto de colores blancos y grises destacaban como el símbolo de una fuerza que amasara las ideas de un siglo con la sangre derramada por el cubileteo religioso de los Valois, los Austrias y los Stuarts.

Las verdes arboledas, robustas y espesas á favor del agua que mansa y perezosa se arrastra por el canal isabelino, dominaban con soberbia simpática la nota polvorienta de la villa y corte, dejando sólo que sobre sus tocados de hojas recortaran sus siluetas algunas torres atrevidas.

A la derecha, sobre otra cortadura y duramente cerrados entre tapias, se alzaban los ci-

preses y las columnas fúnebres del cementerio de San Martín, á cuyos huéspedes parecía como si se les hubiera querido atenazar y comprimir la idea del infinito, amontonándolos en estrechísimo recinto. Junto al cementerio extendíase una llanura genuinamente manchega, limitada muy lejos por una vertiente del Guadarrama que, como si quisiera provocar la envidia del sol, quebraba sus rayos con su corona de plata bruñida.

Guerrero tomó posesión de un fogoncillo que había en medio de aquella magnífica terraza y comenzó á preparar el condumio; los demás, despertando como las plantas á las primaverales caricias, hablaban, mezclaban observaciones, confesiones y confidencias, y por efecto de la expansión y la afectividad que en los fuertes de espíritu excita el renacer de la Naturaleza, por reflejo inductivo del poema de armonías que alrededor se desgranaba en estrofas brillantes, se ponían de acuerdo en todo y sin darse cuenta de ello conjuntaban perfectamente su manera de sentir.

De cuando en cuando el *cocinero* interrumpía el agradable conversar con órdenes y demandas relacionadas con su faena: ¡Un jarro de agua! ¡El jamón! ¡Los guisantes! ¡La sall... y corrían todos á porfía para poner en manos de Guerrero cuanto necesitaba, mientras él, orgulloso de su sacerdocio se miraba en el caldo todavía sereno de la cazuela y decía con gracioso ceceo:

—¡No ze les va á podé zartá un valenciano con arpargatas nuevas!

Mientras tanto, agrupados en torno de una mesita baja, los dueños del merendero comían pausadamente, metiendo por turno las cucharas en un potaje amarillo de garbanzos, judías y patatas. Formaban una nota interesante y extraña, en la que resaltaba el contraste duro de los rostros marchitos, arrugados y tostados del sol que alargaban los dos viejos, con los ojillos alegres y las sonrisas ingenuas de los cuatro ó cinco muchachotes rubios y mofletudos con que legaban al mundo el recuerdo de su vida; parecía como si para dibujar aquella mancha viva y chillona hubieran colaborado el pincel magnífico de Claudio de Lorena, más acertado que el de Wateau para dar la justa expresión á las caras infantiles, y el pincel adusto de Carducho, creador de esos ascetas que con terrible mirada parecen espiar desde los rincones de los templos todas las actitudes del devoto.

—¡Que venga un pinche!—dijo Guerrero con acento imperativo—y los cuatro corrieron á su lado; el guiso estaba hecho, y cogiendo el cocinero y Chartres la cazuela por las dos asas, la transportaron á una mesa rústica que una sirviente había cubierto con blanquísimo mantel.

Tenía la sirviente toda la cara salpicada por esos hoyos que las viruelas mal atendidas dejan siempre á quien las padece como penosísimo recuerdo. En cuanto á sus ojos, si bien del

uno no era tuerta del todo, de ninguno de los dos era muy sana, lo cual, unido á su menguada estatura y á la docilidad con que se dejaba pellizcar por los huéspedes, le valió el mote de Maritornes, que con asenso de los demás hubo de imponerle Montenegro.

A Tarancón se le ocurrió que por este y otros detalles tenía aquella casa un no sé qué de clásico, y se acordó llamarla en adelante *La Venta de Don Quijote*, y aunque no se trató allí de armar caballero á nadie, porque ya lo eran todos, quedó impuesta la denominación, que, aceptada con júbilo por los dueños, fué algunos días más tarde escrita en una de las paredes con varias faltas de ortografía.

La obra de Guerrero resultó admirable, y mereció de los comensales los mayores y más humorísticos elogios.

—Me subyugan las *cadencias épicas* de este arroz—decía el *padre*.

—Es profundo como Nietzsche—repetía Montenegro.

Y entre ceceos de Guerrero, pellizcos á Maritornes y frases de entusiasmo de todos, íbase agotando el contenido de la enorme cazuela.

Así como entre las gentes que en el tejido humano forman la trama, después de comer bien, se bromea y se habla fuerte, en las comidas de intelectuales y sobre todo de intelectuales pobres, aun cuando sean accidentalmente ricos, se habla en serio, con tono reposado y tranquilo y de asuntos transcendentales.

Los *nuestros*, arrancados á sus idealidades por el gusto delicioso del amor, atados á la vida por el alimento material, abordaron diversos temas de carácter íntimo, pintaron aspiraciones, deseos, preocupaciones y miserias, y se pidieron mutuamente orientaciones y consejos.

La conversación, por último, resbaló hacia Guerrero, á quien querían todos con esa solidaridad que crea la desgracia y se dolían sinceramente de su amarga situación.

—En la mano tengo—decía tristemente el vagabundo en un castellano más correcto que el de sus chirigotas—el medio de salir de pobre; pero no quiero aceptarlo.

—¿Cómo?—exclamó Tarancón indignado.

—Mi hija la pequeña, tiene el Banco de España en la garganta, y si saliera al teatro no nos haría falta nada; pero antes quisiera verla muerta.

Los cuatro jóvenes miraron á Guerrero con asombro; después se lamentaron de su terquedad y trataron de arrancarle la preocupación que le hacía renunciar al pan sazonado por el gratisimo condimento de sosiego y truncaba el porvenir artístico de Dolores; por último, Paco Montenegro, que parecía tener gran ascendiente sobre el padre de la privilegiada por la naturaleza con uno de sus dones más valiosos, lo cogió por su cuenta y envolviéndolo en un laberinto de razones trataba en vano de hacerle ceder.

—¿Te parece—decía moviendo graciosamen-

te sus manos blancas, delgadas y largas como las del organista de Amberes pintado por Van-Dike—que la vista de un espectador aun cuando en ella brillara el fuego del Sinaí, bastaría para despojar á tu hija de sus virtudes? ¿Ignoras acaso que en las fórmulas supremas del Arte, brilla estatuida en definitiva la asexualidad y que, cuando el Arte se manifiesta grande y poderoso, el espectador hace para con el artista abstracción mental del sexo y la materia? Y ¿entre que perezca su honra, *espíritu de clase* en las mujeres y en los hombres *mero accidente* ó queden enterradas como rapiña de avaro las ofrendas con que tu hija podía merecer del Dios Arte nombre y fortuna, entre hacerla prostituta de una sociedad que la mancilla todos los días sobre el camastro del hambre y hacerla sacerdotisa de lo grande y lo bello, quieres elegir lo que además de posterarla y oscurecerla, viene á ponerla en pugna con la noble tendencia de su espíritu? ¿Ignoras que junto al pantano crecen los lirios y azucenas, que junto al lodazal vive el armiño, bordeándolo cuidadosamente para no morir de pena, como seguramente moriría al ver una mancha oscura sobre su piel de plata y luz?...

Y Montenegro elevaba su voz con tonalidades de tribuno y de amante apasionado del Arte á quién defendía de vulgaridades y calumnias; de su espíritu fluía el entusiasmo á borbotones y su faz angulosa se iluminaba como si lo rodeara ideal aureola; en los vivos destee-

llos de sus ojos quedaba envuelto todo el auditorio que le seguía, identificado con sus razones y á todas ellas asentía con ligeros movimientos de cabeza.

Guerrero, sin argumentos que oponer, sin una lógica que pudiera ser base de su determinación, de sacrificar las aspiraciones de su hija, flaqueó y dió al concurso palabra solemne de prestar su asentimiento cuando éste fuera nuevamente requerido por la simpática muchacha.

Después, apuraron, chocando los vasos, la última botella y emprendieron la vuelta, mientras el sol desaparecía lentamente como si rodara por la vertiente opuesta del Guadarrama, sugestionado y desvanecido al contemplar aquella corona de plata con brillantes engastados conforme al gusto de la orfebrería aucestral, que el obstinado monte se proponía lucir como todos los años hasta que el oro de Julio matizara las espigas.

XV

Tres días después, Dolores, Guerrero y Montenegro caminaban con aparatosa seriedad por el paseo de la Castellana; habíanse puesto de limpio los tres. Dolores llevaba una faldilla negra, curiosa y limpia, que apenas le tapaba las botitas, cuyas cicatrices se adivinaban bajo el piadoso betún que las cubría; una blusa de fra-

nela azul hacía resaltar las bellezas codiciables de su busto rubio y joven, aun cuando estragado por la alimentación deficiente y el trabajo excesivo, y completaba el modestísimo tocado una mantillita negra, descolorida y flácida, por entre cuyas ondas jugueteaban retorciéndose sus bucles de oro.

Guerrero había conseguido encubrir sus lamparones con un gabán azul que le prestó el profesor de piano, vecino de su familia, y disimular la sucia pechera de su camisa con una corbata que hábilmente le había colocado Tarancón en la taberna de Severiano.

Montenegro lucía ostentosa levita—se ignora si propia ó ajena—y flamante chistera de última moda, sin que contra tan inusitado lujo protestaran por rarísima casualidad las botas, los pantalones, el bastón, ni el cuello de la camisa.

Detuviéronse junto á un hotelito, y después de comprobar el número y hablar con el portero, subieron hasta el piso principal, ante cuya única puerta se pararon.

—¿El señor barón?—preguntó Montenegro—y al instante los tres se vieron en un primoroso saloncito en presencia del respetable señor á quien buscaban.

Era el barón un hombre alto, de robusta complexión, sin ser grueso, como de cincuenta y cinco años, un poco calvo, con bigote blanco y de porte distinguido; sus ojos, pardos oscuros, casi negros, su nariz de león, discretamen-

te larga y gruesa en la punta, sus labios finos y movibles, sus mejillas pálidas y sus manos delgadas, blancas y nada huesosas revelaban al artista desde el primer momento. Gran entusiasta del *bell canto* había lamentado muchas veces la desaparición de estrellas que no lograban ser sustituidas en el firmamento grandioso de la zarzuela y de la ópera, y ordenando sus condiciones naturales y sus conocimientos técnicos, decidió abrir en su hotel una clase gratuita de canto para las señoritas que, teniendo voz y oído, no pudieran costearse la carrera. Tratábalas como á hijas; les enseñaba lo justo para que pudieran salir airosoamente á cualquier teatro y muchas veces hasta lograba facilitarlas contratas ventajosas.

A tal extremo llevaba su fervor por el Arte, que aun cuando era joven, rico, elegante y tituló, desdeñó lo mucho que podía prometerse de un matrimonio de su clase y eligió por compañera á la más modesta de sus discípulas; eso sí, era hermosísima, robusta como las mujeres de Rubens y con unos ojos negros capaces de poner al rojo vivo el corazón más helado; además cantaba divinamente, con poderosa voz de contralto, femenino y argentina; acaso fuera este el mayor de los atractivos que la Naturaleza había amontonado sobre la encantadora baronesa.

Los detractores sistemáticos, los admiradores inversos, como los llamó Campoamor, esos espíritus mezquinos que á todos regatean la gloria, como si para ellos hubiera de ser toda

la que á los demás hurtan, en vez de admirar y aplaudir sinceramente la obra humanitaria del barón, zureían leyendas y le presentaban como corruptor odioso de sus discípulas; jamás se supo nada digno de crédito en este sentido y las personas más formales afianzaban y garantizaban en todas partes la seriedad y la honradez del aristocrático profesor.

Su espíritu franco y expansivo le puso en relación con la juventud intelectual, como se ha dado en llamar á esa pobre juventud que rueda desvalida por escenarios y casas editoriales con la novela ó el drama superiores á su tiempo ó vacíos de sentido, pero respetable siempre, porque son la encarnación de una actividad invertida en una *obra* y no deshojada sobre las sillas del café, las banquetas de la taberna ó los divanes de la mancebía; á esta juventud pertenecía Montenegro—lo mismo que Tarancón y Chartres—y de ahí sus relaciones con el barón, que aquel día trataba de aprovechar en favor de la hija de Guerrero.

En el centro del gabinete había un gran piano de cola, que el barón, con el concurso de un buen profesor, utilizaba para las lecciones. Riquísima alfombra cubría el pavimento, y en sus paredes se mezclaban en amigable consorcio los tapices antiguos, las delicadas porcelanas del Retiro, las fulgurantes armas de Toledo, los tíbores japoneses con indolentes chinos sentados junto á sus eternas tazas de té, ó los Budhas pensativos como si compararan su obra

con la de Cristo y las delicadas acuarelas en las que se adivinaba el alma femenina expresando con borrosos colores las impresiones fuertes y con delicadísimas manchas las dulces emociones afectivas.

Mientras el barón se hacía cargo de la nueva discípula, dispensaba la baronesa los honores de la casa y el aula á otras dos jovencitas, que acompañadas por sus respectivas mamás, acudían en los días señalados para instruirse en el *bell canto*, hasta verse instituidas sacerdotisas de Talia y habilitadas para ganar su pan oficiando en los altares del Arte escénico.

A instancias del barón, cantó Dolores una romanza popular, y todos, incluso Guerrero, que jamás había oído cantar á su hija, quedaron admirados. Tenía una voz hermosísima, con toda la cuadratura musical, con todos los registros, con todas las tonalidades apetecibles. Educada y en posesión de un repertorio elegido con gusto, podía ganar mucho dinero y hacer que su nombre brillara.

Convinieron en que Dolores iría tres veces por semana para hacer vocalizaciones y otros ejercicios, y el amigo, la discípula y el padre salieron locos de alegría, después de haber dado y reiterado las gracias más cordiales al maestro y protector.

Pero ¡ay! que aquella alegría no podía ser duradera; á ella se oponían muchas cosas; sin ir más allá, los últimos consejos del barón que en la puerta dijo con tono paternal á la mu-

chacha: es preciso que no descuide usted el solfeo, que vaya comprando alguna partitura, que haga gimnasia y que coma bien; ¡carnel ¡vinol; hay que evitar el que esa anemia, que desde el fondo de sus ojos amenaza toda su juventud, llegue á hacer presa en esa preciosísima garganta; coma, coma usted bien, querida; no se descuide.

Estas palabras, hijas del entusiasmo y el buen deseo, eran la tempestad de pequeñas catástrofes que se levantaba envolviendo en tinieblas al Sol Éxito que con tanto fulgor brillara momentos antes.

Guerrero quedó pensativo; Dolores suspiró asesinando una congoja que le atenazaba el corazón y Montenegro dijo entre dientes con acento dolorido: ¡Los pequeños obstáculos!... ¡Las pequeñas catástrofes!... ¡La rotura intempestiva de un pantalón me apartó para siempre de la mujer por quien mayor entusiasmo he sentido!...

XVI

Aquella noche no fué la casualidad quien puso á Guerrero frente á la *Butaca*, ni la costumbre quien guió al uno en busca de la otra.

El papá de la futura tiple había hecho su composición de lugar; esta mujer—se dijo—tiene que ser mi providencia y yo la suya, naturalmente.

Y resuelto, y firme en su propósito, esperó cruzado de brazos, como Wellington en Waterloo, junto á la puerta de Juliana.

Hora y media llevaría de guardia cuando, arropándose con su afelpado mantón y atusándose los negros cabellos, hubo de aparecer luchando por dejar entre las paredes de su cuarto las penas con que todavía le atormentaba el recuerdo de su *Merengue*.

—Tengo un duro, arma mía—dijo él en tono zalamero—, el cual duro nos lo vamos á gastar juntos esta noche si usted s'ha cansao ya de darme martirio.

La *Butaca* le miró compasivamente; moviéronse sus labios gruesos y rojos para modular una tosca sonrisa de asentimiento, y el afortunado Tenorio se colgó del brazo de su *amada*, tan lleno de emoción, que no encontró una sola palabra que decir.

Cruzaron la calle de la Ruda, sobre cuyo sucio pavimento yacían despojos de frutas y hortalizas; atravesaron la plaza del Rastro, envuelta en sombras apenas turbadas por la luz mortecina de los faroles, á favor de los que destacaba la estatua del héroe de Cascorro como una sombra de la noche; siguieron la calle de los Estudios, despojada en aquella sazón del carácter y sabor clásico que de día le dan los multiformes trastajos amontonados en las prenderías; torcieron luego por la del Duque de Alba, famoso verdugo condecorado, loco medroso de los Países Bajos, á cuyos tres

millones de habitantes condenó á muerte por un decreto firmado en una noche de embriaguez, sin que esto sea obstáculo para que la noble y católica España guarde y venere su nombre con mayor interés y con más respeto que los de Padilla, Maldonado y Bravo; bordearon la plaza del Progreso, subieron por la cuesta de Barrionuevo y entraron al fin en una taberna, en cuyo sugestivo escaparate se veían un montón de chuletas adornadas con ramitos de perejil y una verdadera hacina de pestiños.

Junto á la puerta, y sobre una gran hornilla, crepitaba el aceite rosiente de una sartén vigilada por un cocinero vestido de blanco; á la izquierda, quedaba el mostrador del vino recubierto de brillantísimo estaño, y entre el mostrador y la hornilla, cuatro escalones resbaladizos y sucios daban acceso á una habitación baja de techo, alumbrada por luces de gas y dividida en dos compartimentos por unas columnas de madera; un zócalo de azulejos ordinarios, se alzaba sobre la banqueta adosada á la pared hasta casi dos tercios de la altura total de los muros; el otro tercio recubierto de yeso, estaba ennegrecido por el humo, en donde las navajas de los parroquianos habían grabado interjecciones, fechas y nombres.

Repartidas asimétricamente había hasta docena y media de mesitas redondas, cubiertas por manteles con manchas de vino y grasa.

Un mozo cojo, completamente afeitado y algo bizco, tomaba recado á los concurrentes, y, á

gritos, lo transmitía al cocinero, enrojeciendo así las mejillas del señorito menesteroso que llegaba en secreto á tomar un real de judías, sin pan, vino, ni postre.

La concurrencia, por efecto sin duda de la hora, era muy escasa; reducíase á tres paletos que ideaban la manera de sustituir al secretario de su pueblo, mientras mojaban pan en el caldo rojo de los callos; una parejita de jovencillos acaramelados que se obsequiaban con trocitos de carne, se hacían mimos y hablaban muy bajito, y un pobre señor de barba canosa y aspecto enfermizo que comía muy despacio, como si un prolongado descanso hubiera entorpecido sus mandíbulas.

Los recién llegados se sentaron en un ángulo de la sala, y antes de que el mozo se acercara, la *Butaca* dijo á media voz á su acompañante:

—Le alvierto á usted que tengo güen diente.

—Mejó—repuso él—. Yo también tengo un comer engañoso; paese que como mucho y aluego rézurta que como más entodavía.

—¿Qué va á sér?—preguntó el camarero.

—Pos mira, pa no andá en veces te vaz á traé dos raciones de judías, cuatro chuletas y un pan de á kilo.

—¡Arreal! ¡Pidan ustedes con formalidá!

—¡Poz ¿qué t'haz figurao?... Unos comen pa comé como nosotros, y otros pa desimulá la jambre; te pues traé aemás una docena de pestiños y dos frascos.

Y después comieron, comieron con voracidad

perruna, cambiando miradas y ahorrando palabras; cuando á los postres mandaron sacar más vino, inicióse la conversación que, con los estómagos confortados, fué afectiva y calurosa como Guerrero se había prometido.

—Vamo á prensipiá, arma mía, por tratar-nos tú por tú, como er carderero.

—A mí me da así una cosa, quió icir calam-brios de llamarle á usté de tú por tú, señor Guerrero.

—Pos... ¿Quién soy yo pa ti, gitanaza? ¡Tu pae, tu mae, tu hermano, tu marío, tó en er mundo!...

—Pero hay que dal tiempo al tiempo.

—¡Zi me paice á mí que te eztoy queriendo dende q'hi nació! Tú me yamas como te s'antoje, hazta rabo é lechón si erez guztante; yo te yamaré... ya lo zabe, reina, virgen, estreya é la mañana, cachiyo é jamón, confituría... ¿quiés más?

—Me paice que no lo 'dice usté de verdá, señor Guerrero.

—¿Que no digo verdá? ¡Maz que la vía! ¡Que me ze guervan castañas pilongas estos dos ojijos que tengo aquí pa mirarte, que me ze caigan ar zuelo estos dos brazos cuando los vaya á echar á tu cuello, que laz palabras de mi boca cean *arraclanes*... Y Guerrero hubiera continuado hasta el infinito su letanía, si una manaza de la *Butaca* no habría sellado sus labios; él, sin ningún recato la besó con el color demudado y los ojos centelleantes; enton-

ces los paletos se levantaron y salieron murmurando, y al viejo le acometió un golpe de tos que estuvo á punto de dar al traste con aquellos miserables resquicios de vida que solo le prestaban vigor para arrastrarse por los lodazales de la miseria.

XVII

Dolores, en los días convenidos, acudía puntualmente á la lección, lo cual constituía para Guerrero una engorrosa tarea, pues cumpliendo sus obligaciones de padre, tenía que acompañarla, porque no era serio ni decente que acudiera sola y sola regresara después á su casa; lo más molesto era tener que pedir prestado el gabán todos estos días; pero el viejecillo lo daba con mucho gusto porque le tenían entusiasmado las condiciones artísticas de la muchacha.

Guerrero dispuso que fuera Narcisa la que acompañara á su hermana, pero pronto se vió que esto era imposible; con las vacaciones forzosas de la pequeña ya se habían resentido bastante los pequeños ingresos de la casa, y si la mayor abandonaba también la costura, Dios sabe lo que hubieran tenido que comer en vez de la carne y el vino que el barón con tanta insistencia recomendaba.

Algunas veces iba con el padre y la hija

Paco Montenegro, que, interesado vivamente por la carrera artística de la muchacha, gustaba de seguir paso á paso sus progresos y apreciar por sí mismo las deliciosas tonalidades que el barón iba descubriendo poco á poco en aquella voz magnífica.

Pero, ¿este interés del escritor, lo inspiraba únicamente la artista, ó se mezclaba ésta con la mujer para inspirarlo?

Dolores era muy bonita; su mirada melancólica no dejaba de ser para un romántico un poderoso atractivo, y además cantaba. La mujer, sublime poesía, y la música, delicioso encanto de la vida, se presentaban juntas á sus ojos. ¡Cómo no sentir en su corazón impresionable algún efecto de estas poderosas fuerzas magnéticas!

Sin embargo, para Montenegro la amistad, única religión de los descreídos, era sacratísima siempre y consideraba preciso sacrificarlo á ella todo.

Mil veces chocaron las miradas de los dos; mil veces con ellas se hablaron de amores; pero él, consecuente con sus principios se había pasado la mano por la frente, como para destruir pensamientos en formación y se había opuesto á las tendencias espontáneas de su ánimo. De aquellos amores nada bueno podía resultar; en ellos solo tenían voz la juventud y la carne; el matrimonio estaba descartado por completo; para ninguno de los dos era por entonces asequible. Así, pues, al comenzar las relaciones

habían de quedar bajo la terrible amenaza de la ocasión que trabajaría sin descanso por juntarlos en un momento delicioso para gozado, pero prólogo de un futuro penosísimo para vivido.

¡Mancillar á la hija de un buen amigo! ¡Abusar de la debilidad y la inocencia de una joven á quién con arreglo á sus escasos medios quería proteger!... Esto no cabía en sus cálculos, ni podía hacerlo él, que poco tiempo antes se había enamorado de la modelo de un pintor amigo suyo ¡y qué mujer por cierto! Pálida, muy pálida, con unos ojos negros muy grandes y unos labios muy rojos; de voz dulce y acariciadora; de caderas amplias y altos senos de nieve; pero era muy amigo del pintor, de quien sin fundamento sospechó que amaba también á la modelo y esto fué bastante para que Montenegro contuviera su pasión en los más estrechos límites; hablaron muchas veces en el estudio, pasearon juntos y hasta un día protegidos por esa divina alcahueta que se llama casualidad, cenaron juntos á puerta cerrada en uno de los gabinetes del café Habanero; pero ante los ojos de Montenegro se había erguido grave y silenciosa como macabra evocación la sombra nivea de la amistad, para detener la acción en sus manos, las palabras en su espíritu y los besos en sus labios.

Después la vió de nuevo, caída ya, rodando inconsciente de orgía en orgía, entre el alcohol y el amor por horas, y en medio de varias

carcajadas brutales le contó que jamás había escuchado del pintor una proposición galante ni amorosa, y él mortificado por su error se sonrojó; pero serenándose al momento siguió su camino satisfecho de su culto á la amistad, en el que nada admitía que pudiera juzgarse como exageración ridícula.

Dolores no miraba las cosas desde este punto de vista; había sabido leer en las miradas de Paco, había visto en ellas el vibrar de un corazón amante, y ella, algodón junto al fuego, ardía, ardía también, pero con muchas precauciones para que su padre no lo advirtiera y para no renunciar á sus preeminencias de mujer.

--Acaso estime--se dijo--que soy muy poco para él; ya veremos lo que determina cuando yo haya triunfado.

XVIII

Cada día eran más severas las restricciones que aquel Gobierno de frailes se había propuesto imponer por medio de sus débiles mandatarios; otra vez había sido declarada funesta la manía de pensar y los que en ella incurrian eran combatidos en todas partes por el hierro y por el fuego.

La moderna organización obrera luchaba sin armisticios por hacer que sus derechos adqui-

ridos á fuerza de sangre se respetaran; pero todo era inútil. Con el menor pretexto, la policía, dotada de armas de guerra, acribillaba á balazos al pueblo en donde lo encontraba reunido; sucedíanse las huelgas; hoy eran los panaderos los que luchaban contra la burguesía, haciéndole ver que sin el concurso de sus brazos carecería de la subsistencia más indispensable; ayer los obreros ferroviarios aislando poblaciones y encomendándolas á sus propios y escasos elementos; pero la ley del plomo rompía todas las solidaridades y los huelguistas, pasando sobre puentes de cadáveres, volvían á su trabajo.

Los presidios se llenaban de bote en bote; muchas veces los directores de establecimientos penitenciarios se veían obligados á decir al Gobierno que no tenían alojamiento para más presos, y el Gobierno entonces, utilizando una coincidencia artificiosa concedía indultos, poniendo así á Nerón máscara de Cristo, y obligando á los pacientes á vivir agradecidos á un favor que repugnaba á su inocencia.

Para que el desconcierto fuera mayor, hablaron á las masas proletarias de *elementos extraños* que se mezclaban con ellas para conducir las al desorden y á la ruina, con lo cual trataban de romper el consorcio á tan gran costa establecido entre obreros intelectuales y obreros manuales; pero no se detenían aquí: atentos al axioma de la Ontología primitiva, pensaban: *omne superbachum, pleno de cápi-*

te manat y asestaban sus golpes á la cabeza para dar al traste con la, según ellos, funesta manía de pensar. A este fin calificaban de perturbadores ó excitadores á los espíritus altruistas que desde el estrado de un modestísimo centro societario, á espaldas de relumbrones y bombos, compartían con los desheredados de la educación lo que ellos, por inexplicable privilegio de clase, habían aprendido en las aulas.

¡Perturbadores ó excitadores! ¡Como si se tratara de un pueblo de indios prestos á dejarse seducir por los espejitos ó los cintajos de colores!

Después de cada refriega, la policía tiraba su red, y sin elegir, arrollaba cuanto podía, dándose el caso de apresar infelices que vivieron siempre ajenos á tales luchas y hacerles pasar ante magistrados y jueces por *caracterizados* revolucionarios; cierto es que en los oscuros calabozos de las delegaciones se encargaban de *caracterizarlos*, estampando en sus rostros la manaza brutal, quebrando sus costillas con el clásico *róten*, ó derramando bilis corrosiva en el inquisitorial atestado; allí se ideaban y se repartían los delitos, con testigos de cargo y pruebas fehacientes; á los jueces se les daba hecho todo, se les ponía en las manos el torniquete para que pudieran estrangular con solo un movimiento instintivo.

En uno de estos horribles días de lucha entre la razón y el Poder, tan frecuentes en todas las edades de nuestro pueblo, Chartres, Montene-

gro y Tarancón comentaban en una calle pública los sucesos, sin pensar ni remotamente que nadie pudiera poner especial cuidado en oír sus juicios; Tarancón se indignaba, Chartres confesaba odiar la poesía de la muerte y Montenegro, exaltado, decía:

—¡Esto marcha! Las situaciones violentas no pueden ser duraderas; en el fondo de la sentina, ninguno puede vivir mucho tiempo; el pueblo logrará sus reivindicaciones. Horrible, doloroso es el espectáculo de hoy, pero como decía mi filósofo Balzac: «Las verdades sólo salen de sus pozos para tomar baños de sangre...»

Al pronunciar esta última palabra, un policía mal encarado, mostrando un pequeño bastón de borlas, terrible juguete que sacó de uno de los bolsillos de su chaquet, le obligó á que le siguiera á la delegación en calidad de detenido.

Montenegro siguió al policía sin inmutarse; sus dos amigos quedaron estupefactos y quisieron acompañarle; pero no les fué permitido, en vista de lo cual se dedicaron á gestionar la comprometida libertad de Paco.

XIX

Poco más de dos horas llevaba Montenegro sentado en una rústica banqueta, junto á la mesa de un adusto escribiente, que no se había dignado contestar á su saludo.

Aquella oficina parecía más bien un establo; la deshilachada estera de esparto, podía pasar por camada de paja estrujada por herrados cascos; en las paredes no había un cromo, ni siquiera un calendario, y como mueblés únicos, la vetusta mesa de trabajo con una silla desvencijada, sobre la que hacían de almohadón algunos legajos de papeles y una larga banqueta destinada á la *clientela de la casa*.

De cuando en cuando entraban guardias que arrastraban enormes zapatones y cambiaban en voz baja algunas palabras con el escribiente. Otras veces eran inspectores de aviesa mirada que cruzaban con el mismo vocablos en *caló*, y sin cesar, entre tanto, como deslucida procesión entraban los dependientes de las prestamías, rubios, barbiralos, de ojos grises y grandes ojeras y las criadas de las hospederías, despeinadas, chatas como tarros de mostaza y dientonas, que, sin pronunciar palabra, iban dejando sobre la banqueta los partes diarios de los respectivos establecimientos.

Llegó al fin el subdelegado, porque al delegado, por efecto de su caracter *quasi-militar*, le tenían absorbido los tiroteos de las calles, y después de saludar á Montenegro como antiguo conocido, díjole en oficioso tono:

—Estoy al cabo de su asunto; el agente X ha hecho una barbaridad, pero es una barbaridad de las que á ellos les valen ascensos y gracias oficiales; estoy seguro de que si doy conocimiento al jefe inmediato ó al gobernador, como primera providencia le mandarán á usted á la cárcel, y allí, mientras las cosas se ponían en claro, habría usted de pasarse por lo menos un año. Yo, por mi parte, le pondría en absoluta libertad ahora mismo y hasta le pediría perdón para el agente, pero esto tampoco puedo hacerlo; así que, coordinando el sacratísimo principio de autoridad con mi afecto á usted, voy á poner el asunto *en partida* para el Juzgado municipal, y allí, ya se sabe que todo es cosa de sacrificar media docena de duros.

Montenegro se encogió de hombros, sonrió como quien pierde un buey y encuentra un cuerno y dejó hacer.

—Ya he dicho á sus amigos—continuó el subdelegado—que busquen un fiador; tan pronto como lo traigan se irá usted con ellos, y, en lo sucesivo, hágame el favor de tener más cuidado y más prudencia; las paredes oyen, y así como hoy ha tropezado usted con un amigo, puede mañana tropezar con un hombre amante de la justicia.

Montenegro seguía callando, y con las dos manos metidas en los bolsillos del pantalón se arrancaba de las piernas trozos de carne.

—Además—añadió el improvisado amigo—debe usted buscar al agente y convidarlo á café para suplicarle que se conforme con lo que yo hago, porque si da parte al jefe nos pueden reventar á usted y á mí; no deje de hacerlo.

A los labios de la víctima asomaba ya una blasfemia; pero una extraña aparición evitó el que saliera.

Desde la puerta, Guerrero, elegantemente ataviado, pedía permiso para entrar.

Montenegro quedó sorprendido ante su traje de última moda, su flamante sombrero y su camisa blanca, ya limpia del todo.

Guerrero, á la vista de su amigo, se turbó como avergonzado de su empaque; saludáronse con una mirada y el recién llegado comenzó á abogar por «una probe mujé» de su familia, que los de la ronda habían cogido la noche anterior por salir media hora antes que la reglamentaria.

Mientras hablaba repartía cigarros puros; el amigo de Montenegro rehusó ruborizado un paquete de ellos y Guerrero lo dejó en poder del escribiente. Había llegado sin duda en el momento de las amabilidades, cortesías y deferencias, por lo cual accedieron á que con sólo firmar el impreso de la fianza, rescatara Guerrero á la «probe mujé». Salió corriendo en su busca y el escribiente le hizo los honores acom-

pañándole hasta la puerta, con tan mala fortuna que se le cayó un duro —de algún bolsillo roto sin duda—y si bien no se perdió, tampoco pudo menos de repartirlo con un hombrecillo como de tres palmos de estatura, que desde no sé dónde le salió al encuentro.

Antes de que Guerrero terminara su cometido, llegaron Tarancón y el poeta con Severiano, que se había ofrecido gustoso á ser fiador de Montenegro, tan pronto como tuvo noticia de su atropello.

Terminada la diligencia salieron todos juntos. Severiano se gallardeaba ostentosamente al andar, desde que su afianzado le advirtió que realmente había sido fiador de Balzac, pues de Balzac era la frase originaria del contratiempo.

Tarancón hizo con la mayor seriedad este comentario:

—Quedamos en que si el padre de la novela moderna viviera hoy en España, no podría conversar con sus amigos si un tabernero no garantizaba su responsabilidad ante la policía.

No hace falta ser un lince para adivinar que la «probe mujé» era la *Butaca*, que, dando al viento sus pesares, canturreaba coplas obscenas en compañía de algunas de su cuerda desde el fondo de un calabozo.

—¿Has mejorado de fortuna?—preguntó á Guerrero, Montenegro, después de haberle separado del grupo.

—La hi convensió—contestó el interrogado en tono confidencial—, y si quiés zabé más, ez-

péramé mañana á tomá caté en Levante y te lo contaré tó.

XX

Y he aquí, lector apreciable, á los dos hombres más importantes de mi relato sentados frente á frente en una mesita del café de Levante, y sordos á las vanales conversaciones que como bullir de enjambres, rodar de carromatos y cantar monótono del viento que se cuela por las rendijas de un desván, resonaban en torno suyo; hélos allí abstraídos por completo al sonar de las copas, al tintinar de los platillos arrojados sobre el mármol y al palmo-tear de los parroquianos impacientes, enfrancándose en sus asuntos.

—De manera, querido Guerrero, que ya eres el *macreux* de la Juliana, que ya el vicio ajeno ha domeñado el inquieto rodar de tu pan problemático.

—Ya lo ves; cosas de la vía; lo júrtimo de tó ez pazar jambre; la jambre tié cara é verdugo.

—Y estarás tan satisfecho; cuando llegue la hora le abrocharás los zapatos con cuidadosa diligencia y le dirás en tono magistral: «A ver si te das buena maña y no te dejas engañar por ahí, ¿eh?»

—¿Que zi eztoy zatisfecho? ¡Más que un consejar nuevo! ¿Tú sabes lo que es vestirse de

limpio y poder decir: Tengo un duro y saber que en casa esperan siempre los garbanzos bien acompañaos?

—Pero... á esa costa...

—Otros viven de cosas piores; á eya le hasía farta un hombre; yo eztaba de punto y m'ha arquilao.

—¿Y la dignidad? ¿Tú crees que es honrado todo lo que da de comer?

—Pos no hi conosío á dengún méndigo á quien er mundo yame honrao, y aemás, si al otro lao de ande eya estaba hubía tenío yo un nombramiento con dos pesetas, pierde cuidao, que á estas horas Guerrero no ocupaba el puesto der *Merengue*, que Dios perdone.

—Desengáñate, que no haces bien; has elegido el peor de los oficios; vives cuidando y aderezando carne para viciosos.

—Puez entonses el mismo pecao que yo, cometen muchos en la vida... cuazi tós los que comersian.

—Has sentado plaza de aleahueté.

—¿Crees que tengo yo obligación de morirme?

—Eso no; si tanto te atormentaba el hambre, no faltan campos que labrar.

—Pero mis costillas, de cincuenta años, se romperían antes que doblarse.

—¿Es posible que no comprendas que tu nuevo oficio es completamente inmoral? ¿No temes que la sociedad te señale con el dedo?

—¿Por qué no m'ha zeñalao antes con el pan?

—Bueno, bueno; quedamos en que te parece muy bien eso de vivir sin honra.

—Pa los probes no s'han inventao la honra, los automóviles, ni er vino de Champán, amigo Paco. Con la honra te paese que ties argo hasta que la quies utilizar pa alguna cosa; entonces te convences de que no ties nada.

—Tu honra es la consideración en que el mundo te tiene.

—Pues eso pa los obispos y los menistros no está mal; á mí, pa juar al tute y pa no ser en jamás otra cosa que lo que soy, mardito si me hase farta.

—Yo te seguiré dando la mano y continuaremos siendo amigos como siempre; pero ten presente que muchos, desde que lo sepan, te negarán hasta el saludo.

—Pues me ez iguar; los saludos no los toman de empeño.

Y así siguieron discutiendo sin que Montenegro lograra separar á su amigo de su nueva ocupación; cuando, ya convencido, ni siquiera lo intentaba, decía Guerrero sonriendo cínicamente:

—Er diablo m'ha traído aquella borza mágica que de cá vez que metes la mano zacas un sentén, y yo que hi tenio la jambre tanto tiempo de quería, enzeguidita la zuerto...

XXI

Guerrero había conseguido su propósito; era el amante oficial de la *Butaca* y á cambio de defender sus intereses, que eran los propios, en la calle y sacarla de la delegación cuando tuviera la desgracia de caer en manos de la policía, tenía un vivir tranquilo y seguro.

Conforme á los cálculos que de antemano había hecho, se daba vida de príncipe: levantábase á medio día, se hacía cargo de los fondos sociales, cuya cuantía variaba de tres á seis duros; hacía la compra de mucho vino, mucha carne, mucho queso, mucha fruta y mucho pan, y regresaba á la casa en donde se dedicaba á guisar mientras Juliana se vestía. Comían reposadamente; después ella se acostaba de nuevo y él, si no era día de acompañar á su hija á la lección, marchábase derecho á la taberna de Severiano, en busca de la cotidiana partida de tute ó de mus. Allí permanecía hasta las diez de la noche, hora en que aparecía gallardamente su adjunta trayendo la cena envuelta en un papel. Para la refacción nocturna que hacían sentados *vis á vis* junto á un veladorcito, consumían un enorme frasco de vino; después, la *Butaca* marchaba á que la peinaran, requisito indispensable para comenzar su tarea, y él quedaba en su puesto, saliendo á la puerta

cada vez que oía un ruido sospechoso ó volando á la prevención cada vez que un golfillo le traía un recado. Después, á la hora en que Severiano cerraba, pasábase al cafetín, en donde se reunía nuevamente con su voluminosa compañera, y por fin, al amanecer, se retiraban juntos, ella complacida de apoyarse sobre un brazo fuerte, y él sonriendo ante la idea de que iba á devorar los restos de aquel vivo festín de amores lúbricos, bajo la vigilancia de la guitarra muda, el baul reluciente y la herrumbrosa navaja, cuyos artefactos parecían evocar de continuo la sombra del *Merengue*.

Pero Guerrero no había resuelto solo su problema; dueño absoluto de cuanto la *Butaca* ganaba, tuvo medio de enviar á su hija carne y vino todos los días y hasta obsequiarla con golosinas, comprar para ella las partituras indicadas por el barón, gratificar al viejecillo con quien repasaba el solfeo y vestirse de nuevo para no hacer mal papel en el aula aristocrática.

Por añadidura, nunca le faltaban los cinco duros en el bolsillo ni la botella de ojen y el mazo de puros en casa, con más el crédito ilimitado que Severiano le abrió desde que tuvo noticia de su solvencia.

Después de todas estas ventajas, obtenidas con sólo ser el caballero andante de una dama ó el administrador hábil de una señora, ¡que viniera Montenegro á hablarle en serio de la dignidad, la honra y la vergüenza, aquellas

tres mendigas harapientas que habían ayunado con él durante tanto tiempo y con él habían dormido tantas veces enmedio del campo!

- Era un miserable *maerots*, pero lo era desde hacía mucho tiempo; no había hecho sino cambiar de ama, trocar las tres meretrices pobres y exigentes que le obligaban á vivir enellierguido y pacato, por otra, hermosa y rica, que apenas le imponía obligaciones, pero en cambio le hacía dueño de sus bienes y haberes.

XXII

Los alguaciles del Juzgado municipal no se habían dormido para llevar á Montenegro la papeleta de citación al juicio, que estaba señalado para tres días después del suceso.

De mala gana, pues conocía por subjetiva experiencia la desdichada manera de funcionar de la *justicia al por menor*, y acompañado de Tarancón y el poeta, sus testigos de descargo, compareció á la hora exacta que le indicaba el documento.

Un inteligente viajero cuenta en sus Memorias haber presenciado una de las audiencias del sultán de Marruecos, y describiéndola ofrece un cuadro de intenso colorido que ante mi imaginación se reproduce siempre que asisto á cualquiera de estas actuaciones.

El sultán aguarda sentado en su trono bajo

el verde parasol de honor; comparecen los litigantes y en el acto resuelve con arreglo á su leal saber y entender; en la ocasión á que el mencionado viajero se refiere, comparecieron dos, y uno de ellos dijo:

—Señor: yo entré en casa de éste, que es vecino mío, para devolverle una espingarda que me había prestado; cayóseme al suelo un duro (1) y éste lo recogió guardándolo en su bolsillo; se lo reclamo y no quiere devolvérmelo.

—¿Qué contestas?—preguntó el sultán al demandado.

—Todo lo que está en mi casa me pertenece y lo que en ella se me cae al suelo, lo levanto cuando quiero; el duro se me había caído dos días antes.

—¡Es mío!—replicó el primero—. Que lo muestre y verá cómo tiene una señal que le hice con mi gumía.

—Muestra el duro.

—Señor: tiene una señal; pero yo también acostumbro á señalar mis duros.

El sultán dijo con palabras definitivas, pronunciando su sentencia: Basta; los dos parece que tenéis razón; tuyo es el duro porque tus pruebas son fidedignas, y tuyo porque lo levantaste del suelo de tu casa; las costas importan cinco pesetas que me pagaréis ahora entre los dos.

(1) En Marruecos circula moneda de todos los países, principalmente de España.

Y los litigantes, sopena de azotes, se retiran diciendo que el sultán es magnífico, hijo del Sol y dueño de muchas mujeres y mucha pólvora.

El Juzgado municipal estaba en el piso tercero de una modesta casa; en la antesala, llena de desconchaduras y lamparones, esperaba una multitud abigarrada, en la que se confundían las caras ojerosas y las desgredadas cabezas de las sacerdotisas de Venus, con los rostros arrugados y los ojos pitañosos de medio ciento de mendigos, guardias y mozos de cuerda; los estrechos pasillos estaban también repletos de presuntos delincuentes y testigos; los empleados del centro iban y venían repartiendo empujones y mirando á todos con desprecio; un alguacil, con la gorra de galones metida hasta las orejas, se paseaba mascando una colilla de cigarro puro y asestando miradas insolentes á unos y protectoras á otros.

Silenciosos y casi avergonzados permanecían en un rincón Montenegro y sus dos amigos; el juez tardaba, y aquel hervidero mal oliente de carne humana, esperaba resignado sin impacientarse; poco á poco íbase aumentando la concurrencia; había ya gitanos, vendedores ambulantes, chiquillos, criadas de servir, obremos y guardias civiles.

—¡El señor juez!—dijo desde la puerta una voz vinosa—. ¡Levantarse y fuera gorras!

Y apareció el juez, que pasó inmutable por el callejón que formó al efecto la parroquia.

Era el juez un jovencillo como de veinticinco

años, pequeñito, rubio, con ojos garzos, engomado bigote y el pelo engrasado hasta adquirir una tonalidad oscura, no obstante su color natural. Su traje era correcto, ni llamativo ni elegante, y sobre su conjunto plomizo destacaban los vivos colores de una corbata verde y encarnada.

—¡Desahucios!—gritó el alguacil.

Y comenzó á leer con inauditas equivocaciones una larga lista de nombres y apellidos; la mayoría de los llamados no estaban presentes; algunos entraban y al momento salían mordiéndose los labios, como protestando de que no les consintieran decir todo lo que se les ocurría; después marchaban á la calle con lágrimas en los ojos.

Terminados los juicios de desahucio—cuarenta en diez minutos, poco más ó menos—pasaron á la sala de audiencia Montenegro y su denunciante, para quien no se habían cumplido los consejos del subdelegado, y sin duda por esto tenía muy mala cara.

A la cabecera estaba esa imagen desnuda y lastimosa de Cristo, que como Tolstoi observa jamás falta de los lugares en donde se infligen tormentos á los hombres; allí estaba con sus lágrimas de almazarrón y su ceñidor deslustrado bajo el polvoriento doselete. Casi oculto detrás de una gran mesa estaba, á los pies del Cristo, el juececillo rubio que entró momentos antes; á su derecha un señor mofletudo, calvo, corpulento y miope, representaba al ministerio fiscal;

era este señor una encarnación viva de la ley estática, con sus errores cristalizados y sus casuismos erigidos en reglas generales por imposición de una cohorte de atrevidos que á lo largo de la Historia se viene llamando mayoría; al lado izquierdo, de pie, estaba el secretario con la diestra sobre un legajo de papeles y la siniestra ocupada en sujetar sus inquietos lentes; era el secretario un viejecillo de aspecto simpático y bondadoso, que desde su estrado parecía dolerse de las ajenas desgracias.

Dió comienzo el acto por la lectura de un oficio procedente de la Delegación en que se hacía constar que D. Francisco Montenegro, en plena Puerta del Sol, había proferido ataques contra las instituciones y contra el régimen.

—¿Es cierto, señor inspector?—preguntó el juez.

—Sí, señor; dijo que hacía falta *redamar* mucha sangre.

—¿Y cómo lo dijo?

—Al principio hablaba *parcialmente* con otros señores; pero al decir eso levantó las dos manos.

—¿Tiene usted algo que añadir?

—No, señor.

—Acusado—preguntó el juez á Montenegro—. ¿Es cierta la denuncia?

—Yo comentaba los sucesos del día con esta frase de Balzac: «Las verdades sólo salen de sus pozos para tomar baños de sangre». Los libros

en que se consigna merecieron siempre el respeto, no ya de la policía, sino de toda la humanidad.

—¿Tiene usted algo que añadir?

—Nada, señor.

—El ministerio fiscal.

El hombre calvo, gordo y carrilludo, al oír la indicación del juez, se arrellanó en su sillón y dijo con voz gangosa:

—No estimo aceptable ni pertinente la prueba testifical propuesta por el acusado; entiendo yo, y á mayor abundamiento pudiera aducir indiscutibles testimonios, que el acusado ha incurrido en una falta á la que corresponden veinticinco pesetas de multa y las costas, cuya pena solicito le sea impuesta.

—El juzgado se conforma con la petición fiscal—dijo el juez con voz atiplada—. ¡Concluso!

Y el acusado salió sombrío, taciturno y convencido de que ni aun á los sabios que á favor de su obra lograron el honor máximo de la incinescencia se les pueden consagrar devociones, en donde la administración de justicia es mucho menos perfecta y racional que las audiencias del sultán de Marruecos.

El acusador, que salía detrás frotándose las manos, le dijo en tono amistoso: —Ya habrá usted visto que no he querido apretar los tornillos.

Y los tres amigos se fueron sin articular una sílaba ni contestar siquiera con una mirada al importuno.

XXIII

Para Montenegro había sido el juicio de faltas un trago amarguísimo; él y su autor favorito, el gran inspirador de toda su obra, habían sido infamados públicamente, pisoteados con ensañamiento en presencia de guardias, prostitutas, mendigos y rateros; por efecto de tal contrariedad mostrábase dolorido, abismado en tristes reflexiones, y ni el ingenio de Tarancón, ni los gratos decires del poeta, lograban atraerle á la conversación amena ni al buen humor que cuando se reunían los tres resplandecía entre ellos como poderoso foco.

Pero aquella situación de abatimiento, aquel estado de ánimo, de profunda tristeza, no podían durar mucho tiempo... ¡Es preciso destruir las preocupaciones! ¡Guerra sin cuartel á los pesares!...—gritaba Tarancón—mientras en su mente inquieta se tramaba un plan que curaría del todo á su abrumado compañero.

—Hay que organizar una orgía—prosiguió—una bacanal, una gran fiesta digna de los próceres romanos, de los cardenales del Renacimiento, de la corte resplandeciente de Luis XVI... ¡Yo tengo noventa céntimos!

—Y yo sesenta y cinco—añadió el poeta con aire ostentoso.

—Una peseta me acompaña—dijo Montenegro sonriendo por primera vez después de la sentencia.

—¡Viva la frivolidad!... Tú dame esa peseta y tú esos céntimos; somos poderosos. ¡Dos cincuenta y cinco!

Después, el autor dramático incipiente, con aire triunfador, expuso así su programa:

—Yo sé en dónde venden una longaniza eucarística; dos reales de longaniza. ¿Y los discretísimos chicharrones, desayuno predilecto del Rey Sabio? ¡Treinta céntimos de chicharrones! No, no pasemos adelante sin las sardinas recubiertas de plata como núbiles augustas de las acuáticas regiones; dos reales de sardinas fritas. Ya tenemos tres platos fuertes y todavía queda mucho dinero. ¡Guerra contra este dinero! Hay un manjar mitológico, al que, por una inexplicable autonomasia, por no sé qué humorismo extraño, llaman queso gallego en unos sitios y queso cambino en otros; un real de queso, tendero, sin hacerle cosquillas á la balanza, y además quince céntimos de esa miel hiblea rural, á la que ustedes en su *argot* mercantil suelen llamar higos. ¡Está hecha la compra! Entremos en el augusto templo Salomónico; para divino néctar reservo aun cuarenta céntimos. Id, *padre*, por tres panecillos; esa es adquisición que os incumbe.

Y el grave Montenegro y el festivo Tarancon entraron con gallardo empaque á una bodega de la Plaza del Progreso, que debía serles

familiar á juzgar por los saludos que con ellos cambiaron los encargados del mostrador.

Era un local largo y estrecho, cuyo fondo no se adivinaba á través de la atmósfera humosa; junto al muro de la derecha había una enorme pila de pellejos llenos; á la izquierda varios rincones, semejantes á las capillas de las Iglesias banocas, estaban ocupados por mesas y banquetas, y en ellos se reunía una plebe multicolor y extraña, compuesta al parecer de obreros, vendedores ambulantes y mendigos; colgadas lámparas de gas enviaban destellos de una luz impotente para destruir aquellas tinieblas reforzadas con el humo de los cigarrros y el vaho de la carne sucia; sobre un pellejo vacío y arrugado se retorcian en grotescas contorsiones unos monigotes de papel que una vendedora dejó allí mientras consumía su modesta cena. Dos zagalones, con la vestimenta embetunada de pez y las caras salpicadas de vino, iban y venían aturdiendo las peticiones de los bebedores, Acá se hablaba de política, más allá de los consumos, en otra *capilla* de la guerra *nipo-rusa*, en otra de toros y junto al mostrador, de monedas falsas.

Al entrar en aquel antro plebeyo los dos señoritos, cesó un momento el murmullo de las conversaciones, coincidieron en ellos todas las miradas y aun hubo quien apartó los labios de la jarra y derramó inconsciente el vino sobre su camisa para lanzar al advertirlo una sonora maldición contra los recién llegados; esta mal-

dición, en buena lógica, debiera ser dirigida contra el mismo maldiciente ó al menos contra su necia curiosidad.

Apareció Chartres con una gran libreta en la mano y el silencio de la concurrencia, apenas vencido, renació sin duda para que las palabras no entorpecieran la labor pesquisitiva de los ojos. Avanzó el poeta marcialmente y en el fondo del obscuro callejón encontró á sus compañeros; con ellos tomó asiento bajo un techo tapizado de telarañas, alrededor de una mesa coja y al pie de un enorme fuelle con patas de hierro que se utilizaba para hinchar los pellejos vacíos.

Cuando Montenegro estaba partiendo en rodajitas la longaniza, mientras Tarancón refería el argumento de una comedia que acababa de ocurrírsele, llegó á la mesa un vendedor, de patatas asadas, que apoyando en el suelo la cesta de su mercancía, puso su diestra sobre un hombro del poeta y le dijo familiarmente:

—¿Llega hoy á tiempo el patatero?

—Como enviado por el Sol, nuestro padre— interrumpió Tarancón vivamente. Tres patatas son hoy la contera de oro que el destino quiere poner á nuestro festín y presintiéndolo yo, guardé al efecto estos quince céntimos.

El patatero, no obstante su facha, pues era pequeñaco, chato, barbudo, rubejo y casi ciego, despertaba desde el primer momento vivo interés; había leído á Gorki, de quien sabía que se llamaba Alejo Pesehow y que *!gorki* en ruso

quiere decir amargo. Además conocía varias obras de Tolstoi, Kropotkine y Carlos Malato. Desconfiaba de las fórmulas políticas y los partidos gobernantes; veía á la humanidad en una época de transición violenta, aun cuando no tanto que la generación de nuestros hijos alcanzara la vida feliz sin leyes ni gobiernos; en una palabra, tenía de la filosofía moderna una concepción mucho más clara y precisa que Maura, Montero Rios ó cualquier otro jefe actual ó probable del Poder y se representaba al verdadero anarquista laborando en el terreno científico por hacer á la humanidad digna de vivir emancipada de todos los vínculos onerosos en lugar de representárselo como el vulgo semidocto, forjando bombas ó amenazando testas coronadas.

El pobre hombre, después de haber vendido sus patatas, confesado sus devociones y escuchado atentamente algunos consejos de Montenegro que le señaló los peligros que contenía el no amoldarse á rodar atado á la sociedad por la cintura, salió complacido por haber encontrado quien le comprendiera y apreciara su erudición, luminoso brillante engastado en tosco acero.

El rico festín de los humildes literatos, iba poco á poco destruyendo en ellos la melancolía; pasaba de mano en mano la panzuda jarra y el espíritu sarcástico, jovial y cascabelino de Tarancón, resplandecía sobre aquella orgía opaca; levantados los periódicos que hacían de

manteles, encendiéronse las pipas, que con gran admiración de las gentes vaciadas en el tosco molde de la rutina, usaban los tres y hubo un momento de silencio en el que el poeta arrancaba al humo de la suya contornos vagos de princesas nacarinas, ojerosas y delicadas; Tarancón, deformes creaciones rabelesianas, y Montenegro, togados, inquisidores, amarillentos verdugos y mohosos rastrillos de cárceles infectas.

—Olvida, amigo mío, olvida, que olvidar es renacer—dijo Tarancón al *acusado*.

Los ojos de Montenegro brillaron como los de las aves nocturnas y repuso con dulce melancolía:

—Olvidemos, sí, es monstruoso vivir hacia atrás; atormenta demasiado el dolor del momento y no hay que aumentarlo mirando los caminos regados por nuestra sangre; puesto que mañana nos espera un nuevo pesar, olvidemos el de hoy. Pero... ¿cuándo van los hombres á olvidar sus preocupaciones atávicas? ¿Cuándo se van á quebrar esas paradojas que comprimen y deforman el cerebro humano, haciendo funciones mecánicas y reguladas de sus actos libres? ¿Habrà quien sinceramente crea que es justicia la que á mí se me hizo esta tarde? ¿Será cierto que yo, citando á Balzac, he quebrantado un orden social y jurídico y para restaurarlo es preciso que la sociedad elija y pague un magistrado que decrete el cercenamiento de mi pan, siempre escaso y no siempre seguro?

¿El vaso de vino que con mi dinero haya de beber el alguacil, basta para que el régimen cure de las heridas que mi mano le infiriera?... Sí, sí, quiero olvidar; pero mis espaldas son débiles y en ellas perdura el dolor de estos latigazos, mis hombros se descoyuntan al peso de la patria, la ley y otros artificios que haciéndome creer que me otorgaban derechos, no hicieron sino envolver mi pecho en delgadísimos papeles, con apariencia engañosa de corazas... ¿Qué garantías me ofrece la vida civilizada?.. Yo prefiero mil veces el riesgo de los dientes del caníbal, contra los que mi cuchillo puede ser salvaguardia efficacísima, al riesgo de la ley, inspirada por el odio ó colocada en manos inexpertas... y corrompidas.

XXIV

Aquél día se preparaba en casa del barón una solemnidad extraordinaria. En la hora de la lección habrían de suspenderse las vocalizaciones, los trinos y demás ejercicios y las discípulas cantarían *couplets* y romanzas para ir aprendiendo la forma en que debían aplicar los supuestos técnicos.

Dolores, con la colaboración de un tenor que aprendió también en las mismas aulas, cantaría varios fragmentos de una zarzuela clásica, y hasta la baronesa con su hermosa voz de con-

tralto, había de tomar parte en el concierto.

Montenegro, invitado por conducto de Guerrero, desempolvó su chistera, púsose de tiros largos y con su acostumbrada puntualidad acudió á gozar de la música tratada por divinas gargantas.

Reunidos todos y hechas las presentaciones de rigor, una muchacha morena, de negros ojazos, estrechísimo talle y estatura hombruna, cantó el *rondó de Luccia* con tanto entusiasmo, que sus mejillas se arrebolaron nerviosamente. Luego una rubia pequeñita, con cara de niño travieso y vivísimos ojillos grises, dijo con gracia seductora una delicadísima canción picaresca que para ella había compuesto el barón con letra y música. Después la hermosísima baronesa, con soberano dominio de sus facultades, demostrando que sabía ayudarse del gesto y la apostura como una maestra consumada, entonó una aria dramática de gran colorido é intensidad, y lo hizo con tal fortuna y acierto, que la concurrencia que hasta entonces había refrenado el entusiasmo con la mesura, significó su aprobación con frases de cariño y sonoros aplausos que el feliz matrimonio agradecía con los ojos llenos de lágrimas.

Se interrumpió el concierto por breve espacio para dar descanso al pianista, y el barón, emocionado, cogió á Montenegro del brazo y lo llevó aparte para desahogar, sin duda con la conversación, el entusiasmo que llenaba su pecho.

—¿No es verdad, amigo mío—dijo—que la música tiene algo de sobrenatural, de divino?

—No es que tenga algo; es en sí divina, sobrenatural; si no expresa las emociones y los afectos con tanta precisión como la palabra, los expresa en cambio con mayor intensidad.

—Le confieso á usted que algunas frases de Gounod me han hecho llorar.

—Y al oír otras se habrá usted sentido capaz de acudir, sin más armas que el entusiasmo y la fe, á las luchas más peligrosas.

—Parece como si la música hablara directamente al corazón.

—No, no, su lenguaje es mucho más interesante; habla á los nervios, y por medio de ellos reparte sus vibraciones entre todos los sentidos humanos; unas veces despierta el dolor dormido; otras evoca el amor pretérito; otras sumerge al espíritu en una luz nueva y extraña; otras reproduce fielmente la vida de las edades muertas; otras construye y edifica en el ambiente regiones ideales... La Iglesia apoya sobre la música todas sus solemnidades; el Trono pide á la música el complemento de sus esplendores; la guerra, con la música, sofoca los ruidos de la muerte y con la música refuerza el entusiasmo de los luchadores; todo lo grande se acompaña de la música.

—Todos debiéramos ser músicos.

—Eso ya es más discutible, barón; yo he temido muchas veces que el conocimiento de la técnica destruya ó por lo menos reste intensi-

dad á las sensaciones; de la música nadie huye deliberadamente y esto basta.

—Pero, ¿es tan grata la compañía de la música! En ella radica un mundo entero y completo, en el que chocan ó se unen las fuerzas, se mueven los seres, se agitan las pasiones y el espíritu se rinde por completo á una idealidad que le libra de tristezas embrutecedoras y pensamientos criminosos.

—Para eso basta sentir; ahora, lo que sí creo es que el músico tiene más facilidades que los demás hombres para vivir la vida interior, para reconcentrarse en sí mismo y aislarse cuanto quiera del mundo; Aristóteles dijo que para vivir en la soledad es preciso ser dios ó bestia; Nietzsche añadió que el filósofo también podía vivir la vida solitaria; por mi parte creo que no hay inconveniente en admitir en este grupo á los músicos...

El profesor comenzó á teclear, preludiando la partitura que habían de cantar Dolores y su acompañante; el barón y Montenegro, movidos por el mismo secreto impulso, abandonaron su conversación y acudieron á oírlos.

Era el tenor un mocetuelo catalán, como de veinticuatro años, muy corto de talla y de mirada dura y aviesa; su cara, completamente afeitada, daba idea de un camarero más bien que de un artista, y á lo mismo contribuían su chaleco escotado, su pechera llena de arrugas y no muy limpia y su abotinado pantalón.

La pareja no podía resultar más antiestética;

puesta aquella mezquina humanidad junto á las esbelteces, las exuberancias y las donosuras de Dolores, era muy difícil convencer al público y mucho más aún á público tan inteligente y elegido, de los grandes arrebatos pasionales, ni de los fogosos amores que con armónicas frases iban mutuamente á contarse; notólo el barón y en el acto dispuso que suprimiera el pianista los números de conjunto; así, pues, primero cantó el tenor una romanza y luego Dolores otra.

El desdichado hombrecillo hizo en vano cuanto pudo por entusiasmar; cierto que poseía una voz gratísima y de regular extensión; pero su desgraciada figura destruía todo el efecto artístico, y la concurrencia le escuchaba con respetuoso silencio, que muchas veces estuvo á punto de ser turbado por risas femeninas provocadas por el extraño manotear con que secundaba la emisión de la voz. Al concluir su dolorosa tarea, brilló en su mirada un velado rayo de despecho que del todo no pudieron apagar algunas personas piadosas que oficiosamente dijeron: «muy bien», y con esa fatuidad arrogante, que á los pequeños caracteriza, marchó á sentarse solo en el diván más apartado.

El barón no había procedido como torpe ni como ignorante al dejar para últimas el número de Dolores; quería que se llevaran sus invitados en el oído la impresión más grata, y por cierto, logró cumplidamente su propósito.

Dolores ya no era la discípula tímida y amenerada que dos meses antes había cantado con muy buena voz, pero con poquísimo arte, sin saber colocar los alientos ni apoyar las notas; era ya la artista completa que, dando á sus facciones bellísima expresión, sabía arrancar á la mímica todos sus encantadores secretos. Con sorprendente dominio de sí misma y conservando exquisitamente el tono y el compás, fué derramando los arpegios suaves, las cadencias sonoras, los arrulladores trinos y los estridentes agudos, cuyo armonioso chocar seguían todos con interés inquebrantable. Era su garganta una fuente de oro, de la que brotaban torrentes de piedras preciosas que se desgranaban al caer por sus labios de cristalizada púrpura. Una nota grave primero, de dulce y sostenida sonoridad después y de un agudo, intenso y vibrante por último, puso fin á su magistral partichela; entonces las mujeres se abalanzaron á besarla en las mejillas; el barón emocionadísimo la besó en la frente con esa unción que los creyentes ponen en los besos que tributan á las efigies divinas, y su pobre padre, oculta la cara tras un pañuelo, lloraba lagrímones que morían prendidos en las hebras de su bigote.

—Gracias, señor, muchas gracias—dijo rehaciéndose un poco, mientras apretaba entre sus dos manazas curtidas, pellejosas y húmedas una de las manos finas y blancas del barón—. Usté es el padre de toa mi familia. Aho-

ra mesmo la yebo al treato Rial y allí canta esta noche por cima é la caeza de tó el mundo... Vamos, niña, vamos... que bien te lo mereces...

No poco trabajo costó á Montenegro convencer á Guerrero de que su hija necesitaba todavía por lo menos medio año de lección; pero convencido al fin siguió llorando hasta que sirvieron el té; entonces, levantándose decidido, dirigiéndose al barón y con acento de vivísima gratitud, le dijo:

—¡Mire V. señor, esto ya es mucho; después de que á mi hija la enseña V. de gratis, yo no pueo concentir que gazte y ze moleste pa osequiarnos; yo tengo aquí un duro pa gastalo con V. cuando quiera... Vamos, hija, vamos... Yo no pueo eztar aquí porque me mata la congoja... Argún día sabrá el señor barón quién es Guerrero en lo tocante á ser agradecío.

Y tenía razón el pobre hombre; en la atmósfera del aula vibraban todavía las notas mágicas de la romanza; todavía se respiraba el entusiasmo que á borbotones surgiera de todos los pechos ante el triunfo de Dolores. Necesitaba el aire tranquilo de la calle para recobrar la calma, la conversación de sus amigos, á quienes, dando rienda suelta á su emoción, les contaría con frase pintoresca el gran éxito de su hija y les referiría al detalle los proyectos que cifraba en el triunfo material, que ó quebraba la lógica ó había de seguir muy de cerca al triunfo artístico que su hija acababa de obtener.

XXV

Sonaron las doce de la mañana en un reloj de arco perteneciente al vecino de las pelotas de *joma*. Guerrero había salido á la compra media hora antes, y la *Butaca*, al contar los doce graznidos del ave, se incorporó en el revuelto lecho, echóse unas zapatillas, prescindiendo por entonces de las medias, colgó de su amplia cintura una falda de percal deslucido, envolvió sus crenchas en una redecilla encarnada y comenzó á lavarse en un gran barreño, restregándose los gigantescos brazos con una esponja de esparto y un trozo de jabón moreno.

A poco llegó su hombre cargado de viandas y adelantándose mimosa le dijo mostrando uno de sus pechos carnoso y flácido en que tenía marcadas de rojo violáceo las huellas de los dientes de un vicioso:

—Mira lo que me hicieron ayer.

—Ezo no ez ná, gitanaza: ven y te jago otro iguar ar jotro lao pa que laz tengaz lo mesmo.

Aquí sonó una enorme bofetada cuyo eco se desmoronó en el vientre hueco de la guitarra.

—¡Mia que eres brutal!—prosiguió Guerrero—¡Cuidiao con la manera de probar el cariño!

—No creo que te haiga hecho daño.

—Daño no, pero vamos, que darne una go-

fetada á mí que te quío más que á las niñas de mis ojos.

—Güenos están los quereres de los hombres; cualisquier día haces las paces con esa bruja de tu señora y me dejas á mí más plantá que la Puerta é Toledo.

—¿Dejarte yo? Enjamás de los jamases, más que te fueras ar moro.

—Ya veremos en cuanto prencipie á ganar dinero tu hija y á partirlo contigo como dices. ¿Pa qué me quedrás á mí entonces?

—Pa lo que te quío aura mezmo, pa querete y ná más, y zi no, ar tiempo.

—Paice que lo estoy viendo: entonces me pegas una patá en salva sea la parte y ahí te queas, Juliana; eso ya me lo tengo tragao; los hombres sois como los billetes de Banco; yo pocos hi guardao, pero encuantí que prencipias á tomarles cariño, ties que quearte sin ellos.

—Tú cáyate y deja de venir las cosas, que prezonas como yo no has tratao denguna entodavía; ezo pué que lo hubía jecho er *Merengue*, que era como quien dice un chico é la otrina, y en cuantito hubía tomao la arternativa, la er jumo.

—Has el favor de dejar en paz á los que eztán comiendo tierra; bien honrao que era y bien güeno.

—Pero, ¿toavía t'alcuerdas d'el?

—¡Pues no! Levanta la tapa del cofre y verás que marco tan guapo le han puesto á su retrato.



—¡Y habrás tenido valor!

—¿T'hi fartao con ello?

—No... pero... Y Guerrero, después de simular que sentía celos, sacó del baúl un retrato del *Merengue*, en el que aparecía el traje de luces toscamente iluminado y destacaba la fotografía sobre un fondo verde con escarcha encarnada y plata, y todo ello encajado en un ancho marco de dorada moldura.

—La verdá ez que eztá preciozo—dijo—después de haberlo mirado un momento; pero no lo cuergues de la paré, porque er mejor día ú er pior le doy un testerazo; eso pa guardao en er cofre no eztá mal.

—Pues pa eso lo quiero, pa guardalo.

La *Butaca* terminó su ligero tocado; Guerrero mientras tanto medio asó dos kilogramos de filetes que había comprado para el almuerzo, y poco después, colocados en una fuente sobre la inmutable servilleta que cubría la mesa, fueron pasando á dar trabajo á los voraces estómagos de los dos amantes.

XXVI

Montenegro vivía solo, en un modestísimo cuarto de la calle de la Manzana, compuesto de una sala espaciosa, cuyo mobiliario lo constituían un gran estante repleto de libros, una mesa de despacho, otra mesa más grande que

había pertenecido á la redacción de un periódico del que fué propietario, y hasta media docena de sillas con asientos de cartón piedra que imitaba cuero labrado; recubrían las paredes algunas fotografías de amigos, dibujos delicados, carteles anunciadores de periódicos y revistas, tarjetas postales y dos espadas francesas. Junto á la sala había una alcoba, que, como sita en una casa antigua, era también amplia. Al fondo del pasillo largo que á la sala daba entrada, estaba la cocina de que Montenegro jamás se sirvió. La portera de la casa era la encargada de barrer el cuarto y hacer la cama, mientras él salía á comer.

Cuando Montenegro alquiló su habitación estaban vacías todas las de la casa; pero poco á poco se fueron llenando de mujeres alegres que, con sus uñas ó con sus cánticos, turbaron muchas veces las meditaciones del escritor y le interrumpieron en sus trabajos; pero, en cambio, para compensar este daño, le proporcionaron algunos ratos alegres cuando, vencidas las primeras resistencias, trabaron esa amistad expansiva y bulliciosa que suele nacer con gran facilidad entre artistas y mujeres.

Aquel día, la casa de Montenegro, de ordinario triste y sola, estaba muy animada; Tarancón, gustoso de que su amplia voz de barítono resonara en aquellas oquedades, cantaba con todo su vigor; el poeta, aprovechando los descansos de Tarancón, recitaba estrofas recordando aficiones al teatro que sintiera en sus

mocedades, y Montenegro, cuando podía apoderarse de la atención de sus amigos, les leía un capítulo de novela inédita, ó el desarrollo de una tesis filosófica, ó les daba cuenta de un descubrimiento que había hecho la noche anterior sobre la manera de funcionar del espíritu humano. Los tres aguardaban á Guerrero, que, habiendo mejorado de fortuna, como ya sabemos, había ofrecido para aquel día un almuerzo en la *Venta de Don Quijote*.

Pero Guerrero tardaba; sin duda buscaba en las pollerías de su distrito un «gallino» que el día anterior prometiera.

Por fin llamaron á la puerta; pero no el amigo esperado; fué una horrible sorpresa que heló la alegría en las venas de los tres: el Juzgado había requerido varias veces á Montenegro para el pago de la multa, y éste no se había encontrado en condiciones de realizarlo; concluyóse á la autoridad la paciencia y en aquel punto y hora enviaba tres alguaciles y un secretario para que procedieran al embargo ó capturasen al delincuente en el caso de insolencia.

Mostró uno de ellos el bastón de mando y dió cuenta de su comisión; enseguida, mientras el escribiente inventariaba, iban amontonando libros y muebles para llevárselos sin tener en cuenta las protestas que formulaban tanto la víctima de aquella impensada rapiña, como sus amigos.

En un momento terminaron su inhumano

despojo; salió uno y volvió á poco con un mozo de cuerda, que subió, y un carro que dejó á la puerta; en él colocaron un colchón de la cama, tres sillas, la mesa de despacho y los libros mejor encuadernados de Montenegro; afortunadamente para él, fué éste el criterio de que se sirvieron para hacer la selección; después el carro rodó pesadamente, y el poeta que miraba desde el balcón con los puños crispados, observó que los tres alguaciles se quedaban en la taberna más próxima, sin duda para deleitarse con el último grito de dolor que lanzara el desgraciado, puesto por ellos en textura de arrojarle de cabeza por el balcón en pos de sus bienes dentados.

La habitación ofrecía un aspecto tristísimo; Tarancón ponía en el estante los libros que dejaron esparecidos en el suelo; el poeta paseaba nervioso blasfemando por el rincón más obscuro. Montenegro, con la cara entre las manos, se mordía los labios en doloroso silencio.

Esta era la situación cuando entró Guerrero por la puerta, que nadie se había cuidado de cerrar, y el pobre hombre al relacionar lo que veía, con el carro de muebles conocidos que á pocos pasos encontrara, adivinó lo que ocurría, dejando rodar por el suelo los paquetes que traía preparados para el consumo, cayó desplomado sobre una silla.

La fiesta pensada con tanto deleite, zozobraba en un océano de pesadumbres.

Más de media hora continuaron todos en la

misma situación. Antonio, al terminar su tarea, tomó asiento y apoyó su cabeza sobre la única mesa que quedaba; el poeta paseaba silencioso y con la mirada perdida en el espacio; Guerrero fué quien primero se rehizo y recogió del suelo las vituallas; poco después, si sus amigos no hubieran estado tan absorbidos por sus dolores, le habrían oído revolver en la cocina y subir y bajar escaleras; por último, reapareció en mangas de camisa, arrastró la mesa hasta el centro de la habitación y volvió á salir con Antonio.

Entraron de nuevo los dos provistos de platos y botellas y Tarancón, dirigiéndose á Montenegro que continuaba en la misma actitud, dijole á grandes voces y jovialmente:

—¡Eh! ¡Compañero! Ya hemos pagado al dolor su tributo; á nosotros pueden vencernos, pero no tenemos derecho á mostrarnos vencidos. ¡Animo y á vivir!

—Tienes razón—dijo el expoliado con amarguísima sonrisa—. ¡Vivamos!... Ayer, cuando la lucha en las calles, me arrojaron en el carro de los vencidos; hoy, como era de esperar, los vencedores ponen en práctica su derecho al saqueo.

Después comenzó á pasear por la sala sin conseguir emanciparse de su abatimiento y les dejó hacer.

En breve la mesa estuvo recubierta de periódicos y en espaciosa cazuela humeaba el dorado arroz con su acompañamiento de almejas,

pollo, guisantes, jamón y pimientos morrones.

Pero faltaba una gratisima sorpresa que había preparado el ingenioso *souteneur* de la *Bu-taca*, y á realizarla salió después de haberse puesto la chaqueta ceremoniosamente.

En efecto, algunos minutos después volvió á entrar acompañado de cuatro hermosas muchachas, vecinas de la misma casa, que avisadas sin duda de antemano, se habían puesto sus trajecitos domingueros.

Ante tan grata compañía y tan inesperada aparición, Montenegro cambió de aspecto y comenzó á sonreir con afabilidad ingenua. El poeta se adelantó con una botella y un vaso para ofrecerles vino, y en tono de brindis ó discurso, dijo:

—La amistad, el amor, el alimento; he aquí tres grandes poderes que cumplen su completísima misión sin infligir torturas. ¡Adorémoslos y proclamemos necio y vulgar todo lo que fuera de esto quiera pasar por autoridad y justicia!

—¡Bravo!—gritó Montenegro.

—Yo noto aquí un cambio—observó una rubia corpulenta y de rostro agradable.

—¿Los muebles?—repuso vivamente Tarancón mirando de reojo al amo de la casa—. Los ha enviado Paco á un Círculo que estamos constituyendo.

Y comenzó la orgía.

XXVII

Hasta bien avanzada la noche no pudo Montenegro verse á solas con su pena, con aquella pena plomiza, pesada, densa, persistente que le agobiaba. ¡Tantas horas sin poder arrancar de su rostro la odiosa máscara de alegría y buen humor!

Estaba verdaderamente fatigado; decidió acostarse y avanzó inconscientemente hasta su casa, pero desde la misma puerta volvió sobre sus pasos: el piso saqueado, la alcoba solitaria... ¡Cuánta tristeza!... Las penas hay que vivirlas—se dijo—, y sino no se concluyen ni se borran; pero hay que vivirlas encerrándose en ellas, aislándose de todo lo que pueda hacerlas más grandes ó más pequeñas...

Y siguió andando.

Recorrió silencioso las calles solitarias, respetadas aquella noche por el vicio y la vagancia como si hubieran querido dar espacio á las dolorosas reflexiones del joven escritor; á veces se recostaba en una pared y su vista se perdía en el cenit constelado; á veces caminaba con rapidez y ardimiento como si buscara un enemigo con quien luchar; á veces golpeaba su frente con la palma de la mano, como si despertara de una vertiginosa pesadilla. . ¿Qué debo hacer?—se preguntaba—¿Cuál es mi camino?... ¿Lucho?.. ¿Me rindo?... ¡Cómo, cómo

triunfar yo solo de esta sociedad que tantos respetos exige y tan pocos guarda! Yo padezco de hambre y respeto lo que acumula la codicia en casas, tiendas, mercados y almacenes; yo amo y los respetos sociales me vedan la confesión de mis amores; yo tengo ideada para mi pueblo una organización más perfecta y la ley me impone el secreto de mi fórmula; quiero avanzar, y cuando apenas lo he determinado, la autoridad deja caer su látigo sobre mi espalda; quiero retroceder y la opinión ha puesto detrás de mí una muralla infranqueable; si vencido por este suplicio me mato, la posteridad me calificará de ambicioso impotente, y resistir... resistir no es posible; hoy se apoderaron de mis bienes, mañana me arrojarán de golpe en una prisión y con ello las arrugas brotan en mi frente y las canas envuelven mi cabeza y mi juventud se agota y la decrepitud y el escepticismo me hacen suyo y mi vida psíquica se concluye sin haberme dejado espacio para laborar en pro de mi queridos ideales.

Indudablemente fueron mucho más piadosos los tiempos de las cruces y las hogueras que estos de tormento continuo, de veneno dosimétrico, de sangría capilar, de amputación paulatina de facultades y funciones, de anestesia lenta de la inteligencia; entonces, desde la llama ó desde la cruz, era posible hablar y se le podía dar al pensamiento de toda la vida una forma definitiva, se podía hacer que las ideas cristalizaran en palabras de ultratumba y así

pasaban á poder de generaciones que se cuidaban de guardarlas como reliquias preciosas si el espíritu de los tiempos imponía la vida contemplativa, ó las desplegaban como banderas si una ráfaga de libertad abría una etapa de vida activa. Hoy, no; hoy se muere sin lucha, hoy se amordaza á los que han de sufrir el tormento y el huracán de las ideas es impotente para encrespar la superficie de este lago estático, en el que solo está permitido navegar á los pesados galeones de la rutina y á las carabelas deformes de la tradición.

Por oriente comenzaban á surgir las difusas claridades precursoras del día y Montenegro, subyugado por los aromas que hasta él enviaba el despertar plácido de la Naturaleza en plena florecencia, siguió hacia el campo sumido en sus tristes reflexiones y sin parar su atención en el canto estridente de los gallos, en el exótico rebuznar de los borricos, en el perezoso renquear de los barrenderos, en el somnoliento avanzar de los serenos que con los faroles apagados regresaban á sus hogares; en el bostezo sostenido de los taberneros que abrían sus tiendas, en el melancólico caminar de los labradores que marchaban á sus faenas, ni en las otras mil señales indicadoras de que Madrid despertaba con su fruncido ceño de pueblo trabajador.

Apoyados los brazos sobre la tapia baja de un huertecillo, aspiraba los perfumes de las plantas y recibía con deleitosa fruición el beso cálido de la aurora en su frente descubierta; los

encantos del paisaje iban disipando poco á poco los nubarrones de su amargura y haciéndole renacer insensiblemente á nueva vida.

—¡Aire, luz, sol!—se decía—; hé aquí mi tesoro, mi vida. ¡Esto no pueden quitármelo!... Pero sí, también pueden... la cárcel es sombría y sus hierros quiebran la luz y arrancan de ella las notas vibrantes y los colores gratos; á las celdas llega como tibia y difusa claridad de cripta...

Un mozalbete andrajoso, cruzó entonces por su lado y como si de intento hubiera procurado romper el sombrío monólogo del acongojado trasnochador, cantó con voz de plata:

Señor Juez, no m'atormente
que la tengo de adorar,
mientras pa mí haiga en er mundo
aire para respirar.

Irguióse en una nerviosa conmoción, aspiró una larga bocanada de aire puro y comenzó á caminar de regreso, diciendo á media voz unas veces y otras veces á gritos:—¡Energía! ¡Obstinación!... Me habéis abandonado y el azar os vuelve á mí. ¡Insensato! Abandoné mis únicas armas... ¡La energía es mi lanzón! ¡La obstinación es mi coraza!... ¡Guerra pues,

Mientras yo tenga en el mundo
aire para respirar!

XXVIII

Guerrero, Montenegro, Tarancón y Chartres formaban un grupo verdaderamente desgraciado; cuando el dolor no se cebaba en uno de ellos, se cebaba en otro ó en varios á la vez, y como habían decidido combatirlo siempre, raro era el momento en que no tenían una pena que llorar.

Después del despojo de Montenegro, la desgracia hizo presa en Guerrero, á quien desde su alianza con Juliana, había concedido un armisticio.

Atropellada brutalmente por uno de la *ronda*, cuya sangre podrida se arremolinó en su organismo despreciable, determinando los deseos más repugnantes, se defendió como una heroína. La *Butaca* era fuerte, y aun viviendo desde tan largo en plena liviandad, conservaba cierta pureza de gustos, de la que muchas veces, en el seno de la confianza, hizo vanidosa ostentación.

Defraudado el gozador miserable, rechazada su fuerza con la fuerza, con una fuerza superior á la suya, cayó en la bajeza de desnudar el *alter ego*, blandiendo el bastoncillo de borlas, y denunció á la pobre mujer como autora del delito de atentado contra la autoridad, de cuya consumación fueron pruebas concluyen-

tes los arañazos con que en la lucha quedó rasgado su rostro de asesino.

Aquella vez de nada sirvió el duro arrojado á tiempo, como se arroja á las fieras la pitanza para distraer su acometividad; de nada sirvieron las súplicas ni las intercesiones. Juliana, maniatada, ingresó en la cárcel por decreto del juez, que hubo de sentirse indignado por la violación del principio de autoridad, y todas las señales eran de que en la cárcel había de pasar meses y meses, hasta que el juicio se viera ó, en el caso más desgraciado, hasta que la pena estuviese cumplida.

Guerrero buscó inútilmente un abogado que desde el principio dirigiera escritos solicitando la libertad provisional de la delincuente; la hipocresía social niega á los desgraciados toda clase de auxilios; de la solidaridad, la filantropía y la caridad están excluidas las meretrices de baja estofa, aun cuando lo sean porque el medio no les ha deparado otras maneras de vivir; había, pues, que esperar á que el turno de oficio, cuando el proceso llegara á este trámite, le designara un letrado; hasta entonces, era preciso sufrir con paciencia el cautiverio.

El desgraciado Guerrero iba y venía, lloraba y blasfemaba, corría desenfrenado en pos de la miserable peseta con que aliviar la situación de la reclusa y todo en vano; vióse de lleno en los mismos amargos días en que, desahuciado de su propio hogar, tenía el hambre y el insomnio por compañeros inseparables.

Poco á poco fué trasladando á la prestamía todo su ajuar, y de las limosnas que sobre él el iba entregando la avaricia, se guardaba muy bien de invertir un solo céntimo en provecho suyo; todos los días, escasa ó abundante y sazónada con lágrimas muchas veces, le llevaba la comida y la ropa necesaria; pero todo se iba concluyendo y el porvenir se presentaba cada vez más negro.

¡Qué prodigios de economía hizo Guerrero! ¡Qué de esperar en los mercados á que abastecidos los pudientes se vendieran con menosprecio los residuos de la provisión! ¡Qué de zurcir, limpiar y remendar los trapos para que tuvieran mayor valor pignoraticio! ¡Qué de regatear el céntimo con sus vecinos los prenderos del Rastro cuando les vendía un utensilio de su ajuar paupérrimo! Pero sobre todas sus cábalas y maquinaciones se alzaba el espectro terrorífico de la desgracia que á todas horas le envolvía en terribles miradas, como diciendo: «No te canses, hijo del hambre.» «Se te concluirá todo.» «Te faltará el pan duro que hoy comes.» «Perecerás.»

Pero él, terco y obstinado, seguía revolcándose en la miseria y levantándose para caer de nuevo más abatido, aunque abrazado siempre á la esperanza de resistir.

Ideaba las combinaciones más extrañas: un día compró á un trapero por dos reales un pantalón; se lo puso; volvió con gran trabajo el que llevaba puesto antes; planchó cuidadosa-

mente las costuras, hizo de nuevo los ojales, invirtiendo en la penosa tarea más de tres días, y al fin pudo obtener de empeño tres pesetas.

Otra vez se entretuvo en arreglar y embe-tunar unas botas inservibles que le dió Taran-cón, y después de ponerles medias suelas y cu-brir con pez las cortaduras del chanclo, pudo venderlas en cinco reales.

En otra ocasión, con partes sueltas que tomó de tres sillas rechazadas por los prenderos, construyó una útil, á cambio de la cual obtuvo setenta céntimos.

Por las calles andaba siempre mirando al suelo y recogiendo disimuladamente cintas, corchos, trozos de metal y otras baratijas, que acumuladas en cantidad considerable, podían valer la subsistencia de un día.

La tertulia de la taberna se había deshecho y para sus amigos eran los tiempos tan calamitosos que en nada ó en muy poco podían atender su necesidad extrema.

Fué á las estaciones mil veces y ni una sola tuvo la suerte de que le encomendaran un en-cargo; sin duda su presencia le hacía sospe-choso.

Buscó trabajo y, como siempre, no pudo en-contrarlo.

Por las noches, cuando harto de rodar por calles y plazas se recogía en su desmantelada vivienda y se tendía en el suelo, pues ni una manta había podido conservar, se veía precisa-do á defender á brazo partido su honradez con-

tra la mendicidad y el pillaje, cuyos dos odiosos ejércitos pugnaban por alistarlos en sus filas; pero él resistía enérgicamente; ninguna solución vislumbraba y, sin embargo, se asía fuertemente á su esperanza y se resistía á claudicar con heroico tesón.

—¡Mendigo! ¡Ladrón! ¡Suicida!—se decía muchas veces—. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Quiero morir en la lucha! ¡Sepa ella que el pedazo de pan que gana indignamente para los dos, se hace digno cuando lo tocan sus manos! Esta es la hora de que yo pruebe que merezco su protección, de que vea que no soy un chulo, como muchos de los que le habrán salido al encuentro.

XXIX

Juliana en la cárcel no lo pasaba tan mal como Guerrero en la calle.

Cierto que es una pena muy grande la de carecer de libertad, y mucho más para los espíritus que no están dotados de condiciones para vivir la vida interior; pero, por fortuna, los malsanos adelantos del sistema celular no han llegado en Madrid á la cárcel de mujeres y la aglomeración obliga á disimular el sufrimiento y lo hace olvidar con mucha frecuencia.

Al toque de campana saltaba de su lecho,

separado de los demás por una simple cortina; después se solía acercar á ella una religiosa que le dirigía palabras de piedad y la exhortaba á que abandonara la vida de crápula y pecado; Juliana escuchaba en silencio y recordando los larguísimos días de penalidades que precedieron á su caída, sonreía sin mover los labios y replicaba á la hermana mentalmente:

—Está muy bien eso que me dices; pero, ¿qué voy á hacer si abandono este camino? ¿Adónde voy á ir que más valga? ¿Que me pongan una rentita y veremos qué mujer hay en la tierra más honrada que yo?

Después se reunía con sus compañeras de cautiverio, y en la sala ó en el patio, mientras hacían calceta ó remendaban las ropas, les leía en alta voz alguna novela de Fernández y González ó Eugenio Sué, ese compañero eterno y cariñoso de los presidiarios, pintor acertadísimo de las escenas sangrientas y las pasiones criminales, moralizador desatinado y funesto, reformador del sistema penal, al que pretende sustituir con procedimientos más vejatorios todavía de la dignidad humana.

Como era una de las muy pocas reclusas que sabían escribir, servía á las demás como secretaria y confidente de sus amores con algún preso desconocido que desde la Cárcel Modelo demandaba una limosna de cariño con que hacerse fuerte contra la soledad abrumadora de la celda.

Estos amoríos son tan frecuentes como an-

siosos: los presos leen ó se hacen leer los periódicos todos los días; comienzan por la sección de sucesos, y así asesorados, se preparan para recibir al antiguo compañero ó consorte que la noche anterior llegó á ser inquilino de la misma casa. Cuando por esta misma sección averiguan que en el edificio de la calle de Quiñones ha ingresado una mujer, el que ya no está en correspondencia con otra se apresura á pedirle relaciones, y si es autora de un hecho notorio y ruidoso son muchos los pretendientes, pues como el punto de partida de estos amores es la celebridad de la mujer, cuanto más criminales, suelen ser más codiciadas.

Tienen su encanto estos amores; los novios no se conocen más que de nombre y de historia penal que mutuamente se refieren en las primeras cartas; la mujer tiene un amante ideal, cuyo tipo físico puede modelar su imaginación con estricto arreglo á sus deseos; el hombre tiene una amada sobre la que puede amontonar todas las perfecciones que han inmortalizado á Dafne, Cleopatra, Beatriz y Dulcinea; como la soledad produce una hipertrofia incurable de la imaginación, lo mismo que la obscuridad produce en los ojos el daltonismo, cuando se vean frente á frente parecerán reales las cualidades supuestas, y ya que la ilusión es el cimiento de la vida entera, no es difícil que la ilusión los haga felices. En el orden material hay una prueba de que si esto no es, al menos puede ser así; muchos al cumplir sus respectivas conde-

nas se han casado, y aun sin esperar á este caso, lo han hecho por poderes de prisión á prisión.

La vida, pues, de Juliana era mucho más plácida y agradable que la de *su hombre*, cosa que no es muy extraña si se considera que en la mayor parte de los casos sufre más el encargado de cuidar y velar á un enfermo, que el enfermo mismo.

XXX

Un proverbio castellano dice: «Bien venido seas mal si vienes solo»; y una frase de filosofía popular afirma que «Las penas llegan al mundo como los pájaros al granero, por bandadas»; en sus efectos, los dos dictados son igualmente ciertos y hasta es lógico que así suceda: un mal, una desgracia, crean una situación anormal para quien los padece, y en una situación anormal, anormal ha de ser todo lo que suceda; se acumula la sangre en un órgano cualquiera y los demás han de caer necesariamente en el estado patológico que crea la falta del líquido vital; para el espíritu, como para la materia, tiene vigor eterno la incommovible teoría de la atrofia y la hipertrofia.

El pobre Guerrero fué en aquella época sujeto paciente del racimo de males, de la banda-

da de desgracias y de la lógica que á unos y á otros enlaza y junta.

Inutilizada la máquina que troquelaba el dinero para sus obligaciones y necesidades, la carencia debía llegar á toda la esfera de proyección que la actividad productora llenaba y por ende, una de las primeras victimas había de ser la pobre Dolores, que hasta entonces, con los succulentos filetes y los añejos vinos que su padre *distrata* para ella, iba poco á poco eliminando de su débil organismo la anemia devastadora que en él había hecho presa y levantando á la vez una muralla protectora contra los asaltos de la tisis, que más de una vez había alargado sus labios amarillos para mancharse las mejillas con su beso fatídico.

Los microbios, esas fieras impalpables, á quienes una gota de sangre basta para formar sobre ella un ejército aterrador que desmorona, mina y aniquila sin piedad ni descanso, al carecer de la pitanza que saciaba su apetito malsano, se desbordaron por su débil organismo y dieron al traste con el carmín de sus labios, el brillo de sus ojos y la alegría de su semblante.

Cuando acudía á la lección, sola, porque su padre no estaba presentable, tenía que arrimarse á las paredes para tomar aliento, y más de una vez los bancos de la Castellana fueron confidentes de sus melancolías.

En la clase tenía que mantener á raya su amor al arte, porque si arrastrada por el entusiasmo se excedía esforzándose para emitir una

nota, ó prolongaba un poco la lección habitual, una tos honda y seca le hacía caer rendida y quebrantada sobre su asiento, del que á duras penas podía moverse para regresar á su casa lentamente, atrayendo caritativas miradas de todo el que á contemplarla se detenía.

Seguía viendo sus ensueños de triunfo, pero los veía á través de un velo gris muy espeso que pugnaba por ocultárselos totalmente; muchas veces se miraba en el espejo para retirarse de él aterrada, por los estragos que la debilidad iba causando en su rostro.

Al fin, vencida por la fiebre, tuvo que guardar cama y en la cama hubo de encontrarla su padre uno de los días en que llorando, pero llorando hacia adentro, como lloran los hombres acostumbrados á sufrir, por no poder llevarle lo que tanto necesitaba, fué á verla.

Sentóse á la cabecera del lecho y allí permaneció horas y horas sin articular palabra, sin dirigir á su hija una sola frase de consuelo. ¡Qué consuelos había de dispensar él, cuando acaso los necesitaba más que nadie!

El cuadro de aquellas dolorosas veladas era el colmo de lo triste: sobre la modesta camita de hierro, entre dos sábanas muy zurcidas por todas partes, y una colcha de esas que las mujeres *hacendosas* confeccionan con pedacitos de tela de muchos colores, aparecía como una mancha amarilla la cara de Dolores, con sus ojos entornados y su cabellera revuelta y lacia. En el testero de la alcoba, un crucifijo de

madëra se retorçia en somnolienta contorsi3n; junto á la cabecera, Guerrero se envenenaba tragando sus lágrimas; á continuaci3n de la silla ocupada por Guerrero, habia un viejo sofá tapizado de reps y materialmente cubierto de cicatrices; en uno de los rincones, la madre rezungaba pasando las cuentas negras de un rosario viejo y sobado; en el otro dormitaba el pobre músico, y en el centro de la habitaci3n contigua, junto á una mesita de costura y al pie de una lámpara portátil, Narcisa, con los ojos bordeados de rojo por el dolor y la fatiga, festionaba unos pañuelos.

De cuando en cuando, un ronquido alarman- te escapaba del pecho de la enferma y todos á la vez fijaban en ella sus ojos tristes.

Nadie hablaba; nadie se movia; el verdadero dolor es inmóvil y mudo como las estatuas. ¡Quién sabe si los pueblos querrán significar con las estatuas el dolor de haber perdido á sus genios!

¡Quién sabe si Hannadio y Aristogit3n con- movieron al morir el corazón de Grecia y aquel gran pueblo de artistas, hizo cristalizar su admiraci3n hacia los amantes levantando la primera estatua muda é inmóvil, como el dolor verdadero!.....

Un pájaro nocturno, atraído sin duda por la luz, batió sus alas contra los cristales de la ventana, produciendo un ruido macabro, como crujir de hojas secas arrastradas por el viento otoñal, segur que da al traste con muchas ac-

tividades á quienes los potentes rayos estivales habian hecho concebir ilusiones de fortaleza y robustez.

La idea de la muerte cruzó rápida por la mente de Guerrero; desencajado, blanco y con los puños crispados, se levantó súbitamente, salió de la alcoba y sin que nadie le preguntara nada, ni á nadie sorprendiera su determinación, marchó á la calle.

XXXI

¿Adónde iba Guerrero?

Hé aquí una pregunta que al recibirla en sus oídos, seguramente le hubiera hecho recobrase y acaso volver sobre sus pasos y caer de nuevo en la silla que antes ocupaba junto á la cabecera de su hija.

La determinación de Guerrero, fué por completo instintiva.

Como buen andaluz era muy supersticioso y en el aleteo del pájaro siniestro, vió clara, distinta y perfectamente delineada, la trágica figura de la muerte.

Lo que ya no sería fácil averiguar, es si se levantó para huir de ella ó excitado por su amor de padre salió á buscarla frente á frente con los puños crispados.

Ya en la calle, la helada brisa del Guadarrama le devolvió el uso de la reflexión y le hizo

detenerse para reconocer el sitio donde estaba.

—¡Hija mía!—exclamó entre dos largos suspiros, y dudó un momento acerca de si debía subir de nuevo al lado de la enferma.

—¿Para qué?—se dijo—. ¿Qué puedo yo hacer por ella?

Y aguijado por el dolor, siguió andando.

Lívido, nervioso, descompuesto, anduvo durante horas interminables de ceguera producida por el dolor en su inteligencia y de tinieblas rudas y persistentes en la atmósfera, pues en el firmamento no brillaba una estrella, como si todas, de acuerdo, se hubieran negado á presenciar el crimen que la Naturaleza quería cometer segando en flor una actividad joven y hermosa, que además prometía ser fructífera para el Arte.

Al Arte le guarda luto todo lo sobrenatural: cuando los pueblos le niegan su culto, las tormentas de las malas pasiones los contunden y los destrozan; cuando el Arte triunfa y al Arte se le hace justicia, los rayos de oro de la felicidad matizan el suelo que sabe orientar y dirigir sus fuerzas á tan noble objeto.

¡Quién sabe si serán simbólicas las tempestades y simbólicos los terremotos que acompañaron la muerte de Rabbi-Jeshona-ben-Josepha, del Cristo hombre, artista por excelencia! . . .

Surgió una claridad velada y difusa por el lado oriente; Guerrero se detuvo en una esquina buscando en vano el rostro del padre Sol, adivinado tras de los espesos celajes. Miraba

con ansiedad como si lo esperara para hacerle la confidencia de sus dolores, pero el Sol no aparecía.

Frente á él, los tibios é impotentes resplandores iban poco á poco desentrañando de las tinieblas la portada de un templo; columnas, capiteles, relieves y estatuas, molduras y tallados hasta entonces perdidos en la obscuridad, iban poco á poco revelándose como al calor del fuego se revelan las tintas simpáticas.

El herrado portón giró sobre sus goznes y en el umbral apareció un hombrecillo desmedrado, con las orejas muy grandes y las piernas muy torcidas.

Poco á poco fueron llegando como seres de un rebaño al que hubiera disgregado el paso por una vertiente trabajosa y escarpada, una tras otra, separadas por bastante espacio, mujeres viejas, enlutadas, con doblados taburetes en una mano y mugrientos libros en la otra; Guerrero las miraba, las veía, pero no se daba cuenta porque la percepción era en él imperfecta; se impresionaban sus ojos, pero como no funcionaban sus nervios, el cerebro no podía recibir la impresión.

Una beata pasó junto á él rozándole con su amplio manto; entonces despertó de su letargo, miró fijamente al adornado frontispicio que ante sus ojos se levantaba y después de contemplarlo un momento, avanzó, descubrióse y entró en la Iglesia.

Tendió por los altares y las naves una inten-

sa mirada; pero... ¿á qué había entrado allí si no sabía rezar? Además, ¿á quién buscaba en aquella masión solemne? ¿A Dios? ¿Al dueño absoluto de vidas y haciendas? ¿Al dispensador omnipotente de bienes y males? ¿Estaba allí acaso? Y si estaba, si podía efectivamente prodigar la felicidad y la desventura, ¿qué podía él decirle? ¿Acaso aquella morada era para otra cosa que para recibir homenajes? Y en este caso, ¿qué homenaje iba él á ofrecerle, cuando tan desgraciado le había hecho desde los comienzos de su vida, cuando asaeteaba su corazón de aquella manera, cuando sobre su cabeza encanecida y machacada por tan largo sufrir dejaba caer á la sazón dos desgracias tan considerables?

Todas estas preguntas que atropelladamente formulaba su razón, sometieron su espíritu en un momento á horrible tortura, y exaltado, inconsciente, loco, cerró los puños, los levantó en alto y salió golpeando la cancela.

XXXII

A las diez de la mañana tenían las reclusas la comunicación ordinaria, y Guerrero siguió vagando hasta muy poco antes de esta hora; terriblemente contrariado por no poder llevar á su compañera ni pan ni noticias, que para los presos son el regalo más delicado, atravesó

el portalón y esperó junto á la reja robusta del locutorio la aparición del abigarrado grupo de mujeres que en breve saldría á aspirar con deliciosa fruición las auras de la calle que les llevaran sus deudos y amigos.

A la luz turbia de aquella espaciosa cuadra, apareció la falange femenina de rostros amarillentos y ojerosos; las había de todas clases y condiciones: jovenczuelas descaradas y desenvueltas; viejas apergaminadas que parecían evocar el recuerdo de la muerta hechicería; jamonas bien conservadas, en cuyos rostros saltaba á la vista una extensa leyenda de impurezas, y no faltaban algunas en cuyas mejillas brillaba un destello de rubor que les hacía ocultarse en los rincones para hablar con sus visitas sin ser notadas por la masa que del otro lado de la reja gritaba, gesticulaba y hablaba muy fuerte y muy de prisa, como si quisiera sacar todo el partido posible del escaso tiempo que la comunicación había de durar.

Aquel ruido humano era horrible, ensordecedor; se confundían en el aire los lamentos y las blasfemias, las invectivas y las frases de afecto, los desconsoladores augurios y las buenas nuevas, tanto que era muy difícil entenderse en medio de aquel griterío, y había frases que se repetían hasta media docena de veces y quien no tuvo medio de decir ni la cuarta parte de lo que se proponía.

Guerrero fué de los más afortunados; como llegó con mucho tiempo, pudo tomar posesión

de uno de los extremos del locutorio; Juliana se situó en el lado interior correspondiente y pudieron cambiar sus cuitas mientras duró la comunicación.

Juliana tenía muy buen corazón, y la noticia de la enfermedad de Dolores arrancó de sus ojos lágrimas sinceras y de sus labios palabras de consuelo para el padre infortunado.

Muchas veces pensó que aquella muchacha, de cuyo brillante porvenir oía hablar á todas horas, había de ser la que le arrebatara el cariño y el apoyo de aquel hombre con quien tan bien había llegado á entenderse, y sentía hacia ella cierta aversión; pero ante la desgracia, como todas las almas generosas, se rendía por completo y de todo corazón tomaba parte en el pesar que á su amante acongojaba en aquel momento.

Ella, en cambio, tenía que comunicarle una buena noticia: el sumario había terminado, y al pasar á la Audiencia la causa, le habían nombrado defensor, que era un abogado joven, con muchos deseos de trabajar y mucho entusiasmo por la carrera, tanto que, dando de lado á preocupaciones y respetos sociales, había estado á verla y le había prometido solemnemente solicitar, con muchas probabilidades de triunfo, la excarcelación.

Ella por su parte había formado propósito de agradecer con toda la esplendidez posible tan inesperada y generosa protección.

Guerrero vió en la gratísima noticia un rayo

de luz que comenzaba á desgarrar los celajes de su imaginación y sonrió tristemente sin poder apartar de la enferma su pensamiento.

Dos palmadas resonaron en el interior de la prisión, y poco á poco fueron apartándose de la reja los rostros amarillentos y ojerosos; infinitos adioses repercutieron en el espacio; vibraron las manos de uno y otro lado en señal de despedida, crujió un cerrojo en las profundidades de la cárcel y comenzó el triste desfile de visitantes.

Guerrero salió rehecho y consolado; Juliana en cambio quedó apesadumbrada y llena de horribles preocupaciones.

Es cosa que en la vida se repite con frecuencia: cuando dos seres se comunican sus cuitas y dolores, siempre queda uno más aliviado y el otro siente un peso nuevo sobre el que ya comportaba; tal vez el egoísmo humano pudiera dar la clave de este fenómeno.

XXXIII

El triste augurio que hizo á Guerrero levantarse con precipitación de su silla no se confirmó por fortuna. La enferma durmió tranquilamente durante toda la noche: al cabo de algunos días de fiebre las pesadillas se disiparon, librándole la calma y el equilibrio nervioso, que para su curación habían de ser el punto de partida.

Una vez más la juventud triunfó sobre el mal y en la enfermedad se determinó una crisis favorable.

Pero quedaba la convalecencia que aparecía con caracteres terribles, mucho más terribles que los de la misma enfermedad. La fiebre había consumido á la pobre muchacha; de su hermosura plástica sólo quedaba como recuerdo macabro la piel, replegándose en arrugas enormes sobre su esqueleto; sólo á favor de un régimen alimenticio selecto y nutritivo era posible la vuelta á la realidad.

Y ¿cómo alimentarla? ¿Cómo acudir solícitamente á los cuidados de una convalecencia que prometía ser larga y trabajosa?

Los escasísimos recursos de la familia, con la huelga forzosa de la enferma, habían quedado reducidos á la mitad y ni aun á la mitad, pues Narcisa tuvo muchas veces que abandonar el trabajo para cuidar á su hermana ó salir en busca de medicamentos; el gran amigo de la casa, el pobrecillo músico, carecía muchos días hasta de un bocado de pan; era, por tanto, un Cirineo tullido á pesar de su buena voluntad y sus esfuerzos incesantes, y Guerrero, sumido también en la indigencia más absoluta, pues se alimentaba con tronchos de col que recogía en el mercado ó con migajas duras como piedras que á lo mejor tenía que disputar á los perros; ¿qué podía hacer por su desgraciada hija?

Narcisa, de acuerdo con el músico y sin que los suyos, cuyo indomable orgullo no lo hubie-

ra consentido, se dieran cuenta, escribió sentidas cartas á las Juntas de damas caritativas y otros organismos filantrópicos de los que reparten el bien á tambor batiente; pero todo fué inútil; sus palabras bien meditadas, su dolor expuesto con todos los acentos de sinceridad y exactitud, no mereció ni una respuesta, ni una excusa por no ser atendido, ni un consuelo literal, ni siquiera una evasiva.

Dolores se levantaba ya de la cama; con la cabeza inclinada sobre el hombro, los cabellos recogidos en un pañuelo, los labios débilmente carminados, las mejillas del color de la cera, las manos atezadas y secas y los ojos perdidos en un extenso manchón amoratado, permanecía muchas horas sentada en el viejo sofá sin articular palabra, como enmudecida por el dolor de haber perdido sus juveniles encantos.

Su imaginación vagaba incesantemente, como si persiguiera los ensueños de triunfo que acariciaron sus mejores días y ahora sólo se vislumbraban perdidos en el horizonte lejano; su propia debilidad le hacía ver sin consistencia las ideas y las cosas; pendiente de un cabello contemplaba su vida, pendientes de un cabello sus ilusiones, y estas intuiciones eran en ella más claras y más vivas á medida que iba recobrando la normalidad; combatida la fiebre que quiso devorar su organismo, llegaba otra fiebre no menos espantosa, la que pretendía devorar su espíritu.

La convalecencia era pesada, lenta, agobia-

dora; los efectos de la alimentación insuficiente se manifestaban sin cesar, y la carencia de recursos era mayor cada día; de ninguna parte llegaba el anhelado rayo de luz.

Un día, el músico entregó á Narcisa un papel impreso, que según dijo valdría una peseta; era un bono de caridad que le habían regalado en casa de una de sus discípulas; no había sino presentarlo en una oficina, cuyas señas estaban escritas en el documento y recoger la cantidad, que en aquellas circunstancias no dejaba de ser importante.

Narcisa cubrió sus hombros con un mantón viejo, rechazado en todas las prestamías y rechazado con indignación grosera en el Monte de Piedad, y salió á recoger la limosna.

La casa adonde debía dirigirse, hallábase situada en una de las calles principales, y al llegar á ella, lo primero que se ofreció á su vista, fué un abigarrado enjambre de pordioseros que bullía inquieto al pie de la ostentosa fachada.

Al principio la tomaron por una mujer curiosa que se detenía para averiguar la causa y objeto de aquella reunión harapienta, y su presencia casi pasó inadvertida. Después llegaron algunos guardias y obligaron á los peticionarios á formar doble fila; entonces vieron todos que venía á lo mismo que ellos y como sus ropas limpias y recosidas no casaban con las de los demás, andrajosas y cochinas, la motejaron con las groserías más inauditas; hubo hasta

quien escupió en sus castos oídos proposiciones execrables de vergonzosa tercería y quien le ofreció con cinismo repugnante las delicias de su covacha, montón de mugre, revolcadero de piojos.

Algunas lágrimas rodaron silenciosas por sus plácidas mejillas; mil veces estuvo por abandonar la fila y desistir de su empeño; pero se acordaba de la hermana enferma, amenazada de muerte por la debilidad y el agotamiento y resistió heroicamente su calvario.

Los que entraban, no salían en mucho tiempo, los que esperaban, tardaban mucho tiempo á cazar un puesto y Narcisa ocupaba uno de los últimos; hacía dos horas que había comenzado el reparto y con seguridad que no eran aún una docena los socorridos; entonces los guardias recibieron orden de despedir á los solicitantes, manifestándoles que al otro día continuaría la operación.

Narcisa suplicó á los guardias, pero en vano; acercose á la portería y fué arrojada de un empuellón; entonces, con el corazón en un puño y los ojos preñados de lágrimas, emprendió el camino de su casa, meditando una disculpa para su tardanza.

XXXIV

Aquel día la desgracia se mostró verdaderamente sañuda: Narcisa no tenía una labor terminada, cuya entrega pudiera valerle algunos céntimos; Guerrero no alcanzó resultado alguno con los mil recursos que ensayó; la madre, después de haber dado infinitas vueltas á su miserable ajuar, nada encontró que pudiera tener valor pignoraticio, y en tanto la enferma bostezaba, dejaba caer sobre el pecho su cabeza y luchaba heroicamente contra la debilidad que le martirizaba sin descanso.

El tendero no se conmovió con lágrimas; el panadero no quiso escuchar promesas ni súplicas; el que recibía el trabajo para su comercio no quiso hacer un pequeño anticipo y pretextó que «no era costumbre de la casa». Las horas avanzaban lentas, pesadas, mortificantes, horribles, sin que entre ellas llegara un medio de apuntalar aquel delicado edificio que amenazaba desplomarse rápidamente.

Narcisa y su madre lloraban; el viejecillo, acongojado en vista de su inutilidad, se retiró, y Guerrero, con el corazón hecho pedazos marchó en busca de sus amigos.

Quedaron solas las tres mujeres, y como si el dolor les hubiera anesthesiado la lengua, enmudecieron. Narcisa trabajaba, la madre iba y venía como si se hubiera vuelto loca, y Dolo-

res, con los ojos llenos de lágrimas, seguía reclinada en el sofá, bostezando histéricamente.

Así transcurrió toda la tarde.

Llegó la hora del crepúsculo, esa hora melancólica en que parece que las penas se hacen dueñas del espíritu y lo encadenan para siempre en sus negruras, esa hora trágica en que las imaginaciones enfermas ven morir la naturaleza entera, y aquellas tres mujeres, que sin duda esperaban la obscuridad para llorar con independencia, sin que las congojas de una evocaran ó aumentaran las de las otras, se deshicieron en llanto silencioso, mudo, cruel, y desde el fondo de sus corazones, invocaban la muerte con sincera insistencia.

Por fin, la vieja, en una de sus frecuentes idas y venidas, apareció algo más serena y con un paquetito en la mano; un carnicero compasivo le había regalado unas piltrafas invendibles de jamón y se dispuso á condimentar enseguida un caldo.

Como en la casa no había combustible, tuvo que prepararlo con papeles y cabos de vela, quemando al efecto hasta las cenefas que adornaban los vasares; pero se agotaba todo y el agua no cocía; sin embargo, aquel problema no era muy difícil de solucionar; pasó á la casa del músico y volvió enseguida con algunos periódicos y cajas de cartón.

El agua hirvió; el caldo estuvo dispuesto, y haciendo esfuerzos inauditos, pudo la enferma ingerir algunas cucharadas; pero su estómago,

viciado en la inacción, protestó violentamente y se defendió del trabajo que se le encomendaba. Hizo Dolores la segunda prueba y obtuvo el mismo resultado; hacía falta un sorbo de vino que tonificara y diera calor al estómago desentonado y frío; pero, ¿cómo adquirirlo? Otra vez la miseria batía sus negras alas sobre aquellas pobres mujeres; la imaginación de la madre despertó súbitamente de su letargo y le sugirió un medio ingenioso para salir de aquel apuro.

Tomó una jícara y salió á la calle; en la primera taberna solicitó que le dieran un poco de vino para muestra, porque su marido tenía un paladar muy delicado; el tabernero la miró con recelo como si sospechara el engaño; pero, al fin, convencido ó avariento, le llenó la jícara.

La madre dió las gracias, prometió volver y corrió gozosa al lado de su hija.

Con el vino pudo pasar el caldo y aquel organismo contundido y medio muerto, se rehizo en un instante hasta cobrar apariencias de normalidad.

El efecto no pudo ser más benéfico; Dolores hablaba, sonreía y en sus mejillas y en sus labios brotó una débil sombra carminada que parecía determinar el fin de su traidora dolencia.

Cuando las tres hablaban alegremente, apareció Guerrero, para quien la fortuna no se había mostrado tan rebelde como en otras ocasiones; encontró á Tarancón, que le pudo dar hasta dos pesetas, y á Chartres, por cuya in-

tercesión un camarero de café le había fiado un bisteck con patatas que traía en un plato bajo brillante cobertera de estaño.

XXXV

Cuando Guerrero llegó á casa de su familia estaba anocheciendo; dejó el plato y el dinero, puso una mano sobre la frente de la enferma para ver si le duraba la calentura y salió precipitadamente sin detenerse á contestar las preguntas que su mujer y sus hijas le dirigían.

Quehaceres de verdadera importancia le aguardaban y temía llegar tarde.

Al bajar la escalera, encontró al profesor y le faltó poco para tirarlo rodando.

¿Adónde iba Guerrero?

Todas las tardes, desde que Juliana le anunció la buena nueva, iba á la Relatoria, y aquella tarde un mozalbete de pelo rizado, ojos vivillos y un bigotito incipiente, le había dicho:

—¡Enhorabuena!... Esta noche... y mi pluma, aun cuando por condición natural es muy descarada, no se atreve á transcribir las palabras del curialillo.

Guerrero corrió al sitio en donde Tarancón y el poeta le habían citado, tomó el dinero y el bisteck, subió corriendo á entregar ambas cosas á su familia y marchó precipitadamente á la calle de Quiñones.

Aun cuando creía llegar tarde, tuvo que esperar más de una hora en la puerta de la prisión.

¡Y qué hora más larga! A las puertas de su corazón golpeaban toda clase de emociones y de afectos. ¿Será creíble que hasta el amor, largos años dormido en su pecho, le conmovió? Pero no fué el amor carnal que aquella noche le brindaba las más deliciosas concupiscencias en medio de un hogar dismantelado y frío, sobre una manta vieja, probablemente sumido en las tinieblas y con el estómago vacío, no; era el amor puro, el verdadero cariño que en él evocaba aquella mujer, su verdadera Providencia, más aún, la Providencia de su hija enferma, que en momentos horribles, acaso los más tristes de su vida, le fué arrancada por la Ley, á cuya Ley la traición había seducido y estuprado villanante.

Rechinó sobre sus goznes una herrada puerta; la voz gangosa de una monja, dijo con cariñoso acento:

—Adiós, hija; que seas buena... Persígnate al salir á la calle.

Y Juliana salió haciendo sobre su rostro la señal de la cruz con sus dedos gordos y rojos como chorizos extremeños.

—¡Juliana!—gritó Guerero sollozando.

La mujer, lacrimosa también, se arrojó en sus brazos, y la luz vacilante de un farol alumbró un idilio inefable y puro.

Comenzaron á andar muy despacio, porque

á Juliana parecía que le faltaba la tierra bajo sus piés y muy en silencio porque la felicidad los amordazaba.

El salir de la cárcel produce una emoción extraña; se agolpa ante los ojos la vida entera, repleta el corazón una alegría intensa, en la diafanidad del pensamiento se alza la pirámide de los proyectos sobre el abismo de los recuerdos; las casas tiemblan como si acabaran de aparecer por un efecto de tramoya pintadas sobre un lienzo decorativo, las calles se ensanchan al paso del prisionero libertado y todos los transeuntes parece que sonríen con tal afeblidad, que es preciso reconcentrarse en un supremo esfuerzo para no correr y abrazarlos á todos.

Juliana, subyugada por tanta emoción, callaba y apoyaba en el brazo de Guerrero su cuerpo vacilante.

Guerrero, altivo y orgulloso como si por el valor de su pecho ó por el impulso de su corazón hubiera recobrado su tesoro, callaba también y daba rienda suelta á su imaginación, que se entretenía en dibujarle un porvenir de felicidades y venturas.

Llegaron por fin á su casa.

Al traspasar el umbral, una nube de tristeza obscureció el semblante de la cautiva rescata-da; el espectro del *Merengue* flotó un momento ante su vista y desapareció rápido como una voluta de humo.

Temblando de emoción, subieron la escalera

difícil y áspera; al pisar el primer escalón se apretaron la mano dulcemente y los ojos de los dos brillaron en la obscuridad con un relámpago de deseo.

Sobre una de las paredes del pasillo largo y estrecho que daba acceso á su habitación lucía un mugriento quinqué de lata, sin pantalla y con el tubo ennegrecido; á su luz turbia y amarillenta se revelaban los empanelados de las puertas vetustas y los cartelillos de los modestos industriales; la contemplación de estos nimios detalles, tantas veces vistos, envolvió el alma de Juliana en una sáudade melancólica que apretó su garganta un momento y le hizo sentir ansias de derramar una lágrima.

Guerrero sacó la llave de uno de sus bolsillos y la aplicó á la cerradura.

Entraron... pero, ¿á qué seguirlos, si la felicidad y el amor maldicen contra los importunos?...

XXXVI

Post nubilla fæbus.

La felicidad y la desgracia son dos fuerzas iguales y contrarias que se disputan sin tregua la posesión de lo humano, espíandose en todos los momentos para hacerlo suyo, cada una á favor del descuido ó la derrota de la otra.

Para la familia Guerrero comenzó la calma

precursora de la dicha, si es que la dicha puede llegar alguna vez á la mansión de los humildes; la muerte es más equitativa que la dicha: *equo pulsat pauperum tabernas segumque turres*; la dicha es una cortesana caprichosa que no gusta de la miseria y entre el fausto recela, y rehusa el sitio que tiene siempre reservado.

Desde que Juliana salió de la cárcel, ya no por irregularidades administrativas de «su hombre», como á Guerrero llamaba siempre, sino por propia iniciativa y determinación, de su dinero se separaba todos los días la parte principal para atender á la convaleciente.

Nada importaba diferir para tiempos mejores la reposición del ajuar y el desempeño de las ropas; lo primero era la salud de Dolores, su pronta curación, su vuelta al aprendizaje de artista, cuya suprema consagración traería para aquella pobre familia, combatida por todos los vientos, azotada por todas las plagas, la tranquilidad que tanto necesitaban.

Dolores, en lo sucesivo, de nada careció: aperitivos, manjares, medicinas, vinos añejos, paseos en coche; tuvo, en una palabra, todo lo necesario para recobrar en poco tiempo la vida y la fuerza y poder reanudar sus tareas en casa del barón, que ni un solo día dejó de enviar un criado á preguntar por su salud.

El primer día que volvió á clase, Guerrero la acompañó hasta la puerta; sentía vivísimos deseos de saber cómo había quedado aquella gar-

ganta inapreciable, de averiguar si la enfermedad traidora había abierto alguna grieta en el Banco de España, que, al decir suyo, tenía Dolores por laringe; pero no llevaba camisa, sus zapatos se reían por cien sitios á la vez y sus barbas largas y descuidadas le daban tal aspecto de mendigó, que se decidió á esperar paseando por la Castellana, á que su hija bajara y le diera noticias del tesoro de la familia.

Cansado de pasear, sentóse en un banco, y hasta él llegaron notas emitidas con brillante sonoridad. Reconoció la voz de Dolores y se dijo sonriendo:

—Por esta vez s'han fastidiado los microbios, y teniendo á Juliana en casa, por mucho que hagan hemos de poder siempre más que ellos.

Al fin, apareció la tiple futura en la puerta del hotel; las lisonjas y las frases de afecto habían enrojecido sus mejillas y estaba radiante de hermosura; su padre, transportado de júbilo, corrió á su encuentro, la estrechó en fuertísimo abrazo y estampó en su frente un beso prolongado y sonoro.

Volvió á abrazarla y separóse de ella; había examinado con detenimiento su miserable apostura y le dió vergüenza acompañarla por la calle.

XXXVII

Dolores continuaba yendo sola á la clase; las múltiples obligaciones y exigencias que pesaban sobre el dinero de la *Butaca*, impedían que Guerrero se *vistiera*; era preciso todavía ahorrar durante mucho tiempo para que pudiera tener camisa, traje y botas; esto era lo más esencial.

Un día la muchacha creyó ver entre los árboles casi desnudos de la Castellana, la figura sombría de Montenegro.

—Sí, él es—se dijo—. ¡Ingrato!... ¡No ha ido á verme!...

Y en el acto formuló propósito de no decirle ni una sola palabra con respecto á su extraña conducta.

Cuando estuvieron juntos, se saludaron fríamente, como si sólo hiciera un cuarto de hora que se habían separado.

—¿Está usted ya mejor?—preguntó él con fingida indiferencia.

—Sí; no mejor, sino completamente bien; usted creyó sin duda que iba á morirme y me borró anticipadamente de la lista.

Dolores acababa de quebrantar su propósito; Montenegro, como si esperase la indirecta, no se inmutó y le dijo envolviéndola en una mirada de fuego:

—No podía ir, Dolores, no debía ir; guardo

y guardaré un secreto que el dolor de usted podía haberme arrancado... la indiscreción en mí hubiera sido terrible...

—Siga, siga guardando su secreto si tanto le interesa; pero tenga presente, que si usted hubiera sido el enfermo, yo no habría tenido reparo en visitarle, ni aun en perder noches á la cabecera de su cama.

—¿De veras?

—¿Por qué duda usted? ¿Es acaso la amistad una sombrilla ó un dije, que se toma y se abandona cuando lo manda el capricho? Yo he creído siempre que la amistad impone deberes y otorga derechos.

—Sí... pero...

—No tiene usted disculpa.

—Sí, amiga mía, la tengo; usted no ve una hoguera encendida en la que podemos arder los dos; entre nosotros hay más que amistad y creo que usted... lo había adivinado.

—¡Peregrina disculpa!

—No es disculpa, Dolores, no es disculpa; téngame compasión, téngame lástima, odiéme siempre, hágame algo que para siempre me aparte de usted.

—No hay motivo para tanto.

—Sí, sí, lo hay, créame, lo hay; he caído en la desgracia de enamorarme de usted y esta enfermedad y esta ausencia han exacerbado mi pasión hasta el extremo de que si yo hubiera ido á su casa, todos, todos me lo habrían conocido.

—No es el primer hombre que se enamora de una mujer.

—No, ciertamente; pero cuando el imposible ha cortado al amor su camino...

—¿Qué imposible? ¿Acaso cree usted que yo no tengo corazón? ¿Piensa usted como mi padre, que las artistas no pueden ser honradas?

—No, Dolores; el imposible está en mí.

—Lo comprendo: usted no quiere descender hasta mi pobreza, hace bien; antes era el matrimonio la carrera de la mujer; hoy es la carrera del hombre; la mano, la fama y el talento de usted, bien pueden valer una dote.

—¿Se propone usted insultarme? Mi imposible no es ese, Dolores, y no me pregunte más, porque si mi cariño ha encontrado en el corazón de usted alguna correspondencia, quiero conservarla guardando mi secreto.

—Creo que debíamos hablar con franqueza; nuestra desgracia nos ha hecho hermanos, antes de hacernos amigos.

—Usted no es desgraciada; un triunfo decisivo y ostentoso le sonríe muy de cerca; es usted joven y hermosa, será usted rica y notable; ¿qué más necesita una mujer para poder elegir un hombre tal y como lo hayan modelado sus ilusiones?

—Que ese hombre exista.

—Lo encontrará usted, sin duda; los hombres nos parecemos todos unos á otros, y en último término, cuando no se encuentran como deben

ser, se toman como son; esta es al menos la filosofía femenina.

—¿Me contestaría usted á una pregunta?

—¿Por qué no?

—¿Me quiere usted?

—Sí.

—¿Mucho?

—¡Muchísimo!

—Pues bien, yo también le quiero, y el que así, sin más rodeos se lo diga, es buena prueba de que no miento.

Montenegro cogió una mano de Dolores y se la besó apasionadamente; brillaban lágrimas en sus ojos y estaba temblando como un niño. Dolores no advirtió su turbación y siguió preguntando:

—Ya que los dos nos queremos, como uno y otro sabíamos indudablemente, mucho antes de esta mutua confesión ¿qué puede haber que nos separe?

—Mi imposible, Dolores, mi imposible—dijo Paco con voz gutural, mientras algunas lágrimas, violando su presión rodaban por sus mejillas.

—Volvamos al punto de partida; pero... ¿llora usted?... ¿A qué obedecen esas lágrimas?

—A mi imposible.

—¡Qué hombre! ¡Hábleme claro!... le prometo que de nada me asustaré.

—¿Me lo promete así?

—Le doy mi palabra de honor.

—Pues bien, querida mía: cometí la torpeza

de casarme cuando solo contaba diez y ocho años y mi mujer vive, aun cuando no conmigo...

Dolores al oír la terrible confidencia, le miró con mezcla de rabia, lástima y despecho; se puso extremadamente pálida y comenzó á andar con paso vacilante; Montenegro quiso acompañarla; pero á un gesto de ella, se detuvo y cayó en un banco cubriéndose el rostro con las manos.

XXXVIII

Dolores aquella tarde no acudió á la lección.

Procurando en el camino serenarse, volvió á su casa y allí lamentó más que nunca la falta de una habitación en donde encerrarse con sus pensamientos y sus inquietudes.

Para suplir esta falta se encastilló en un mutismo absoluto; cuando su madre y su hermana le repetían las preguntas, contestaba con un monosílabo terminante como un muro de piedra que cortara un camino.

Aquella noche no pudo dormir.

¡Quién sería su afortunada rival! ¡Quién sería aquella mujer superficial y vana, que teniendo un marido merecedor de tanta estima, consentía en vivir lejos de él! ¿Estaría en Montenegro la falta? No; de ninguna manera; Pacó era un hombre perfecto, con todas las perfecciones que caben en lo humano; ella le había

visto llorar, y cuando un hombre llora hay que creerle siempre; además, aun haciendo la dolorosa concesión de suponer en él la culpa, las mujeres perdonan siempre y mucho más á los hombres que lo merecen; si la culpa estuviera en él no se habrían separado. Pero ¿eran sinceras aquellas lágrimas? ¿Era verdad que estaba casado? ¿No sería este el comienzo de una trama para conseguir á poca costa el sabroso fruto del amor, incitante desde el árbol lozano de la juventud? Montenegro parecía un hombre honrado, pero... era hombre...

Y mientras por su imaginación vagaban como fantasmas estos pensamientos, las horas de la noche iban pasando silenciosas, largas y tristes, sin que la pobre muchacha diera con un plan de batalla contra el sombrío imposible que aplastaba inexorable su felicidad, ni acertara á separar de su futuro aquel hombre siniestro que había tomado posesión de todo su afecto para no poder disfrutarlo.

Amaneció; pero la luz del día no pudo disipar las tinieblas de su espíritu y se revolvía en su lecho pensando siempre en él, contemplando siempre la escena de aquella tarde, la más cruel de su vida.

Unas veces, agobiada por el traidor imposible, se prometía no volverle á ver, huir de él, arrancarlo violentamente de su corazón; pero de pronto aparecía ante su imaginación deslumbrándola por completo y arrastrándola sin piedad á todo, hasta á lo que más repugnaba á su

condición y á su manera de pensar; otras buscaba un asilo en la libertad que le ofrecía su vida de artista: su honor habría de estar en entredicho desde el momento en que pisara las tablas; son muy pocos los que creen en el honor de las mujeres del Teatro, y cuando la opinión ni acepta, ni toma en cuenta los sacrificios, ¿para qué hacerlos?

Peró más cerca que la opinión estaban sus padres y su hermana, cuyos días no debía ella amargar con una infamia.

...Se irían lejos, muy lejos; todo el mundo es patria para el arte; la distancia rompería los vínculos que le ataban á él y las consideraciones y respetos, que eran cadenas para ella... Pero... ¿consentiría Montenegro?... ¡Maldito imposible! ¿Por qué no había sido franco? ¿Por qué no lo había dicho todo? ¿En qué sentido les separaba el imposible? ¿En el de renunciar á ella por no poder hacerla más que su querida ó en el de haberse propuesto seguir una conducta ejemplar, no sustituyendo con otro cariño el que malogró su vida?... He aquí un punto de gran interés que era preciso aclarar antes de formar sobre la cuestión juicio definitivo; en el primer caso, su honrado proceder merecía en correspondencia un sacrificio grande; en el segundo, sólo á ella le incumbía la lucha contra el imposible.

Por fin había encontrado un plan de combate y se vistió dispuesta y animada á seguirlo á todo evento.

Su espíritu había encarnado de pronto y á la vez en Artemisa, dispuesta á beberse las cenizas de Mausoleo, y en Cleopatra, dispuesta á someter las gallardías de Antonio.

XXXIX

Montenegro no había mentido; al cumplir los diez y ocho años, el artista fué mártir de la Estética; se casó con una escultura de carne.

Vivió con su mujer algunos años; pero como no se entendían, decidieron amistosamente separarse, yendo ella al lado de su madre para continuar la vida de hija de familia y quedando él abandonado, sólo y sometido al suplicio de Prometeo.

Para aquel divorcio pacífico no hubo causas graves, de esas que el pueblo busca y saborea con glotonería; pero sí hubo en cambio razones poderosas; en aquella unión, Montenegro era el alma; su mujer la materia; en aras de la paz tenía el artista que sacrificar todas sus ilusiones y todos sus ensueños; su dulce compañera era el verdugo de todos sus proyectos; le trazó un carril fijo, férreo, inmutable, y no le consintió que se apartara de él ni aun en un ápice; pero quien nace artista, artista muere, y aunque la despiadada realidad obstruya su camino, lo busca y lo desentraña, si es preciso á costa de su vida; por esto él resistió cuanto

pudo; pero no se resignó á claudicar, y un día, en un arranque impetuoso de su genio, recobró su libertad de acción.

Además, al ofrecer á ella su amor, le había ofrecido todos los triunfos y todas las glorias que vislumbraba su cerebro joven; pero la desgracia le contó entre sus elegidos, y en vez de la fama y el renombre, se posesionaron de él la calumnia, la persecución y la cárcel; por esto, en segundo término, decidió huir de ella como de un acreedor molesto.

Ella era rica; él un mendigo; pero confiaba en sí mismo como Simónides, y dejó impasible que con su amor naufragaran sus subsistencias.

Al principio formuló el propósito de volver á buscarla cuando pudiera cumplir lo que había ofrecido; después, cartas frías, en las que sólo se trataban asuntos económicos, desdenes, absoluta indiferencia ante su desgracia y su miseria, le hicieron desistir de su propósito generoso, y se sintió libre de obligaciones contraídas en la edad en que, como se piensa con la imaginación, el hombre no es susceptible de obligarse, ni responsable de sus actos.

Pero cuando más olvidado tenía su matrimonio, aparecía éste como una sombra trágica para nublar su tranquilidad, para sofocar un amor que nacía en su pecho.

No era suficientemente cínico para decidirse á vivir con otra mujer, ni suficientemente abnegado para encerrarse en una misantropía

que, por otra parte, era incompatible con su edad y su temperamento; así que vivía bajo esa pesadumbre que tortura la vida de las medianías inteligentes y los pobres de espíritu.

Muchas veces se habían abierto en su corazón las heridas cuyos bordes separara de nuevo la hermosa Dolores; su estoica resignación y el tiempo las habían cicatrizado; pero ahora rogaba en vano consuelos á quienes antes se los habían dispensado.

Dolores era su amor definitivo y es difícil puntualizar cuál de los amores causa más estragos en el corazón, si el primero ó el último; en aquélla la naturaleza virgen y la edad joven, prestan armas para la lucha y crean condiciones para la resistencia; en éste aguija la consideración de que la fuerza para amar se concluye y cuesta mucho trabajo renunciar al amor. Además, cuando el corazón se ha endurecido, es más difícil oprimirlo; por esto son terribles las pasiones en la segunda juventud.

Largas horas permaneció Montenegro en aquel banco de la Castellana, derramando lágrimas silenciosas y buscando una determinación enérgica en los repliegues de su espíritu indeciso; Dolores fué más afortunada que él; al cabo de su insomnio encontró un plan de lucha; él, ni siquiera se determinaba á buscarlo.

Para renunciar á ella le faltaba el valor; para seducirla también; si se determinaba á obrar en algún sentido, siempre sería fatal el resultado; si confiaba al tiempo la solución de

su problema, ya sabía que del tiempo sólo podía esperar contrariedades y amarguras.

—¡Soy un maldito!—se dijo muchas veces sollozando!—¡Soy un maldito! Hasta el amor que en la vida todo lo une y todo lo ata, me dejó suelto y me obliga á vivir solo y errante, aspirando veneno en donde otros aspiran felicidad. ¡Dios! ¡Dios! ¡Si no te hubieras desprendido de mi cerebro, ahora me proporcionarías el consuelo de hacerte responsable de mis desdichas!

Después cayó de nuevo sobre el banco, como anonadado por su blasfemia, y allí esperó al día, que al cabo de largas y negras horas apareció inundando el espacio de luz amarillenta.

Cuando se vió envuelto en las primeras claridades, se levantó trabajosamente, entumecido por el frío de la noche, y comenzó á andar muy despacio.

De trecho en trecho se detenía á contemplar el Sol que sobre las montañas erguía su disco de fuego, y se decía sonriendo con amargura:

—¡Un día más! Levanté otro cangilón de mi pesada noria. ¿Qué desgracia me traes? ¿Descargarás tu martillazo sobre mi cerebro; sobre mi estómago ó sobre mi corazón?

.....

XL

Guerrero consiguió, al fin vestirse y calzarse.

Una tarde entró hecho un hampón en una casa de préstamos, y á cambio de unas pocas pesetas salió hecho un caballero.

La americana le venía un poco ancha de espalda, pero la tomó por no seguir discutiendo con el dependiente que se había empeñado en conseguir que le sentara bien á fuerza de razones y alegatos.

De todos modos, estaba orgulloso por la compra; con sólo cuatro duros adquirió un traje y unas botas; pero pronto encontró quien le bajara los humos: se hablaba del negocio en la taberna de Severiano y un mozo de cuerda muy redicho, que era asiduo concurrente, le dió las señas de un ciudadano que comerciaba con las ropas de los muertos, y por tres ó cuatro pesetas vendía un traje nuevecito, sin más pero que haber hecho un viaje de pocas horas dentro de un ataúd.

Guerrero fingió repugnancia; pero apuntó la calle y el número por si la miseria le empujaba hasta allí en alguna ocasión.

Desde la última «crujía» ya no vivió tan confiado como antes: miraba siempre al futuro y lo miraba con los ojos tristes y el corazón arrugado.

Su primera decisión al encontrarse vestido con decencia, fué remover el cielo y la tierra en busca de un destino, aunque fuera modesto y trabajoso, tanto para no vivir del todo á expensas de Juliana, como para estar á cubierto si le sobrevenia una nueva desgracia.

Volvió, pues, á sus tiempos de pretendiente y no hubo aldaba que no levantara, pero con el mismo mal éxito de siempre.

Una noche llevó la casualidad al cafetín, donde acudía á última hora, un paisano suyo; se saludaron efusivamente, y el recién llegado comenzó á contarle prosperidades y grandezas.

Era un tipo pequeño de estatura, corpulento, vestido con cierta distinción; sus ojos azules y su bigote rubio muy cuidado y retorcido le daban un aspecto agradable.

Se decía pariente de un elevado personaje, y esto decidió á Guerrero á solicitar de él la gracia que en vano había solicitado de todo el mundo.

Su paisano no vaciló, ni dudó, al prometer con largueza; destino tendría y bien retribuido por cierto. Precisamente, aquella mañana había llegado un alemán amigo suyo y le había encargado que buscara una persona de confianza que le acompañara por Madrid, en donde pensaba permanecer medio año. No tenía que hacer más que servirle de guía y confidente, y por tan solo esto, cobraría un sueldo de cinco ó seis duros diarios; pero era preciso esperar unos días, porque el alemán se había marchado.

á Getafe aquella misma tarde y hasta fin de semana no regresaría; pero nada había que temer; el destino era seguro.

Cualquiera que no hubiera sido Guerrero, habría dudado, ó por lo menos oído con reservas; pero, ¿quién que haya ido de caza no ha creído ver una perdiz en cada hoja que se mueve? Además, las palabras de su amigo eran concretas y terminantes; no había, ni mucho menos, motivo para dudar.

Aquella noche se gastó Guerrero en obsequiar á su paisano un duro que tenía en el bolsillo; al día siguiente, le convidó á comer en la taberna de Severiano; por la noche, él mismo se convidó á cenar con pretexto de querer honrar la modesta vivienda de su protegido, y así vivió seis días á costa de la infeliz pareja, que se desvivía por agasajarle; por último, les pidió tres duros pretextando un compromiso de momento y prometiendo devolverlos dos horas después, á cuyo fin quedaron citados en la taberna; pero ni con los cuartos, ni sin ellos, volvieron á verle.

Guerrero se convenció de que aún le faltaban cosas que aprender, y Juliana supo desde entonces que el pretender destinos tiene, á veces, inconvenientes de consideración.

XLI

La vida de las dos familias, que dos eran sin dejar de ser una, deslizábase tranquilamente. Todo había vuelto á la normalidad; en ninguna de las dos casas faltaba pan.

Juliana salió de la cárcel más gorda y más blanca y hacía buenos negocios; todo, en una palabra, estaba como antes de ocurrir las dos desgracias tan lloradas. Pero así como la felicidad pasa sin dejar huella, la desgracia siempre la deja honda é indeleble. Aquí, los señalados á hierro candente fueron Dolores y Guerrero.

Dolores había visto á la muerte muy de cerca y esto la indujo á pensar en la vida, cosa que antes de su enfermedad jamás se le había ocurrido; comprendió de pronto que el arte, ni es toda la vida ni podía llenar todos los vacíos de su alma; que su destino era unirse á un hombre para compartir con él su dolor y su alegría; encontrar un pecho amante en donde reclinar su cabeza calenturienta, enardecida y fatigada por los triunfos; hallar un corazón hermano en el que derramar la pasión que rebasaba en el suyo; asomarse con besos ansiosos y apretados al alma insondable de un hombre cariñoso y fuerte, como ella lo había forjado al calor de la fiebre que puso en peligro su ma-

teria y despertó su espíritu en un mundo de afectos nuevos y nuevas concupiscencias.

Había encontrado al hombre; el hombre la quería; la quería mucho; pero entre los dos abría el imposible un abismo terrorífico. Desde entonces se perdía en contradictorios monólogos, se volvía loca haciendo y deshaciendo planes, tan pronto decidía huir de él, como salirle al encuentro; asesinar su amor, como alentarlo y fortalecerlo, y en medio de su desdichada situación, la necesidad de amar jugaba con ella y la atormentaba como los niños á los pájaros que caen en sus manos.

Guerrero, aleccionado por sus últimas y crueles contrariedades, corría loco en pos de un destino, y su deseo le abrasaba hasta convertir en cenizas sus cabellos y cubrir de arrugas su frente; veía siempre su mañana pendiente de un cabello y á merced de todas las borrascas; cuando consideraba que en cualquier momento podría reproducirse la situación pasada, temblaba como un azogado y solicitaba, importunaba, pedía con lágrimas en los ojos; pero á lo sumo conseguía una evasiva cortés ó una promesa realizable á largo plazo.

Su empleomanía lo hizo taciturno y gruñón; ya no era aquel hombre decidor y alegre que tenía sitio en todas partes por sus chistes; no abría la boca más que para blasfemar ó para lamentarse de su suerte; miraba con envidia á todo el mundo, y si algunas veces se hubiese dejado arrastrar por sus impulsos hubiera arro-

jado de los tranvías á sus conductores, de las esquinas á los guardias, de los mostradores á los comerciantes, de los sillones á los empleados, de los pescantes á los cocheros y hasta de los altares á los curas, para ocupar por este hecho el puesto vacío.

A la hija, la fiebre de amar la hacía desgraciada.

Al padre, la fiebre de afianzar el mañana inseguro y problemático le extraviaba la razón.

La última desgracia los había confundido á los dos; para los demás se había restablecido la normalidad por completo.

El padre y la hija eran como dos árboles que después de la tormenta quedaran hendidos por el huracán enmedio de un campo vivificado por la lluvia.

XLII

Ninguno de los dos amantes había resuelto nada. La indecisión es la característica del amor contrariado. Cada uno desde la esfera de su reflexión, se determinaba paralelamente al otro, así que, aun caminando en la misma dirección, no se encontraban; los dos resolvían buscarse y separarse y así pasaban la vida rectificándose continuamente, urdiendo planes y desbaratándolos y escribiéndose cartas para rasgarlas á continuación.

Un acontecimiento imprevisto vino á colocarlos frente á frente.

Aquél día celebraba su santo un amigo de Guerrero y de Montenegro, que vivía en un hotelito del barrio de la Prosperidad y los dos recibieron por la mañana sendas tarjetas de invitación á un refresco y un baile preparados para aquella misma tarde.

Como si la «gran diablería de los cuatro personajes» de que habla Rabelais hubiera tramado el asunto, la tarjeta de Guerrero llevaba una postdata en estos términos: «Sabemos que Dolores es ya una tiple de primer orden, un verdadero prodigio del Arte y tenemos mi mujer y yo verdadero deseo de oirla. Traígala usted esta tarde y se lo agradeceremos muy de veras.»

Guerrero, desde que oyó cantar á su hija en casa del barón, hacía con ella lo que hacen con el reloj los que por primera vez lo llevan: no perdonaba una ocasión de exhibirla para llamarse á la parte en los aplausos y la admiración que despertaba, así que una invitación cualquiera en este sentido, le imponía un deber que, á su juicio, por nada en el mundo debía quebrantar.

Fué inmediatamente á buscarla, y ella, que por naturaleza era condescendiente, no opuso dificultades, ni aun se hizo rogar como es costumbre entre mujeres y artistas.

Llegó, pues, la tarde y en el hotelito del festejado se reunieron todos nuestros conocidos;

puntual como siempre, llegó la indisoluble trinidad de Tarancón, Chartres y Montenegro.

En el jardín de la casa, sitio elegido para el baile, que ofrecía la ventaja de tener de jardín muy poco más que el nombre, encontraron al simpático matrimonio que hacía grandes esfuerzos para contener el aburrimiento de tres señoritas feas, dos mamás cursis y una niña sabia, que se habían empeñado en aburrirse; pero al entrar nuestros amigos se redondearon las caras largas y madres é hijas abrieron desmesuradamente los ojos, sonriendo como si un sueño dulce y grato las hubiera acariciado á todas.

La niña se fijó en que las botas del poeta no tenían tacones y lo dijo en alta voz á su mamá, hiriendo así traidoramente al aludido, que procuró no descomponerse ni azararse.

Los tres comprendieron que las circunstancias les obligaban á entretener á las visitas y resignados aceptaron su papel; el poeta, escondiendo los pies entre los palos de su silla, comenzó á recitar madrigales y hacer comparaciones hiperbólicas de los encantos de las jóvenes; Tarancón tomó á su cargo las botellas y los vasos y se dedicó á escanciar, sintiendo no tener cien manos como Briarco para cumplir mejor su cometido; Montenegro se agregó á las mamás y las entretenía muy bien diciéndoles cosas admirables sobre la subida del pan y las exigencias de los caseros.

Los cuatro hombres de aquella reunión se

guiñaban los ojos muchas veces y el encender un cigarro era pretexto frecuente para levantarse á dejar en un rincón una carcajada comprometedora.

Sostener en sociedad una falsa situación, es algo así como salir á la calle con botas prestadas, que, aun cuando sean buenas, hacen tropezar en lo más llano; ya iban, pues, tropezando los dos conversadores, cuando aparecieron Dolores y su padre; Tarancón abandonó las botellas; Chartres concluyó un epitalamio de Bembo con estos versos de Zorrilla:

Que el cielo me debía,
tras de tanto dolor, tanta alegría.

que para las tres señoritas pasaron como colocados en su verdadero sitio; Montenegro cortó de pronto una estadística de precios de legumbres en el siglo XII, y los tres salieron al encuentro de los recién llegados.

Guerrero venía flamante con sus veinte pesetas de decencia exterior; Dolores, por un capricho impropio de su edad y circunstancias, vestía un sencillísimo traje negro y cubría su cabeza con una mantilla negra también, por entre cuyas ondas jugueteaban con la luz sus hermosos mechones rubios como espigas de oro.

Adelántose Montenegro, que del dueño de la casa había recibido el encargo de hacer las presentaciones y ya estaba á punto de cumplir

su cometido, cuando repentinamente desistió al escuchar en el grupo de las mamás esta frase:

—¡Qué cursis!

Y en el de las señoritas esta otra:

—No me gustan las rubias.

Por si algo faltaba, la niña sabia observó que los pantalones de Guerrero adolecían de una cortedad que á ella le hubiera servido para encubrir su falta de discrección.

Saludáronse los que no se conocían con una inclinación de cabeza y Montenegro formó corrillo aparte con Dolores y la dueña de la casa.

Como si los del piano de manubrio hubieran querido cortar las murmuraciones, que amenazaban caer sobre los recién llegados, comenzaron á tocar, y con gran peligro para las botas del poeta, dió principio el baile.

Tarancón hizo los honores á la mujer del festejado, cosa que la tiple y Montenegro le agradecieron seguramente más que la interesada.

Ya estaban otra vez frente á frente y solos. Se miraron con fijeza, y como siempre sucede á los que tienen mucho que decirse, no acertaban á pronunciar palabra. Por fin, él, comprendiendo lo difícil de la situación y aceptando sus deberes de hombre galante, se decidió á romper el silencio.

—¿Es cierto—dijo—que ya está usted en disposición de cantar en el teatro?

—Eso dice mi maestro; pero yo quisiera marcharme lejos, muy lejos, á cantar.

—¿Teme usted al público de Madrid?

—No...

—¡Ah! ¡Vamos!... Entonces es que no quiere usted compartir su triunfo con nadie.

Dolores hizo un mohín de protesta, y decidida á todo, preguntó:

—Si yo me marchara lejos, muy lejos de esta tierra, ¿me acompañaría usted?

—Lo natural es que sea su padre quien vaya en su compañía.

—Mi padre no entiende de cosas de Arte, y además, como el pobre es tan poco instruído, para nada me serviría en un país extranjero. Conteste concretamente. ¿Me acompañaría usted?

—¡Ay, Dolores! No meta los dedos en mi herida. ¡Con qué facilidad olvidó usted mi imposible!

—¡Ya salió! ¿También á esto se opone?

—Usted me causa temor, yo mismo me lo causo también; no, Dolores, no; nací así de maldito y desgraciado y así moriré; usted es muy buena, muy noble, muy hermosa; con esas condiciones puede hacer feliz al más exigente; con esas condiciones me ha hecho usted á mí el más desgraciado de los hombres.

—Le veo en un camino falso; procure que nos entendamos, sin que crea que con ello trato de rebajarle. ¿Quiere usted ser mi administrador, mi apoderado, mi intérprete, mi tutor?...

—Si yo no viera más allá de todos esos car-

gos, con el alma y la vida; pero, ¿quién me puntualiza lo que pasará mañana?

—Tiene usted razón; esa desconocida, que yo respeto, podría llegar, y juzgando por las apariencias, pensaría que usted le había sido infiel.

—Dolores, no es razonar como mujer; hablemos de nosotros; deje á un lado lo demás.

—Pues bien; hable usted de nosotros.

—¿Tiene usted valor para escuchar todo lo que diga?

—Y para adivinar todo lo que calle.

—Dolores, yo la quiero como nadie ha querido en este mundo, y esto es exacto, porque sólo los que hemos sufrido mucho, mucho, los que hemos visto muchas veces malograrse nuestro cariño, los que en la vida caminamos tropezando en todas partes, los que cuando alzamos al cielo nuestra vista lo encontramos vacío, los vencidos, los que hemos contemplado con lágrimas de sangre en los ojos cómo una por una se disipaban nuestras ilusiones, los que al tender la vista por la tierra nunca encontramos más que la baba del calumniador, el tajo del verdugo, el látigo del amo, el desdén del fuerte, la burla del débil, el reproche de los hombres, el desaire de las mujeres, cuando encontramos un corazón que nos brinda un destello de luz, una ráfaga de consuelo, nos abrazamos á esta dicha y queremos con toda nuestra alma, con toda nuestra vida; mil veces nos sacrificaríamos por el ser amado, porque fuera de él, nada encontramos que merezca la pena de lu-

char; nos encerramos en nuestro cariño, porque de él abajo ya sabemos el horrible cortejo que nos aguarda. El verdadero amor, las verdaderas pasiones afectivas, créalo usted, sólo arraigan en los pechos distendidos y quebrantados por el sufrimiento. Yo en estas condiciones vivía y llegó usted á mí; visión inefable de luz y de consuelo que penetró hasta mi corazón, al que la vida dejó descubierto cuando pretendió arrancarlo, y nadie habrá con fuerza suficiente para destruir en mí este cariño, el último de mi vida.

—Pues si así me quiere usted, al verse correspondido no debía caber en sí de gozo.

—¿Por qué me dice usted eso, si ya sabe lo demás? Mi cariño es veneno para usted. Ni aun ofrecérselo puedo, porque con él le ofrezco la deshonra. Al verlo aceptado, ese monstruo de mil cabezas que se llama la sociedad, abriría sus mil fauces para hacer á usted pedazos; sería un crimen, lo comprendo. La honra no es ni mucho menos lo que la sociedad cree; pero, ¿cómo luchar contra una fuerza tan grande?

—Volvamos al primer punto: vámonos muy lejos. La distancia me defenderá.

—¡La distancia! No, Dolores, no; no puede ser. Es usted joven; ahora despierta por primera vez en el mundo de los amores; olvide, no ha de costarle mucho trabajo. Yo sufriré, porque este es mi sino. Usted encontrará quien pueda curar la herida que yo involuntariamente he causado.

—Y ¿tendría usted tranquilidad para verme casada con otro?

Los ojos de Montenegro brillaron como dos hornos de vidrio; el dolor ahogó la palabra en su garganta, devolvió á su pecho un suspiro de fuego, y al fin, después de un esfuerzo supremo, dijo apretándole la mano:

—Sea usted más piadosa al preguntarme.

Los demás bailaban unas veces alegremente y otras conversaban; pero desde que vieron á los dos amigos con tanto interés comenzaron á envidiar y comentar su plática.

El diálogo fué largo, muy largo; sólo se interrumpió para que Dolores cantara un poco, cosa que hizo á maravilla, obteniendo de todos cordialísimos aplausos y fantásticas predicciones. Después, continuaron hablando durante mucho tiempo sin llegar á entenderse; mezclaban sus razones como quien se dedica á hacer con la baraja esos solitarios que no tienen solución, y abismados en su controversia les llegó la hora de la retirada.

Las señoritas feas y su mamá vivían en aquel barrio; como ya no circulaban tranvías, ni vibraban, por tanto, los focos, la luz nacarada de la luna iluminó á lo largo de la carretera el pintoresco grupo que formaban Dolores y Montenegro, seguidos á poca distancia por Chartistes, Tarancón y Guerrero.

Como si les quedaran muchos secretos que comunicarse, todavía se adelantaron unos pasos más, con objeto de hurtar su conversación

á los oídos indiscretos, y después de un prolongado silencio en el que los dos devoraron algunas lágrimas, Dolores, que estaba contrariadísima porque Montenegro, al parecer, ni apreciaba sus concesiones, ni solicitaba todo lo que ella se sentía dispuesta á conceder, dijo temblando de emoción.

—¿Aceptaría usted el sacrificio de una mujer?

—¡Me asusta usted!—exclamó el joven mirándola con profunda sorpresa. ¿En qué sentido?

—No quiero callarlo, querido mío; he resuelto confiar, esperar, tener paciencia, sufrir hasta que ese doloroso imposible se disipe y podamos pertenecernos.

—Eso es una locura. El imposible vivirá más que nosotros.

—No importa; los religiosos sacrifican á Dios su vida; los sabios sacrifican á la Ciencia su actividad; las mujeres debemos sacrificar nuestra vida al corazón; las artistas debemos sacrificarlo todo al amor. Me es indiferente el que usted acepte ó no mi sacrificio; creo que hoy nos queremos y esto me determina á expresarme de este modo. Los dos moriremos así satisfechos de haber empleado nuestra vida en la persecución de un fin elevadísimo; usted lleva una cadena que yo quiero limar con mi cariño, y si limarla no puedo, esperaré á que se rompa. ¿No le agrada contemplar un amor bravío y arriesgado que hace frente á tan terribles obstáculos?

Montenegro no contestó; estrechó febrilmente las dos manos de Dolores y dió libertad á sus lágrimas retenidas hasta entonces á costa de grandes esfuerzos.

Poco después los alcanzaban los del otro grupo, y Guerrero, aprovechando una oportunidad, deslizaba estas palabras al oído de su hija:

—No hagas caso de Paco, que es casao.

—Lo sé padre, lo sé, contestó ella con tal acento, que Guerrero, adivinando lo que hasta entonces ni aún había sospechado, crispó los puños, apretó los dientes, arrugó las cejas y se tragó un horrible juramento.

.....

XLIII

Guerrero no estaba para bromas.

Había visto á su hija muy amartelada con Paco y en ello vislumbraba un peligro abrumador.

Él, casado y hombre de mundo—se decía—; ella, una inocentona capaz de creer que las piedras dan gritos... la caída es inevitable, inevitable... ¿Tendrá conciencia él?... Y ¿qué vale la conciencia para luchar contra el corazón y la carne?

Y así seguía sometiendo á tortura su espíritu.

Lo que más le preocupaba era su situación especial ante aquel horrible conflicto: de un lado sus deberes de padre; de otro sus ligaduras de amigo y de amigo que debía favores de tanta monta como la educación artística de su hija, la creación en Dolores de aquella segunda naturaleza, en la que cifraba todas las esperanzas de salvación y de subsistencia durante una vejez que ya le había puesto las manos en el cuello y estaba á punto de apretar hasta estrangularle.

No consideraba muy difícil ni muy peligroso llamar á Montenegro al orden en forma correcta y amistosa; era razonable y seguramente le daría oídos; de este modo, tal vez una buena razón bastara para domar una pasión incipiente que podía ocasionar tantos males; pero cuando á esto se determinaba, súbitamente aparecía en su imaginación nebulosa el recuerdo de las conversaciones que con él había sostenido acerca de sus asuntos más graves, la memoria le reproducía hasta los acentos de su voz persuasiva y desistía de cumplir sus deberes de padre, sobrecogido por el temor de dejarse convencer por aquella especie de lógica nigromántica que su amigo empleaba para llegar hasta el fondo de las grandes cuestiones.

—No—pensaba—, á él nada le diré; á ella es á quien debo persuadir de que marcha por mal camino; pero me ha contestado á la primera insinuación en una forma...

Y aturdido por sus reflexiones, se mordía los

puños y lanzaba al espacio suspiros de fuego.

En esta situación llegó al punto en donde debía reunirse con la *Butaca*, pero algunas palabras gruesas como de disputa violenta que se oían á corta distancia, le hicieron seguir sin detenerse hacia el sitio de donde partía el ruido.

Antes de llegar, pudo ver claramente lo que sucedía: su amante, maltratada por dos hombres cuyas figuras aparecían mordidas y borrosas por la obscuridad, se defendía con bravura echando espuma por la boca; ellos, á cada puñetazo que recibían, lanzaban una blasfemia que retumbaba en el silencio y la oscuridad de las calles; de un salto llegó hasta el sitio de la lucha y se precipitó sobre uno de los enemigos, derribándolo al suelo y arrancándole con un mordisco un pedazo de nariz; el otro al ver en tal situación á su compañero, desnudó el cuchillo, que para tenerlo á mano había colocado entre dos botones de su chaleco y esperó la acometida. Guerrero, sin mirar el peligro, lánzose á él y seguramente hubiera perecido si la mano vigorosa de Juliana no detuviera el brazo del criminal; pero éste, que sin duda contaba con lo sucedido, pasó el cuchillo á su mano izquierda y manejándolo con una desfrenada hija sin duda de largo estudio, dió á Guerrero un tremendo corte en la mejilla derecha, y, desasiéndose de una sacudida, salió huyendo precipitadamente.

Guerrero cayó sin sentido; la *Butaca*, al

ver que corría por el suelo la sangre de su amante, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer también desmayada; pero á favor de esa sublime presencia de ánimo, que sólo las mujeres tienen en los trances difíciles, se rehizo, pidió en vano auxilio, ató fuertemente un pañuelo sobre la herida y cargando afanosa con el cuerpo inanimado de «su hombre», lo llevó jadeante sobre sus hombros hasta la Casa de Socorro de la Plaza Mayor, que era la más próxima, sin que al atravesar calles tan céntricas como la del Carmen y la Puerta del Sol, tuviera que vencer obstáculos, ni encontrara quien reparase con ayuda de ningún género, sus fuerzas quebrantadas de antemano por la lucha.

XLIV

El barón no se conformaba con educar á sus discípulos; cuando ya reunían todas las condiciones precisas, él mismo gestionaba su colocación, tanto porque fuera útil el bien que les había hecho como por proporcionarse la satisfacción natural y lógica de decir á los periodistas la noche del *debut*: «Eso que ustedes ven y admiran, es obra mía; yo saqué del carbón el diamante y lo tallé hasta dotarlo de las luces deslumbradoras con que hoy brilla.»

¿A qué menos podía concretar su recompensa? ¿No son innumerables los que piden albrí-

cias por obras en cuya ejecución nada pusieron? ¿No han llenado el mundo los hijos de aquel portero de Audiencia, que decía: «Hoy hemos impuesto tres penas de muerte?»

Tuvo noticia el barón de que para uno de los teatros madrileños estaban formando compañía de zarzuela *grande*, y salió al encuentro de los organizadores y empresarios para proponerles la adquisición de aquel prodigio que bajo su cuidado desarrolló sus condiciones y facultades nativas, hasta el extremo de ser, á su juicio, la mejor tiple del día.

Después de haberle hecho ir y venir mil veces, de haber opuesto á su pretensión numerosas disculpas y de haber faltado á innumerables promesas, el director de la compañía, tal vez para que no le molestara más, le dijo un día como haciendo un esfuerzo supremo: «Que me mande esa señorita repertorio y condiciones.»

El repertorio podía indicarlo el barón en el acto, y tomando una hoja de papel escribió en ella los títulos de las obras más modernas y lo entregó al director, quien la leyó, cuidando mucho de que no se le escapara un solo gesto de agrado ni desagrado; en cuanto á sus condiciones, al día siguiente le serían enviadas, y aún anticipó el barón su promesa de que habían de ser modestísimas.

Después se retiró sumido en una gran perplejidad; sabía demasiado que Dolores había de conformarse con todo y hasta considerarse bien

pagada con sólo ver su nombre en el cartel y pisar el escenario; pero su padre, de seguro no sería tan fácil de contentar; era muy ambicioso, conocía el verdadero valor artístico de su hija, tal vez exageraba su apreciación, y por todo esto no era difícil que pretendiera el sol y la luna. El barón se acordó de Montenegro, á quien la muchacha en realidad debía todo, y además Guerrero respetaba y consideraba lo suficiente para someterse sin protestas á su determinación.

Montenegro recibió con gran alegría la noticia, y antes de recibir encargo alguno se ofreció á tramitar y arreglar con la interesada y su padre la cuestión de intereses.

Aquel mismo día recibió el barón una tarjeta de su amigo en estos términos: «En principio se someten los dos á lo que usted disponga; pero yo, para ahorrarle la molestia de la iniciativa, propongo que Dolores trabaje gratuitamente la primera semana; después aceptará el sueldo que la empresa le señale y á él se concretará durante toda la temporada.»

El barón, satisfechísimo, corrió á perfeccionar el contrato sobre aquellas bases, y como por parte del director no hubo dificultades, Dolores quedó en condiciones de realizar el sueño de toda su vida, y Montenegro, Guerrero y el barón comenzaron á deleitarse por anticipado con el triunfo que cada uno de los tres consideraba como suyo.

XLV

Guerrero, postrado en la cama y con la cara cruzada de vendajes que le daban aspecto siniestro, había recibido la visita de Montenegro para tratar sobre el sueldo de su hija.

La herida no era grave; pero sí molesta y le impedía salir á la calle y andar de un lado para otro, cuando precisamente, según él pensaba, iba á ser más necesaria su presencia en todas partes. Este pensamiento le llenó de preocupaciones y apenas pudo cambiar con su amigo más palabras que las necesarias para abandonar el asunto en manos del barón. Ni siquiera pudo abordar el tema de aquellos peligrosos amoríos que le quitaban el sueño y le aumentaban la fiebre.

Montenegro, que se había propuesto ultimar el asunto de la contrata con toda la brevedad posible, salió enseguida para ir á casa de Dolores, después de haber ofrecido al enfermo todo lo que estuviera de su mano.

Recibiéronle con gran alegría, que aumentó hasta la exaltación cuando supieron el objeto de la visita; de todo se trató con muy pocas palabras, suplieron los ojos lo que los labios no podían expresar entre Dolores y su amigo, y éste salió después de haber estrechado significativamente sus dos manos.

Después voló al Continental para dar al profesor cuenta de sus gestiones.

Narcisa y Dolores no volvieron en todo el día á tomar la costura. Primeramente, todo fueron gozosas exclamaciones, deslumbradores proyectos de felicidad y desbordamiento de todos los entusiasmos; pero cuando las dos hermanas, estrechándose la cintura sonreían con dicha inefable, habló la vieja, y su voz agria y seca resonó en el estrecho recinto de la habitación, como macabro canto de agorera lechuza.

—Necesitarás trajes—rezungó—y eso cuesta dinero.

Quedaron espantadas las dos jóvenes ante aquella frase, semejante á una maldición; sí, trajes; era inevitable adquirir trajes; pero no había medio de vencer esta dificultad de última hora. Otra vez, la peña de Sinifo hacía rodar á pobre Dolores por la pendiente de la montaña. Otra vez, lo accidental, lo nímio, destruía lo esencial, lo importante, con esa fatalidad erigida en ley que pesa sobre los miserables.

Las que antes gritaban, saltaban y reían, estaban ahora en dos rincones de la habitación sombrías, silenciosas y tristes, devorando lágrimas y exprimiendo la imaginación en busca de un medio de solucionar el conflicto.

Al fin, Dolores se rehizo; se levantó resuelta, tendió sobre su cabeza negligentemente la plácida mantilla, besó á su hermana y salió sin contestar á su madre que le preguntaba dónde iba.

XLVI

Dolores, después de haber retrocedido un momento ante la extraña figura de su padre, en cuyo rostro cruzado por las vendas sólo se veía un ojo, la nariz y la mitad de la boca, llegó hasta la cabecera de la cama y le abrazó cariñosamente. Juliana acercó para la muchacha una silla y le invitó á tomar asiento, previa la advertencia de que el mueble no ofrecía grandes seguridades. Retiróse después á un ángulo de la sala, y sentada en el suelo comenzó á recoser unos zapatos de Guerrero con bramante que luego ennegrecía con hollín.

—¿Es usted zapatera?—preguntó Dolores.

—No, hija; pero se hace lo que se puede; ya sabes el cantar:

Una vieja cosía
con una mimbres;
ello no irá curioso;
pero irá firme.

Después de este cumplido á su modo que la futura tiple había hecho á la querida de su padre, hablaron los dos así:

—Ya sabrás que voy á *debutar* muy pronto.

—Hace una hora salió de aquí Montenegro, que por encargo del señor barón vino á tratar conmigo sobre tu sueldo. Estarás muy contenta, ¿eh?

—Sí, papá, estoy muy contenta...; pero...

—¿Qué es eso de *pero*? ¿Te entra el miedo ya? ¡Diablo de chica! ¿Qué apostamos á que te echas á temblar y no cantas cuando te veas en las tablas?

—No, papá; no es eso; demasiado sabes que soy muy serena y que por una de esas tontearías no he de desjarretar todos mis sueños ni de abrir camino libre al hambre que tantas veces nos ha azotado.

—Entonces ¿á qué vienen esa tristeza y esas dudas?

—Una dificultad, una gran dificultad, que probablemente impedirá el que mis esperanzas se realicen por esta vez.

—¿Estás enferma? ¡Sólo eso nos faltaba!

—Afortunadamente hoy mi salud es mejor que nunca; me paso todo el día cantando y gritando sin sentir fatiga.

—Y ¿á qué dificultad temes? Si estás bien y tienes contrata, ¿por qué no has de cantar?

—Las pequeñas catástrofes, como dice Montenegro.

Cuando pronunció Dolores este nombre, Guerrero, concentrando toda su fuerza en el ojo que tenía libre de la venda, la envolvió en una mirada de fuego; advirtiéndole la muchacha; pero como su resolución era inquebrantable, continuó sin inmutarse:

—Las pequeñas catástrofes, la piedrecita caída sobre la vía, que hace descarrilar un tren monstruoso; el pajarillo mal guisado, que pue-

de cortar la alegría de un Emperador y la felicidad de un Imperio.

—Háblame claro; ¿qué te pasa?

—¿No has pensado en ello? ¿Nunca se te ha ocurrido que para salir á escena necesito trajes?

—¡Ah! ¡Sí!... ¡Es verdad!... ¡Maldita sea!

—Y no tenemos medio de resolver este problema.

—Pero en los teatros hay guardarropa.

—¿Quién piensa en eso? ¿No comprendes que al presentarme mal ataviada pierdo la mitad de mi terreno y como consecuencia el empresario, al señalarme sueldo, abusaría horriblemente?

—Sí; pero no hay más remedio...

—Me han dicho, además, que el guardarropa del teatro sólo viste á los coros y comparsas.

—Alguna solución habrá, por que no vas á ser tú la única que se ha visto en este caso.

—Cuando se tiene ya nombre, ó por lo menos se gana un sueldo, hay sastres y modistas que hacen ropas á crédito, descontando una cantidad cada nómina; pero al principio...

—¡Ah! ¡Sí! ¡El principio! ¡Qué horrible es en todo el principio!

Juliana, lavándose las manos después de haber tiznado su cosido, cortó el diálogo y dijo á Dolores:

—¿Me quieres hacer un favor?

—Usted dirá.

—Cuidar á tu padre mientras salgo á un recadito.

—¡No faltaba más!

—Te advierto que acaso tardaré más de una hora.

—No importa. Vaya usted tranquila.

Juliana se atusó el pelo con un poco de agua, cubrió su cabeza con un pañuelo blanco de seda, colgó de sus hombros una toquilla roja y salió por el estrecho pasillo rozando las paredes con sus amplias caderas maternales.

El padre y la hija permanecieron callados. De cuando en cuando se miraban interrogativamente.

XLVII

Es preciso que sigamos á la *Butaca*.

Montó en el tranvía de la calle de Toledo; bajó en la Puerta del Sol, entró en la calle del Carmen, y atravesando parte de las de Mesonero Romanos y Abada, salió á la del Horno de la Mata; después de pararse como para comprobar un recuerdo vago ó unas señas ambiguas, entró en un portal estrecho y largo, de sucio aspecto, cuyas paredes, recubiertas hasta la mitad por un zócalo de azulejos, transpiraban una humedad mugrienta.

Sin que la portera le preguntara, subió hasta el primer piso y tiró de una cadena que había en el lado derecho de la única puerta.

Después de sometida á minucioso examen por unos ojos curiosos que la contemplaban al través de un ventanillo cuadrado y cruzado por dos barras de hierro, la puerta se abrió; atravesó Juliana un pasillo muy corto y se vió en una sala cuadrangular y espaciosa, con muebles tapizados de tela roja y cortinas blancas de linón bordado.

Ocupaba el lugar preferente una cómoda muy grande, sobre la que dos campanas de cristal preservaban del aire dos maltrechos ramos de flores de tela encerada, con sus hojas de papel verde y sus tallos de alambre forrado. En medio de los fanales dormía un reloj de metal amarillo, con la esfera blanca de porcelana, desconchada en tres ó cuatro sitios; estaba sobre una peana de madera negra, en la que un círculo de estambre rojo denunciaba la falta del fanal respectivo. Diseminados entre estos objetos había otros que pudieran llamarse de segundo término, tales como un número atrasado del *Nuevo Mundo*, una botella de Jerez, vacía, una taza desportillada y un librote sin las primeras páginas.

Distribuídos por las paredes, sin ninguna simetría, veíanse seis grandes cromos con sus marcos dorados: uno era un Cristo de carne bronceada y sombría, que destacaba sobre fondo verdinegro; otro, era una reproducción del llamado *Cuadro de las lanzas*, terriblemente mentirosa en cuanto al colorido; otro, el almuerzo de los cazadores, interrumpido por el

toro que de improviso aparece; otro, el zapatero que con mirada libidinosa toma medidas á una rubia con cara de boba; otro, la cena de los Apóstoles con tarros de mostaza sobre la mesa y un perro á los pies de Judas, con un hueso en la boca que tiene un tamaño tres veces mayor que el animalito y el último, la clásica marina de agua muy azul con su barquito ceniciento y su faro á lo lejos.

En medio de la sala, un centro con tablero de mármol sostenía un portamantas de latón con relieves indescifrables, en cuyo interior había botones, broches de ligas y gafas descompuestas.

Sobre las butacas y las sillas se veían vestidos de hombre y de mujer, pañuelos de Manila y ropas de cama.

No llevaría Juliana más de dos minutos en aquella revuelta estancia, adonde la guiara una criada invisible, cuando se le acercó una mujer gorda, tetuda, con los ojos rodeados por un surco cárdeno, las mejillas carnosas, amoratadas y flácidas, la nariz roma y ancha, los labios gruesos y rojos, los dientes amarillos y desiguales y los cabellos mal teñidos, de un negro que en algunas partes marcaba irisaciones desagradables á la vista. Vestía una falda gris con dibujos de volutas blancas y una chambrá rosa, cuya falta de botones dejaba descubierto el cuello bovino y el nacimiento del pecho carnososo y blando.

—¿Se acuerda usted de mí, señora Angus-

tias?—preguntó la querida de Guerrero levantándose del sofá en donde se había acomodado.

—No tengo el gusto... usted dirá.

—Soy la Juliana. ¿No recuerda de cuando nos encontramos en las Ventas? Yo iba con Pepita *la de los Tirabuzones*.

—¡Ah! ¡Sí! Ya caigo; ¿cómo está usted? Y le alargó una mano pequeña, gruesa y arrugada, con los dedos llenos de sortijas, que la *Butaca* estrechó con muestras de afecto.

—Pues verá usted: como en este mundo no hay presona sin presona y como además me dijo usted que pa tó lo que necesitara podía venir con satisfacción, porque pa eso vive usted de su trajín, vengo hoy á pedirle un favor.

—Si puedo, tendré mucho gusto.

—Como poder, á la vista está; ¿sigue usted siendo *fiadora*?

—¡Buenos están los tiempos pa que hagamos dejación del oficio de cada cual! Si trabajando no se pué comer, si se echa una en el surco, ayúdeme á pensar.

—Pos güeno; yo tengo hoy una gran nesecidá y quió que usted me salve. ¿Cuánto dinero me puede prestar?

—Yo no presto dinero; si nos entendemos, le daré una prenda, y empeñándola podrá tener lo que necesite.

—Pues quería así como treinta duros ó treinta y cinco.

—Mucho me parece.

—Le advierto que ahora gano mucho dinero y en menos de un mes desquitaré todo lo que tome.

—Están las cosas tan malas... que... vamos... es mucho...; si se tratara de una docena de pañuelos...

—Es decir, que no quiere usted servirme...

—Si pide tanto...

—Pues conforme á lo que pido pagaré, y no creo que *la de los Tirabuzones* gane más que yo pa que la haiga usté sacao siempre de apuros.

—Es que sabe cumplir bien.

—Pues yo nunca hi sacao así denguna cosa, y si no fuera por lo que es... ¡Vamos, señá Angustias, no se haga usté de rogar!

—Créame que si pudiera, con el alma y la vida.

—Déme uno de esos *Manilas*.

—El que menos, vale cincuenta duros, ó lo que es lo mismo, siete reales diarios, pa hacer cuenta redonda.

—De modo que si me lo llevo, le tengo á usté que pagar siete reales diarios hasta que lo degüerva.

—Eso es, y los dos primeros meses enteros, aunque lo traiga usted antes; pero además, no puedo... vamos, que no puedo.

—¿Desconfía usted de mí?

—¿No vive con un hombre?

—Sí; pero está malo en la cama; si no hubiera venido conmigo.

—Ese es otro inconveniente.

—¡Por Dios, seña Angustias! ¡Por lo que usted más quiera!... Ya verá que bien cumplo.

—Le advierto que de no ser así iría usted á la cárcel.

—Vamos, señora, no me niegue el favor.

—¿Sabe usted firmar?

—Con la escoba; á mi me estorba lo negro; tampoco la Pepita sabe; no sea usted así, señora.

—Quiero servirla y por todas partes salen impedimentos.

—Y llevándole la mano ¿firmaría usted?

—¡Ya lo creo!

—Pues le voy á dar el mantón; pero coste que es por amistad; si no fuera por la ley que le tengo á usted desde el primer día, no se lo daba.

Salió la fiadora y volvió al momento con el portero, el tabernero de la misma casa y la criada; escribió en los huecos de un papel impreso, la criada llevó á Juliana la mano para firmar el documento y los dos hombres lo hicieron también en calidad de testigos.

Después dobló cuidadosamente el mantón, lo envolvió en un periódico y lo entregó á su cliente, subrayando de nuevo el favor y señalándole todas las dolorosas consecuencias que podía tener la falta á lo estipulado.

Juliana, radiante de alegría, bajó la escalera, y rápida, no obstante sus carnes, marchó á una casa de préstamos de la calle de la Luna.

XLVIII

Guerrero, después de haberle dado muchas vueltas á su cabeza, se decidió á reconvenir á Dolores por sus amoríos y á prevenirla contra el mal que con ellos iba emparejado.

—Ese hombre—decía—es muy peligroso; cuando habla mete en el alma las palabras; parece como si tejiera una red para envolverte en ella y dejarte sin movimiento. Ya ves: yo no quería que tú fueras del teatro; pero un día me cogió por su cuenta y, que quieras que no, me hizo consentir.

—Pero si yo no tengo nada con él—replicaba Dolores con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes.

—Te lo he advertido muchas veces; mil duros se hacen todos los días en la Casa de la Moneda; la honra de una mujer en ninguna parte se fabrica.

—De manera que á usted le gustaría que, después de todo lo que ha hecho por nosotros, le diera yo un sofión cada vez que viene y me habla, aunque, como sabe usted demasiado, sólo es para tratar de mis asuntos.

—Eso no; yo daría por él la sangre de mis venas; pero soy hombre. Las mujeres tenéis que saber agradecer las cosas sin liar compromisos.

—¿Y cree usted que se propondrá él algo de lo que usted se figura?

—Acaso sí y acaso no; me parece que es el hombre más honrao de todo el mundo; pero ya sabes el refrán: el hombre es fuego; la mujer estopa...

—Lo que debe usted hacer es estar tranquilo y no hablarme de estas cosas; yo sé lo que tengo que hacer, y además le creo incapaz de comprometer á nadie. Si quiere usted que vivamos en paz, no le diga una sola palabra de este asunto.

—He estao tres ó cuatro veces para decirse-lo y todas se me ha jecho un ñúo en la lengua; no creas que me gusta meterme en estas cosas. ¡Si yo fuera tu madre! Pero con tu madre ya sabes que no se puede contar para nada.

Cuando esto decía Guerrero, la *Butaca*, radiante de alegría, entró en la habitación, dirigióse muda y sonriente á Dolores, y después de haberla abrazado muchas veces y besado en toda la cara, deshizo el estupor con que la hija y el padre miraban aquellos transportes, diciendo:

—¡Ya tienes vestidos, hija mía, ya tienes vestidos! Toma, guarda estos dos gruesos billetes de veinte duros y arréglate con ellos. ¡No faltaba más sino que se hubiá queao mi prenda con la miel en los labios!

Dolores miraba alternativamente á Juliana y al dinero sin darse cuenta de lo que sucedía, creyendo que una pesadilla febril jugaba á la

pelota con su cerebro. Guerrero tomó el partido de aguardar á que su hija se marchara para preguntar á su querida por la procedencia de aquella fabulosa suma; vagamente recordaba que días anteriores le habló de una fiadora, lamentando por cierto que siempre llegaba para ellos el remedio cuando había pasado el mal con todas sus consecuencias.

Por fin, la muchacha, después de consultar á su padre con una mirada, dijo tímidamente:

—No sé qué hacer, señora Juliana, no sé qué hacer. ¡Sabe Dios á qué costa habrá usted encontrado este dinero!

—A denguna, tontuela. ¿No sabes que m'ha tocao la lotería en la última destración?

—Como nada me había usted dicho...

—Si te lo digo no me cae. ¿No sabes que el decirlo trae *pata*?

Y Dolores, repuesta de sus intensas emociones, abrazó y besó sin escrúpulos á su bienhechora, se despidió cariñosamente de su padre y corrió á su casa con los billetes en el pecho, loca de alegría y apartando con la voluntad los sueños de triunfo, que producían en su imaginación una especie de embriaguez, en medio de la cual veía borrar-se las líneas de los objetos; contemplaba espantada que las calles se retor-cían culebreando satánicamente, y sentía que sus pies vacilaban sobre el suelo.

XLIX

Habían comenzado los ensayos en el teatro T.

Dolores acudía diariamente á la hora determinada en la tablilla y ponía sus cinco sentidos en las lecciones prácticas que le daban el director de escena y el maestro concertador.

El barón iba también casi todos los días, y, terminados los ensayos, hacía cantar á Dolores algún número suelto, para que aquel público profesional admirara las condiciones de su discípula y apreciara en todo su valor los desvelos que se imponía él por el Arte.

Montenegro, fijo, inmóvil, estudiando todos los detalles de lo que veía y oía, desde la primera fila de butacas, aguardaba todos los días á que terminara el ensayo para ir luego de paseo con Dolores y corregir cariñosamente los defectos, si alguno había notado en el trabajo de la nueva tiple.

Después, acompañábala hasta su casa, subía y pasaba más de una hora enseñándola á declamar, en lo cual ella flaqueaba mucho; pero como era inteligente y dócil, iba poco á poco aprendiendo, y el improvisado maestro, dispuesto como estaba á duplicar ó cuadruplicar el tiempo de la lección, no desconfiaba de presentarla en condiciones excelentes, pues no es-

taba de acuerdo con el barón, quien le decía muchas veces que á los artistas de zarzuela no les es necesario el dominio de la declamación.

El director de la compañía estaba muy contento con la nueva tiple, y después de haberle preguntado si se hallaba decidida á gastar algún dinero en ropas y alhajas y haber obtenido contestación afirmativa, le repartió uno de los papeles más importantes de la obra que había de representarse el día de la apertura del teatro; pero, después, convencido plenamente de lo mucho que Dolores valía, cambió de parecer y decidió no presentarla hasta que el público, sediento de novedades, se hubiera cansado de admirar á los artistas que de antiguo conocía.

Hecho el estudio analítico de todas las condiciones de Dolores, eligieron la obra con que había de presentarse, y dentro de ella convinieron en qué diera vida al tipo de María Stuard, aquella reina soñadora, rubia y melancólica, contrariada en su política por las austeridades de los hugonotes, y en su familia por la intrusión de los Médicis, encarnaba perfectamente en la hija de Guerrero, que, si bien por su genealogía y procedencia, no podía ser reina, su hermosura, en cambio, la hacía merecedora de una corona y un cetro. Además, las pasadas contrariedades y amarguras, habían dejado en su rostro el sello interesante de la melancolía, y sus rubias guedejas parecían, sin gran esfuerzo imaginativo, doradas por las aguas del Támesis.

Estaba muy contenta; había comprado collares y aderezos y se había encargado dos trajes: uno blanco y otro azul, cuyo importe rebasaba la suma que le proporcionó Juliana; pero la modista se había ofrecido voluntariamente á percibir al contado sólo una parte y cobrar lo demás cuando ya tuviera sueldo. En la sastrería le facilitaron una capa verdaderamente regia, y enamorada de sus trapos y halagada por todas las lisonjas que escuchaba en los ensayos, se le hacían interminables los días que faltaban para el comienzo de su campaña.

L

Guerrero tenía un humor de todos los diablos; la herida no se curaba fácilmente, y además, según opinión del médico, le dejaría en la cara una horrible señal.

Precisamente, cuando tenía que moverse tanto, intervenir en tantas cosas y acompañar á su hija con tanta frecuencia, se veía en cama, separado de sus obligaciones y de sus intereses por una fuerza invencible.

A veces miraba el pasado á través de su desesperación y sentía gran remordimiento por haberse dedicado á ser «el hombre de la *Butaca*», cuyo cargo, si bien le aseguraba el difícilísimo pan cotidiano, le quitaba la honra á tiras y le exponía á caricias como la que á tal si-

tuación le había reducido; la ingratitud vendaba sus ojos y miraba con horror á la que había sido su tabla de salvación; pero pronto reaccionaba su cerebro, volvía la serenidad á su corazón, á todo se imponía su espíritu despreocupado y se avergonzaba por haber emplazado en un mal sitio de su pensamiento á tan excelente mujer, para con quien era deudor de la salud y la carrera artística de su hija. Entre los repliegues de su rudimentaria inteligencia quedaba una vaga idea de ese Dios Taumaturgo, nigromante, caprichoso y frívolo. que para uso y recreo de los desgraciados, amasaron entre los teólogos y los novelistas; esta vaga idea salía muchas veces de su topera, y de pronto se agrandaba como los gigantes en redoma, que una mano atrevida destapa, y le hacía exclamar:

¡Dios! ¡Dios! ¡Ella, ella ha sido mi Providencia!... ¿Cómo explicar esos caprichos tuyos que en ocasiones, como ésta, te llevan á encarnar en el cuerpo de una... perdida?

Y concluía diciéndose que el que piensa mucho en estas cosas acaba por volverse loco; á partir de esta idea, cambiaba de camino y dirigía su memoria á recordar si había leído en alguna parte que los locos tuvieran ciudadanía en el reino de los cielos.

Juliana le había contado el medio y la forma de adquirir el dinero que había entregado á Dolores, y calló porque no se le ocurrían palabras con que agradecer aquel rasgo de supre-

ma generosidad; pero ni un momento dejó de pensar en ello.

Al fin, un día, se decidió á decir algo sobre el asunto y mientras hacía la *Butaca* su tocado sencillo, le preguntó cariñosamente:

—¿Crees tú que podremos cumplir con eso del mantón?

—Haremos todo lo que se pueda—contestó ella—. Yo tengo seis duros en el baúl.

—Cuando la chica empiece á cobrar, también pondrá una buena parte.

—Déjala por ahora que se arregle y que ayude á su hermana y á su madre; yo me encargo de cumplir con la señá Angustias.

—¡Mia tú que si luego mi hija no te lo agradece!

—Eso ya lo tengo yo descontao, y no por ella que es güena y todo se lo merece, pero después se marchará por ahí á correr mundo...

—Ya sé, ya sé que soy yo el que tiene que agradeceréte.

—Y tú, te irás también con ella...

—¡Juliana! ¿Por qué piensas tan mal de mí?

—No es que piense mal; pero demasiaio sé que cuando llegue á vieja me tengo de ver sola y aburría.

—Calla, calla y deja eso de mi cuenta.

—De tu cuenta lo tengo dejao; pero, ¿le vas á robar á tu hija pa que coma yo?

—Como te he robao á ti pa que coma mi hija; pero... no, no, ella es buena, á mí me quiere

mucho y á ti también te tiene ley; podemos confiar en ella.

—Paice mentira que sepas tan poco de mundo; los hijos son como los árboles, uno los planta y los cría y luego echan el fruto pa tó el que pasa junto á ellos.

—¿Y qué vamos á hacer si no nos ayuda?

—Pues mientras podamos, vivir como hoy; después, pa mí hay siempre sitio en las arrepentías y allí te dan en más ú en menos lo preciso pa dir viviendo.

—¿Y yo?

—Tú le haces falta; en su oficio, como en el mío, no se pué dar un paso sin tener una persona que nos haga sombra.

—¡En su oficio como en el mío!—rezungaba Guerrero mordiéndose los labios y contemplando una visión de horrores, la misma que había visto cuando su hija le habló por primera vez de su proyecto.

La frase fué para él un puñal que se hundió en su pecho, quedando fuera la empuñadura únicamente y en ella estaba cincelada la cabeza melenuda y lánguida de Montenegro.

LI

La compañía de zarzuela funcionaba ya con gran éxito de prensa y de taquilla; el director, como hombre práctico en estos negocios y conocedor de todos los secretos que encierra el arte difícilísimo de atraer y conservar la adhesión del público, había escalonado cuidadosamente en su plan de campaña la presentación de novedades y atractivos.

Para *debut* de Dolores, á quien en los carteles y *suellos de contaduría* se habían prodigado los adjetivos más sonoros, eligieron un día *quebrado* en la segunda semana de trabajo, coordinando dos ventajas: una para la Empresa, que así sacaría partido de un día que sin esta circunstancia sería de muy pocos ingresos, y otra para Dolores, que por esta causa iba á recibir la sanción de un público más distinguido que el que había de contemplarla ordinariamente.

Apareció en los carteles con enormes letras rojas el nombre de la tiple incipiente; grandes tiras colocadas en las esquinas anunciaban también su presentación y Guerrero pasó todo el día recorriendo las calles, con un parche de tafetán sobre la cortadura, deteniéndose al pie de los rótulos para oír los juicios siempre dudosos ó despectivos que hacían los transeuntes.

Más de una vez estuvo por arrojarse al cue-

llo de los augures ó machacarles la cabeza; es indecible lo que sufría, pero tenía decisión para separarse de aquellos lugares de su tormento. En varias ocasiones, luchando con sus nervios para moderarse, se dirigió á los desconcidos diciéndoles: «Ya verán, ya verán ustedes lo que es canela. Esa tiple es lo mejorcito que ha cantao en el mundo».

Unos le miraban con indiferencia ó desconfianza y se marchaban sin contestarle; otros más comunicativos le replicaban: «Será preciso rebajar algo; hoy no tenemos tiples ni cosas que lo valgan. ¿Sabe usted en dónde tienen la garganta nuestras cantantes? En las pantorri-llas, ó mejor dicho en los *pantalones de amar*, amigo mío.»

Y también estas frases caían como crueles martillazos sobre el cerebro de Guerrero; enlazábanse con la otra «en su oficio como en el mío» y formaban entre todas una argolla que se ceñía á la garganta y le cortaba la respiración; entonces se alejaba vencido y apesadumbrado; pero al llegar al pie de otro cartel se paraba inconscientemente, como si sus pies se clavaran en la tierra.

Las emociones de Dolores eran bien distintas de las de su padre. Cuando salía á la calle parecía que todos fijaban en ella sus ojos y hacían comentarios halagüenos; se figuraba que todos la conocían y que al volver la espalda ó pasar delante la señalaban con el dedo diciendo misteriosamente: «Esa, esa es.»

Al cruzar junto á los carteles bajaba la vista ruborizada; pero las enormes letras rojas se adherían á su retina con tenacidad tal, que las veía en todas partes.

Muchas veces pensaba en el momento de salir al escenario y recibir la señal del director de orquesta para comenzar la interpretación del primer número musical y sentía un temblor nervioso que le hacía mirar horrorizada el desmoronamiento del alcázar de sus ilusiones, lo cual podía suceder si perdía un solo momento el dominio sobre sí misma; ante tal consideración se hacía fuerte, levantaba la frente y miraba con superioridad orgullosa en torno suyo, hasta que su vista descubría otra vez las letras rojas que de lejos se le antojaban ensangrentados fantasmas y al llegar á ellas se inclinaban ante su presencia como banderas de triunfo.

La modista le había entregado los vestidos, y por consejo de Montenegro se los ponía en casa los ratos que sus ensayos le dejaban vagar, y con ellos puestos visitaba á sus vecinos, aquellos buenos viejecillos que se habían hecho parte en sus ilusiones y entusiasmos.

Se miraba continuamente al espejo; paseaba unas veces despacio y otras de prisa; recitaba; ensayaba sonrisas y lágrimas; extendía los brazos, acompañando la acción con alguna frase solemne; sentábase de mil maneras distinguidas y elegantes; recogía y soltaba la cola; se colgaba del brazo de su hermana, y en suma,

hacía en casa todo lo que debía hacer en la escena, para obviar de antemano las pequeñas dificultades que, sobreviniendo en un momento inesperado, pudieran causarle siniestra turbación.

LII

Llegó el día esperado con tantas impacencias.

A las siete de la tarde, junto á una de las puertas de servicio del teatro se apearon de un coche de punto Guerrero, con el chirlo cubierto por un pañuelo negro, Narcisa y Dolores. Los tres iban cargados de líos y envoltorios.

Algunos revendedores se paseaban á lo largo de la calle esperando la hora de comenzar su tráfico.

A la puerta de una taberna inmediata, el coro de hombres fumaba y comentaba las condiciones de «las partes» y el éxito de las obras.

Anochece, y el traqueteo de los carruajes en que la gente rica regresaba de sus visitas y paseos, luchaba por vencer el silencio natural que el declinar del sol trae consigo.

El portero del teatro, con su gorra de plato en la mano, acercóse á ofrecer á la tiple sus servicios, que fueron delicadamente rehusados. Dolores tomó de una tablilla una llave con una

chapita de latón en la que había un número troquelado, y los tres se internaron en un largo pasillo que desembocaba en el escenario.

Estaba el teatro en completa soledad; una gran claraboya filtraba un haz de rayos de luz pajiza y triste; los bastidores y las bambalinas, con sus perfiles perdidos en la penumbra y sus colores borrosos, presentaban macabro aspecto; en la oquedad de la gran sala resonaron sus pasos tétricamente; amedrentados los tres cruzaron presurosos el palco escénico, subieron seis escalones desgastados y sucios y á la izquierda de un nuevo pasillo, simétrico del que antes habían recorrido, se detuvieron junto á una puerta en la que, pegado con engrudo, había un cartel que decía en gruesos caracteres:

SEÑORITA GUERRERO

Abrieron, encendieron una vela de las que traían en sus líos y comenzaron á preparar el *camerino*.

Estaba éste compuesto de dos habitaciones: una cuadrada y espaciosa, cubierta de papel rojo con cenefas y entorchados de un amarillo que imitaba mal el oro viejo; constituían su mobiliario tres butaquitas y un diván del color de las paredes, un veladorcito de laca y un amplio tocador de mármol con una gran luna encajada en un marco de abullonada seda del color de las cenefas.

La segunda pieza era más modesta; sus paredes blancas estaban desnudas por completo y tenía un lavabo, un tocadorcillo, una percha y dos taburetes por todo mobiliario. Pasando por la primera, entraron en ésta y colocaron sobre el modesto tocador la indispensable caja de polvos en primer término; después fueron desenvolviendo el espejito de mano, un hermoso peine verde que aún conservaba el sello de la tienda, varias tenacillas de rizar y hasta media docena de frasquitos con enjuagues, esencias y pinturas. En un cajoncillo guardaron las alhajas aparentes, y en la percha colgaron los vestidos; Narcisa salió á cubrir el velador de la primera estancia con un paño de terciopelo rojo, en el que había bordado con verdadero cariño y franco acierto, flores, pájaros y grecas. Después volvió junto á su hermana, pues no acertaba á separarse de ella un punto.

Mientras todas estas operaciones, ninguno de los tres osaba romper el silencio; la emoción había sellado sus labios. Narcisa estaba temblona y nerviosa; todo se le caía de las manos, en todas partes tropezaba y á cualquier ruido de los que dentro del teatro comenzaban á sonar, perdía el color y volvía asustada la cabeza; Dolores procuraba subyugar todas las ideas que se desencadenaban en su cerebro sonador; algunas veces el vértigo llegó á doblar sus rodillas, pero con prontitud se rehacía, y colgando de su cuello un dije, ó prendiendo de sus cabellos una diadema, mirábase al espejo

para distraer sus pensamientos y hacerse dueña de sí misma.

Guerrero no podía resistir á la tortura de las frases que durante el día escuchó; los recuerdos, la visión del porvenir y las llamas devoradoras que desde aquel momento iban á crepitar junto al decoro de su hija, le habían postrado en un taburete y allí estaba con los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro entre las manos.

En los cuartos inmediatos comenzaron á oírse cánticos á media voz y vocalizaciones; Dolores rompió el silencio entregándose á estos mismos ejercicios para preparar su garganta.

Aquello fué el olor de la pólvora de que hablan los soldados aguerridos; de pronto serenaronse los tres; abrazó Narcisa á su hermana efusivamente, y Guerrero, aplomado y tranquilo, dijo á Dolores con paternal acento:

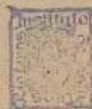
—¿Estarás serena?

—Ya lo verás, padre. ¡Cualquiera me quita este triunfo!

—Mira que ahora te *caes*.

—No tengas cuidado; cuanto más se acerca el momento, más gana tengo de que llegue.

Dos golpecitos sonaron en la puerta y cortaron el diálogo. El padre y las hijas se miraron interrogativamente; á la verdad, no sabían qué hacer; les disgustaba aquella interrupción que venía inesperadamente á robarles los últimos momentos de familiar expansión.



—¿Se está usted vistiendó?—preguntó una voz masculina y desconocida para Narcisa y Guerrero.

—Todo es vestirse; al espíritu hay que hacérle también su tocado de valor y más cuidadosamente que al cuerpo—dijo Dolores en voz baja.

—¿Quién es?—preguntó Guerrero.

—El tenor; dile que pase.

Abrió el padre la puerta y entró un hombre como de treinta años, rubio, gallardo y esbelto, con la cara completamente afeitada, la camisa muy limpia y los dedos de la mano izquierda llenos de sortijas.

Después de saludar á todos, dijo á la tiple con afectada timidez:

—Señorita Guerrero, vengo á hacerle una advertencia que usted seguramente pondrá cuidado en atender.

—No lo dude, compañero.

—Pues bien; esta mañana, tirando á sable con unos amigos, me relajé la muñeca derecha y tengo dolorido todo el brazo, así que cuando cantemos el dúo del segundo acto y me coja usted, hágalo con cuidado, porque sino daría en escena un grito horrible.

—¿No es más que eso?

—Nada más.

—Pues lo tendré presente.

—Y... ¿hay buen ánimo?

—Ya lo verá usted; le aseguro que ha de quedar admirado.

—Me servirá de satisfacción; conque no olvidaremos lo del brazo, ¿eh?

—¡No faltaba más!

Y el tenor, después de haber hecho á todos una reverencia completamente teatral, salió.

La relajación había sido un pretexto para ver el estado de ánimo de la tiple, pues como era cómico viejo desconfiaba de la gente joven y temía verse comprometido en uno de sus momentos artísticos por la turbación ó el desconcierto de los que tuvieran que cantar á su lado.

Comenzó Dolores á vestirse y en aquel momento llegó el barón que se anunció, como el tenor, con otros dos golpecitos en la puerta.

—¿En dónde está esa perla?—preguntó á Guerrero que salió á recibirle en la primera pieza.

—Perdone usted, señor barón—contestó desde dentro la tiple—; me estoy vistiendo.

—Pues hazlo con calma, hija mía, no te precipites.

—No; ya verá usted como no tardo mucho.

—¿Tienes miedo?

—No señor; estoy muy serena, más aún de lo que yo creía.

—En estos casos sufrimos los de fuera; tienes aquí á tu padre que se le oye latir el corazón y en cuanto á mí, te aseguro que podías ahogarme con un cabello.

—Pues estén ustedes tranquilos, que procuraré y hasta me atrevo á decir que conseguiré quedar bien.

—¿Y nuestro amigo Montenegro? ¿Cómo no ha venido todavía?

—Eso mismo estaba yo pensando hace un momento, señor barón.

—Ha ido esta tarde á uno de sus mitines—intervino Guerrero.

—¡Diablo de muchacho! Qué mal emplea el talento que tiene. De todo eso solo sacará disgustos. A ver si tú, Dolores, se lo quitas de la cabeza; cuando venga le echas un sermón.

—Ya sabe usted que en punto á esas cosas á nadie atiende.

—Hasta que le den algún cintarazo ó lo lleven á la cárcel.

—No será la primera vez; pero por ello ni desiste ni cambia de idea.

Dolores había concluído su tocado y apareció radiante de belleza, ofreciendo al barón una de sus manos pequeñas y blanquísimas. El aparatoso traje de raso azul realzaba extraordinariamente sus perfecciones; la falda de gran vuelo y la dilatada cola le daban indefinible majestad; el corpiño se ceñía modelando una pequenísima cintura, de la que arrancaba el talle gentil y esbelto. El descote descubría por detrás la blanquísima nuca y por delante el seno blanco y robusto. Adornaba su cuello una sarta de corales perfectamente imitados: sobre su frente despejada y erguida, una diadema de piedras verdes sujetaba la exuberante cabellera rubia, cuyo rizado natural bullía capricho-

samente alrededor del rostro como encerrándolo en un marco de oro.

—¿Qué tal?—preguntó con afectada timidez,

—¡Arrogante, soberbia, magnífica, verdadera reinal!—gritaba el barón entusiasmado mientras algunas lágrimas furtivas abrasaban las mejillas del padre.

—¡Señorita Guerrero! ¡Preparada!—dijo el traspunte desde el pasillo.

Y comenzaron á oirse los acordes de la orquesta, que entre los aplausos del público empezaba á interpretar la sinfonía.

Dolores concluyó su tocado reforzando sus cejas con el carboncillo, restregando sus labios con la toalla y colocándose las pulseras y los guantes; el barón la miraba embobado, Narcisa temblaba nuevamente y Guerrero intentó muchas veces decir algo y otras tantas se le hizo un nudo en la lengua.

—¡Señorita Guerrero! ¡A escena!—volvió á decir el traspunte.

Dolores bebió uno de sus enjuagues, estrechó la mano al barón, besó á su padre, dijo con rabia en el oído de su hermana mientras la abrazaba: «Y ese hombre sin venir», y salió recogiendo la cola y seguida de su maestro y su familia.

El barón la llevaba del brazo; detrás iba Narcisa con una capa en la mano por si en el escenario había corrientes de aire frío y detrás de todos caminaba el pensativo y abrumado Guerrero.

Cuando bajaba los escalones del escenario, se le acercó un empleado de la casa y después de haberle preguntado si era el padre de la tiple, le dió misteriosamente un papel escrito.

Guerrero volvió para leer la misiva al cuarto de su hija; una vez enterado la guardó en su bolsillo y salió de nuevo con un gran disgusto marcado en la cara.

LIII

La vesánica raza, que aprovechaba el sueño del pueblo ó su quebrantamiento por las cadenas de la miseria y el trabajo para enseñorearse del Poder, había sin duda oído en alguna parte que las tempestades salen del mar y no se daba un punto de reposo en su tarea de desecar el mar sacando el agua á puñados.

La monótona canturria de los frailes embutidos en casacas galonadas, luchaba obstinadamente por ahogar el eco del himno sonoro y y vibrante que hace cuatro mil años dejó el profeta Ezequiel diluído en el espacio: «Después del Dios que tiene un pueblo, nacerá el pueblo que tenga un Dios.» Con sus garras de acero luchaban por borrar la inscripción que el mismo Profeta coloca sobre el templo de la libertad, levantado por él para uso y goce de los hombres: «Que no haya aquí sacerdotes; ni

ellos, ni sus reyes, ni los esqueletos de sus reyes.» Y entregados á las más groseras concupiscencias apartaban su vista del inmortal apotegma Platoniano: «Los pueblos no serán felices hasta que sus reyes sean filósofos ó sus filósofos sean reyes».

Con el pan arrancado á los mendigos, con la sangre de los anémicos, con la infamia propia y con el deshonor en que germinaban todos sus actos, levantaban pedestales y constituían patibulos que repartían invirtiendo la justicia.

La ley en manos de aquella horda era un hierro candente que se usaba de continuo para sellar con el estigma de la infamia las mejillas más inocentes; el juez, al calificar los delitos, calumniaba; el tribunal convertía en verdad aparente la calumnia cuando llegaba la hora de imponer la pena, y como ésta se prodigaba, veíase lleno el pueblo de mujeres, de esposas nativamente honradas á las que había prostituído la miseria y de huérfanos que lo eran por disposición atrabiliaria del Poder.

Toda rebeldía era delito; toda protesta, crimen; toda frase violenta, atentado; toda mirada de reproche, desacato; todo ejercicio de un derecho, provocación; toda defensa, amenaza; parecía como si los hombres del Poder lo vieran todo al través de lentes que falsearan la realidad, dando á cada cosa el aspecto de su contraria.

En esta situación, el vecindario de una barriada extrema, privado á perpetuidad de todos

los servicios urbanos, se había reunido á protestar de que para el abastecimiento de los barrios aristocráticos se les hubiera privado del agua, condenándolos á morir de sed y de suciedad en el rigor del verano. El caudal de las fuentes que surtian á Madrid disminuyó con el calor, y lo más equitativo que se le ocurrió al Gobierno fué disponer que los pobres se quedasen sin agua para que á los ricos no les faltara.

Si se hubiera redactado esta disposición, que se consumó sin promulgarse, de seguro que no habrían faltado en ella estos incisos:

Considerando: Que según muchos filósofos antiguos (cristianos en su mayoría) unos hombres nacen libres y otros esclavos, y el esclavo está obligado siempre al sacrificio por su señor.

Considerando: Que los pobres no se lavan y sólo beben vino...

El sic de cæteris, porque no hay como ser pobre para tener fama de sucio y de vicioso.

Todos los hombres de buena fe se indignaron ante atropello tan sin ejemplo y acudieron á reforzar la protesta organizada por los atropellados.

Enmedio de una plaza improvisóse una tribuna, y desde ella algunos oradores, con más sentimiento que retórica, como el caso imponía, expusieron la cuestión y aconsejaron al pueblo el camino que debía seguir.

A uno escapósele esta frase: «...Y no olviden los que así nos entregan á la muerte, que quien es yunque hoy, puede mañana ser mazo...»

Al oír la el inspector de policía, que al pie de la tribuna paseaba, ostentando ridículamente un bastoncillo de autoridad, colgado de un botón del chaleco, se precipitó para coger por su cuenta al *autor del delito*, al mismo tiempo que gritaba con rabia: «¡Suspendido el acto! ¡Dése usted preso!» De sus ojos salía fuego, le castañetecaban los dientes, y ya se acercaba con los dedos crispados al *criminal*, cuando una mano nerviosa lo detuvo sujetándolo por un brazo con extraordinario vigor; era Montenegro, que jamás faltó á estos espectáculos, y mientras paraba la acción del polizonte, hacía señas al orador para que desapareciera entre la multitud; pero en el momento en que había gritado el inspector, hasta de debajo de la tierra salieron guardias con garrotes y espadones, que rodearon á su jefe y hacían detenciones á diestro y siniestro. De los primeros que cayeron en su poder fueron Montenegro, Tarancón y Chartres.

La multitud retrocedió asustada; una cornetilla ronca dió un solo toque apenas perceptible, y un millar de revólvers se dispararon contra niños y mujeres, de los que muchos cayeron heridos por la espalda.

Media hora después, mientras en el Gobierno civil se firmaba un ascenso para el asesino, una larga cuerda de presos avanzaba silenciosa y triste desde la delegación hasta el Juzgado de guardia, en donde un magistrado, cerebro de un verdugo y brazo derecho de un polizonte,

había de zurcir una forma legal para el átropello consumado y forjar una cadena para las víctimas.

Montenegro, á obscuras en su calabozo, en horrible promiscuidad con rateros y pederastas, pudo escribir una nota, que un portero servicial, á cambio de una peseta y un cigarro puro, se encargó de llevar al teatro, en donde se sorteaba el destino de la que algunas horas antes había ofrecido sacrificarle su corazón y su vida.

LIV

Había terminado la representación.

El triunfo fué superior á todos los cálculos y esperanzas; durante más de media hora estuvo la tiple saliendo á escena para recibir el homenaje del público, que no se cansaba de rendirle aplausos.

En su cuarto no se cabía ni de pie; actores, aficionados al teatro, empresarios y periodistas formaban una masa humana, de entre cuya bulliciosa conversación, continuamente destacaban estas palabras: «Bien, muy bien, enhorabuena».

Dolores á todos sonreía y procuraba corresponder á los cumplidos; pero se advertía en ella una turbación, un ensimismamiento, una

perplejidad, que muchos, casi todos, creían efecto de las emociones que había sufrido aquella noche.

Guerrero, embriagado de alegría, se dejó caer sobre una butaca de un rincón, y no hablaba una palabra; el empresario le dijo que Dolores ganaría cincuenta pesetas diarias, á partir de aquella noche, y que la temporada duraría tres meses prorrogables, y tal emoción le produjo esta inesperada felicidad, que sólo pudo asentir con nerviosas inclinaciones de cabeza.

El barón lloraba, y con voz vacilante decía á los críticos: «Este señor es el padre de la mujer... pero yo soy... el padre de la artista».

Los tramoyistas comenzaron á apagar las luces y las *grandes señoras de la corte* desfilaban por el pasillo envueltas en mantones rotos ó zurcidos y cargadas con lios de ropa.

Dolores, Narcisa y Guerrero quedaron solos. La tiplé recorrió con la vista su cuarto para cerciorarse de que ningún extraño había quedado y comenzó á llorar amargamente; no pudiendo sofocar su impulso secreto, dijo en voz alta, sin temor á su padre:

—¡Dios mío! ¡Abandonarme de esta manera! ¡Y yo que confiaba en sus consuelos para el caso de fracasar!...

Guerrero, entre sollozos, repuso sentenciosamente:

—No ha venido... porque... está preso.

Y el padre y las dos hijas se unieron en abrazo estrechísimo.

LV

Las manecillas del reloj que corona el edificio de la cooperativa de taberneros, en la Plaza de la Moncloa, marcaban las once y media de la mañana. Junto á las puertas de la cárcel bullía un grupo abigarrado de mujeres y hombres, que con la pena como detalle común á sus rostros, esperaba que los empleados abrieran las verjas y les franquearan el paso á los locutorios.

Todos callaban, como si en lo más recóndito de sus cerebros respectivos laborara todo el espíritu para preparar los consuelos verbales que deseaban otorgar á los desdichados, que en las entrañas de hierro de la cárcel gemían las consecuencias de un acto execrable, ó esperaban anhelosos á que el rayo de la justicia hendiera el edificio de la calumnia.

Rígido, solemne, abrazado á su fusil, que parecía formar parte de su persona, paseaba entre todos el centinela, un mozalbete trigueño, de torva mirada y pómulos salientes de hombre impío; rechazaba los niños con el pie y las mujeres con la culata del fusil, y á veces, mirando al espacio, pronunciaba en voz baja palabras ininteligibles.

Apelotonados bajo la guarda de algunos car-

celeros, llegaron los presidiarios que cuidaban el jardín; hombres de rostros duros y afeitados, vestidos con mugrientos trajes grises, que cumplían las últimas semanas de una larguísima condena. Cuando pasaban junto al grupo que pretendía visitar á los presos, detúvose en la misma puerta de la cárcel un coche de punto, y de él saltó con agilidad felina una hermosa joven, rubia, gallarda, vestida con elegantísimo traje de corte inglés y tocada con un sombrero sobrio de adornos y ajustado perfectamente á su cabeza soñadora; pasó rápida por entre el grupo de presidiarios, y la lujuria reprimida de largo tiempo, incendió de pronto los ojos de aquellos hombres, para quienes la ley inhumana había decretado la pérdida temporal del sexo.

Dolores, pues ella era la que á hurtadillas de los suyos iba á visitar á su amigo del alma, dejó caer sobre los presos una mirada tierna como una caricia y empujó con sus manos enguantadas la ruda verja que cerraba el paso á la prisión. Un empleado ceñudo y adusto le ordenó que aguardara entre el grupo de los demás visitantes á que dieran la orden desde dentro, y haciendo un mohín de protesta se confundió con aquellas mujeres desgredadas y harapientas, que entre sollozos y bostezos murmuraban contra la severidad del régimen penitenciario.

—¿Por qué está el hombre de usted?—le preguntó una rubia como de treinta años, con el

rostro sucio y con los cabellos en mechones, recogidos por un pañuelo rojo.

—¡Mi hombre!—exclamó Dolores sorprendida—. Yo vengo á ver á un amigo de mi familia.

—Usted dispense... pero como cuasi todas venimos á ver á nuestros hombres... El mío está ahora de causa por cuestión de una maleta que *ganó* en la Estación del Norte.

—Y ¿lleva mucho tiempo?

—Dos meses; pero ya está acostumbrao; dende que era chico está viniendo de quincena.

—¡Que horror!

—No señora; su padre vivió lo mismo que él y llegó á los ochenta años, y mi padre, que está ahora en Ocaña, también es del oficio.

—¡Qué vergüenza! Y usted, ¿es también del oficio?

—Como si lo fuera; pero yo no tengo tiempo más que para traerle á mi hombre el avío y venir por las tardes á llamarle desde el cerro, pa que se suba á la *burra*, pór si tié que dame algún recaó pal *Baranda*.

—¿Algún compañero?

—No señora; el *Baranda* le llamamos al escribano.

En tres ó cuatro relojes sonaron las doce sucesivamente, y el empleado abrió la verja; el grupo de visitantes asaltó, atropellándose, los patios de la cárcel.

Salvaron los rastrillos y penetraron en un local enorme, que, por ventanas caladas cerca del techo, recibía una luz fatigosa y triste.

En el centro erguíanse los horribles locutorios, especie de jaulas con rejas y alambreras, al través de las que, en el fondo de un cajón sucio y obscuro, aparecían entre sombras las figuras difusas de los presos.

Quien haya leído ese libro espeluznante y hermoso de Octavio Mirabeau, que se titula *El jardín de los suplicios*, no puede menos de pensar que de allí tomó el arquitecto de la Cárcel Modelo la idea para construir los locutorios generales. Las rejas, múltiples y robustas, las espesas tinieblas y el vaho repulsivo de carne sucia, son detalles que inevitablemente recuerdan el patio primero de la cárcel china, en donde los condenados aguardan en sus jaulas el momento de matarse en la disputa de una hedionda piltrafa.

Dolores recorrió la línea de cajones barrados, buscando con avidez el rostro de su amigo, hasta que al fin lo encontró en uno de los últimos.

Montenegro no sabía quién le llamaba; cuando recibió la orden de salir al locutorio, pensó que sus amigos, Tarancón y Chartres, se habrían apresurado á ponerse á sus órdenes, salvando el riesgo inminente, de ser detenidos, en que se encontraban. Ni un momento pensó en que Dolores tuviera para con él aquella fineza, digna de gran estima. Muy de mañana pidió al ordenanza de su galería periódicos, con el único objeto de adquirir noticias sobre el *debut* de su amiga, y con la lectura se había deleitado,

apropiándose una parte de aquel triunfo. Después dejó vagar su imaginación en pos de las coplas añorantes que los presos lanzaban al viento desde las ventanas de sus celdas, y se dispuso á vivir resignado aquella epopeya de dolor que la justicia acababa de prepararle.

—¡Usted!—exclamó sorprendido al contemplar el escorzo de la tiple al través de los hierros.

—¡Yo!—¿Podía faltar acaso? ¿Le parece imprudente mi determinación?

—No, Dolores, no. He pensado mucho en usted; pero no podía suponer que mi buena suerte...

—¿A estar en la cárcel llama buena suerte?

—Si con ello merezco su sacrificio...

—Pero. ¡Cómo! ¿Ya olvida usted el imposible?

—Olvidarlo, no...; pero al fin soy hombre, y el que una mujer hermosa corra por mí estos riesgos no deja de halagarme.

—Pues no mire usted más alto; aquí sólo me traen los deberes de amistad.

—Los mismos que no supe cumplir cuando usted estaba enferma.

—Según eso, cree usted que vengo á darle una lección y no hay tal cosa; aquella cuenta está liquidada. Vengo únicamente á que me diga lo que es preciso hacer para que usted salga de la cárcel.

—Para eso... nada, Dolores; muchas gracias.

—¿Nada?

—Nada; no crea que es mi gusto estar aquí; pero sé por experiencia que á los supuestos reos de delitos políticos nos encarcelan cuando quieren y cuando quieren nos devuelven la libertad, sin que para abreviar los plazos basten influencias, recomendaciones, campañas en la prensa, ni fundamentos legales.

—¿Ha cometido usted algún delito?

—No; si lo hubiera cometido estaría en mejor situación; podría salir con una fianza; pero al no haber hecho tal cosa, debo estar aquí mientras confeccionan con toda tranquilidad los cargos que hayan de hacerme.

—Eso, si es así, es horrible.

—Horrible no, humano; para justificar el que mantenga el Estado ese número excesivo de autoridades, es preciso presentar ante la opinión una gran cantidad de delincuentes; por hilvanar las actuaciones de mi proceso ganarán sus subsistencias toda una jerarquía de curialillos, escribanos, relatores, jueces y magistrados.

•Y ¿usted se resigna?

—Como además de la autoridad tienen la fuerza.

—Y ¿por qué le han traído ahora á la cárcel?

—Todavía no lo sé; supongo que calificarán mi delito de atentado contra la autoridad; eso suelen hacer en estos casos.

—Pero ese delito debe ser muy grave.

—Si hubiera delito lo sería; pero al cabo de unos meses de tenerme aquí encerrado sobreseerán mi causa declarándome inocente.

—Y ¿quién le indemniza de estos perjuicios?

—¡Indemnizar! Nadie, Dolores, nadie. Se cuidarán más de obligarme, haciéndome ver que me han hecho el favor de perdonar el delito que no he cometido.

—¿De modo que ni yo ni los míos podemos hacer nada por usted?

—Usted, sí, puede hacer mucho: repetir estas visitas consoladoras; traerme noticia de sus triunfos; inundar para mí de luz estas odiosas lobrequeces; ayudar á mi pensamiento, que en vano lucha por romper estos muros y estas rejas, para volar á la vida, de la que hoy me arrancó violentamente.

—¡Mis triunfos! ¿Para qué quiero triunfar? Además, yo nunca triunfaré; mi corazón no se interesa en mi lucha.

—Pues anoche debió usted salir muy satisfecha del teatro.

—Sí... me aplaudieron mucho, me llamaron muchas veces á escena, me dedicaron los elogios más exagerados; pero cuando llegué á mi casa, mis ojos estaban llenos de lágrimas.

Montenegro calló; Dolores quedó un momento pensativa, como si se arrepintiera de haber dejado escapar una confidencia comprometedora, y cuando el preso disponíase á recomenzar el diálogo, sonaron dentro dos palmadas, indicadoras de que habían terminado los veinte minutos de comunicación.

Entre las sombras de la cárcel se desvaneció la figura de Montenegro, y Dolores, con el

rostro deformado por una mueca de angustia, se confundió de nuevo con el triste enjambre humano que se desparramaba por aquellos pasillos macabros, mascullando blasfemias y ahogando sollozos.

LVI

La hermosa tiple sintió un momento la necesidad de comunicar con la Naturaleza, vestida de luz, las ansias de su corazón; de buscar un piadoso rayo de sol que deshiciera el torbellino de su melancolía.

Cuando salió de la cárcel, dejóse atraer por la Moncloa, cuyos árboles mustios se inclinaban como para dialogar con las florecillas agostadas, buscando así consuelos contra el azote invernal, que á flote de unas nubecillas blancas anunciábase en el horizonte.

—¡Qué desgracia!—pensaba—. Yo no llevo á comprender á este hombre. Creo que me quiere y mi cariño no le inspira ninguna determinación osada. Lo peor de todo es que yo no acierto á vivir sin él. Hoy mi situación está resuelta, mi triunfo ha sido superior á mis cálculos, en todas partes escucho aplausos y alabanzas y mi gloria es un tormento más, porque no puedo compartirla con él.

Sobre este tema seguía discutiendo interiormente hasta perderse en un laberinto de razo-

nes y propósitos, convergentes todos en la idea de hacer suyo aquel hombre rebelde. A veces determinaba no volverle á ver, no pensar en él, arrancarlo violentamente de su imaginación y curar sus heridas con el bálsamo de otro amor nuevo; entonces tendía su vista sobre la turba de hombres que habían deslizado en sus oídos palabras de cariño, analizaba todas sus cualidades y poco á poco los iba descartando hasta desdeñar á todos. Después de estas sombrías divagaciones, caía en una tristeza agobiadora, miraba con rabia en torno suyo, como si maldijera contra el mundo y daba rienda suelta á sus lágrimas, comprimidas con tenacidad de mujer orgullosa.

Cuando su imaginación se cansaba de vagar por aquel bosque sombrío, entre cuyo follaje el amor asomaba para ella un momento su faz, radiante y deslumbradora y desaparecía después, dejando sólo como huella de su presencia una carcajada burlona, entregaba á la razón el imperio de su yo. Su razón era fuerte, sólida, poderosa, y en un momento preparaba contra todos los obstáculos que se oponían á su felicidad toda una batería de razones, dignas, por su consistencia, de uno de los cerebros masculinos mejor organizados.

La mujer, pensaba, no tiene valor estático, sino dinámico, y la esfera de aplicación de esta fuerza es el amor; hay mujeres afectivas y mujeres decorativas; pero las verdaderas mujeres no deben encasillarse en esta última categoría;

como elemento decorativo, jamás la mujer competirá ventajosamente con la escultura ó el cuadro. La mujer afectiva es la única que tiene verdadera misión en el mundo; pero el afecto retenido, conservado en potencialidad, es algo así como el oro que vive en el corazón de la mina sin beneficiar á la humanidad, ó como la condecoración, que, mientras la guarda el tendero en sus estanterías, ningún valor tiene, y en cambio lo adquiere de pronto, cuando un hombre la ciñe á sus hombros ó la cuelga de sus solapas.

De estas consideraciones deducía la necesidad de romper con aquella vida de monotonía y tristeza, de buscar el valor verdadero de sus encantos que deseaba vender á precio de amor, de amor verdadero, de amor firme, como el que pensaba haber encontrado en el corazón de Montenegro, cuando no sabía que un maldito imposible, maldito mil veces, había levantado entre los dos una muralla.

Pero, ¿acaso no era su corazón un ariete bastante robusto para demolerla?

Dolores creía en la omnipotencia del amor y estaba segura de que Montenegro la quería con verdadera pasión y sólo sus preocupaciones caballerescas le hacían pensar en el concepto artificioso que la sociedad tiene del honor femenino y en la indisolubilidad legal de una unión rota de hecho para siempre.

¡Si yo encontrara un medio de obligarle! —pensó—. Y en seguida se le ocurrió la idea de

ir á ver al juez que había decretado su prisión, hablarle con las razones más fuertes que se le ocurrieran en aquel momento y luchar contra sus negativas obstinadamente, hasta que de él alcanzara una victoria decisiva; entonces Montenegro le debería la libertad, y ésta consideración pesaría sobre él lo suficiente para colocarlo á sus órdenes.

Con este pensamiento volvió sobre sus pasos, montó en el primer coche que encontró dispuesto, y media hora después se apeaba frente á la Casa de Canónigos.

LVII

En la puerta del edificio un grupo de hombres vestidos de negro y ceñidos los cuellos por corbatazas pasadas de moda, discutían poniendo en la conversación palabras que parecían de un idioma extraño: Hablaban de *absolver posiciones*, de *providencias interlocutorias*, de procesos *conclusos*, de *personarse*, de recursos de *casación* y de otras mil cosas capaces de plegar la frente del académico de carácter más flexible.

Dolores oyó con asombro algunas de aquellas palabras extrañas y pasó por entre el grupo sin detenerse.

Subió rápidamente la media docena de escalones, que dan acceso al laberinto de pasillos

que comunican con las escribanías y dirigióse á dos alguaciles que, con la gorra encasquetada hasta las cejas, dormitaban chupando indolentemente sendos cigarros puros.

—¿Por quién pregunta usted?—dijo uno de ellos sin levantarse.

—Quisiera ver al juez que tiene la causa de D. Francisco Montenegro.

—Montenegro... ese es uno jovenzuelo, que está por perturbador y sedutor de las masas en un metín; ¿le toca á usted algo, joven?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Que si tié usted algo con él?

—Quiero saber en dónde está el señor juez que interviene en su asunto.

—¡Apaño está ese charraorcillo! Nosotros tenemos el asunto. ¿Quié usted dir á la escribanía?

—Sí, señor.

—Pos güeno: tire usted primero tó seguido y después se tuerce usted pa la derecha y se mete por la segunda puerta.

Dolores, disgustada, siguió la dirección ambigua que le indicara el alguacil, y al abrir la mampara, encontróse en una habitación reducida, que, por angosta ventana, recibía de un patio luz cansada y polvorienta.

En rústicas estanterías adosadas á las paredes, sobre las sillas, sobre las cuatro mesas que casi llenaban el espacio de aquella pieza, y sobre el suelo, en pilas y montones, había innumerables legajos de papeles atados con balduque rojo.

Con la cabeza apoyada sobre una de las mesas, dormía plácidamente un hombre como de cincuenta años; en otra, un mozalvete hablaba en voz baja con una mujer de mejillas pintadas, entre cuya cabellera artificiosamente rubia, brillaban infinidad de peinecillos con pedrería falsa. En otra de las mesas, dos niños jugaban al tute con una baraja mugrienta, y en la última, un joven con indumentaria de chulo y ademanes de señorito, entreteníase en mezclar y repartir equitativamente el café, la leche y el azúcar, que un camarero acababa de comportar en brillante bandeja de metal blanco.

Dolores saludó á este último con una inclinación de cabeza ceremoniosa y discreta; contestó él con una mirada fija de hombre desvanecido por la contemplación de una maravilla inesperada, y después de un instante de silencio, en el que la tiple con gran esfuerzo contuvo una sonrisa de triunfo, dijo el curial, infatuado y enfático:

—¿Qué desea ustez, señora?

—¿Es aquí en donde está la causa de don Francisco Montenegro?

—Sí, señora, nosotros la tenemos; causa por atentado á la autoridad, gritos subversivos, manifestación ilegal, rebelión y sedición. ¿Se interesa ustez por ese prójimo?

—Y... ¿es preciso que usted sepa...?—dijo Dolores dejando caer sobre el joven una mirada de rabia.

—Lo digo porque está liao pa un rato.

—¿Quiere hacer el favor de anunciarme al señor juez?

—¡A su señoría! ¡Buenas las gasta! Y, ¿para qué quiere usted ver al juez?

—¿También es preciso que á usted se lo diga?

—Mal genio gasta usted. Parece mentira que con esa cara...

Dolores se impuso con un gesto de silencio, y luego insistió con una firmeza impositiva.

—¿Quiere usted decir á su señoría que una señorita desea hablarle?

—Se lo diré; pero me paice que... naranjas... Venga usted conmigo.

Salieron los dos de la escribanía, subieron por una escalera estrecha y oscura y entraron en un amplio pasillo que servía de antesala al despacho del juez. El curial ordenó á Dolores que aguardara en la puerta mientras él pasaba recado, y al cabo de unos minutos salió, y levantando una colgadura hizo á Dolores un gesto indicador de que su señoría consentía en recibirla.

Era el juez un hombrecillo pequeño, delgado, rubio, con los ojos azules, la nariz aguileña y la barba rizada, recortada en la misma forma que el Cristo de los cromos baratos. Vestía un traje de americana, cortado con arreglo á las más nimias exquisiteces de la moda, y el color ceniciento del traje contrastaba violentamente con el rojo de fuego de su corbata hinchada y abundante.

Hizo sentar á Dolores en un antiguo sofá tapizado de damasco verde, calóse con unción litúrgica unos lentes montados en oro, tomó asiento solemnemente en un estrado raquítico adosado á la pared frontera de la puerta, y en tono magistral dijo á su visitante:

—Puede usted hablar, señorita; soy todo oídos.

—Me han dicho—comenzó Dolores con acento vacilante—que usía es el juez que instruye el proceso contra D. Francisco Montenegro.

—Yo soy; pero no me llame usía, que esos vocablos rituales no se han hecho para que los pronuncien labios femeninos.

—Y... ¿es muy grave el delito de ese muchacho?

—Señorita... si el juez, al ser juez, dejase de ser hombre, contestaría que el secreto del sumario me impide pronunciar sobre este asunto una sola palabra; pero el hombre, que yo no he podido absorber, se debe á la galantería, y en virtud de esta virtud, voy á hablar aun cuando sea para dar á usted noticias muy desagradables.

—Siempre serán noticias por las que le deberé agradecimiento.

—El llamado Montenegro, tiene una historia lamentable; trátase de un hombre sin temor de Dios, que renunció á sus deberes de cristiano, y á su alma le falta, por tanto, ese freno insustituible de la religión.

Consta de los antecedentes que me ha remi-

tido el alcalde de barrio, que se acuesta todas las noches después de las once, que es suscriptor de *El País* y el *Heraldo* y lee algunas veces *El Motín*; nunca le han visto cumplir con la Iglesia, y cuando se despide de las personas dice *abur ó salud*, resistiéndose siempre á decir como los hombres formales *adiós ó Dios os guarde*.

—Señor juez...—le interrumpió Dolores tímidamente—Conozco su manera de ser y le agradecería me dijera únicamente si su delito es grave y si tardará mucho tiempo en salir de la cárcel.

—Es hombre de malísimas costumbres: fuma tabaco de veintitrés céntimos, pasea en la Puerta del Sol por la *acera revolucionaria* y... rubor me dá el tenérselo que decir á una señorita: una noche lo han visto ¡en la cuarta de Apolo!

Un rubor intenso invadió súbitamente el rostro de Dolores; después brilló en sus ojos un relámpago de ira y levantándose rápidamente murmuró:

—Señor juez, he tenido mucho gusto...

—Escúcheme usted, señora, que voy en breve á satisfacer su deseo — continuó inmutable el funcionario—. El llamado Montenegro es un perturbador, uno de esos jóvenes aturdidos que luchan por hacerse aureola de hombres terribles, para venderse después á buen precio. Su delito ahora no es grave; acaso resulte del sumario que no ha cometido delito alguno, pero

es preciso sentarles la mano; la higiene de su alma exige que todós los años le hagamos pasar en la cárcel una buena temporada, y yo confío en que, por este procedimiento, lograremos inculcarle esa santa mansedumbre que hace á los hombres aptos para el servicio de Dios en la tierra y les garantiza para después de la muerte un sitio en la mansión de los bienaventurados.

—Yo ignoraba que ustedes, los jueces, tuvieran también la misión de convertir infieles—repuso Dolores valientemente.

— Los jueces, como todos los funcionarios rectos, estamos al servicio de Dios y de nuestra Santa Madre Iglesia, y me sorprende, señorita, que usted no apruebe mis propósitos; sin duda sus ideas son demasiado libres.

—Mis ideas, son ideas de mujer, y al hombre no absorbido por la autoridad le pido respeto para ellas.

—No, hija mía, no se enfade porque le haga estas consideraciones de alta moral; por de pronto le aconsejo, nada más que aconsejar ¿eh? que se confiese y purifique su alma con la penitencia.

—Puede usted hasta mandármelo; no he de resentirme por eso; pero, al menos, déjeme libertad para elegir un confesor de mi confianza.

El juez calló amoscado; la muchacha, como si temiera haberle ofendido con su discreto reproche, le preguntó, procurando dar á su voz una inflexión tierna y amable.

—¿Va usted á tenerle preso mucho tiempo?

—No lo sé, hija mía; en estos asuntos de carácter político, los jueces no podemos hacer sino lo que nos mandan los gobiernos; creo que será cosa de tres ó cuatro meses.

—¡Tres ó cuatro meses!

—¿Le parece á usted mucho?

—Póngase en el caso del pobre Montenegro, señor juez.

—Señorita... yo soy un hombre piadoso, un cristiano militante que cumple todos sus deberes y tiene la conciencia más pura que el ambiente de las montañas.

—Pues á mi juicio, el tener á un hombre en la cárcel tres ó cuatro meses, cuando no ha cometido delito, debiera gravar la conciencia del juez.

—Todo lo contrario, señorita. Nada más meritorio que combatir á los enemigos del Señor.

—Y ¿no es más meritorio perdonarlos?

—El Altísimo los perdonará, porque puede, si se arrepienten en *tiempo y forma*. Nosotros cumplimos nuestra misión como soldados de la Iglesia,

—Y ¿autoriza la ley estas cosas?

—¡La ley! Señorita... usted no sabe lo que es la ley; bástele saber que, como obra humana, tiene considerables defectos, y nosotros, los que recibimos al ejercer nuestro cargo la luz divina, somos los llamados á corregir la ley, cuando, como en este caso, lo exija la conciencia. Yo he leído, además, en un autor francés que

la ley es atea, y desde entonces huyo de su contacto abominable, nefando y estigmatizante. ¡Cómo he de juzgar yo en virtud de leyes ateas, cuando no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad divina!

—De modo que ninguna esperanza me da usted de que ese desdichado recobre su libertad...

—Créame que lo siento mucho... pero se trata de un réprobo, de un hombre funesto, de un impío... *anatema, anatematis, vinculum subyaceat*...

Dolores despidióse, inclinando reverente su graciosa cabecita rubia y salió con los ojos preñados de lágrimas.

Al cruzar aquellos pasillos sombríos, llenos de hombres discutidores y parlanchines, le pareció que en pos de ella corrían sombras y espectros, dormidos allí desde los tiempos inquisitoriales.

LVIII

Cuando llegó Dolores á su casa, encontró á toda su familia alarmada por su tardanza; su padre había recorrido todo Madrid, inútilmente, en busca suya. Con un mohín de disgusto rechazó toda una nube de preguntas que comenzaban á dirigirle, y cediendo á molestísimas instancias de todos, comió trabajosamente

algunos fiambres que Guerrero se encargó de ir á comprar.

Después recordó con pesadumbre que era la hora del ensayo y, acompañada de su padre, salió sin despedirse de su madre ni su hermana.

Para Guerrero no pasó inadvertido el disgusto de su hija, y así que se vieron en la calle, revistióse con toda la autoridad paterna compatible con el respeto que la *posición social* de su hija le inspiraba y atrevióse á investigar lo que á Dolores le sucedía.

—Mira, niña—le dijo con acento resuelto—; tu mejor amigo, tu mejor novio, tu mejor tío en el mundo, tié que ser tu padre, de modo que ya me estás diciendo lo que te pasa, para ver si tié remedio.

—Y ¿de dónde sacas tú que me pasa algo?

—¡Si te se vé en la cara! Me quedarás decir que estás contenta, cuando yo te veo de penar y siento el tronío de la tormenta que yevas dentro é la cabeza.

—¿Por qué no has ido á ver á Montenegro?

—¡Ya pareció el peine!

—¿No lo tienes tú por nuestro mejor amigo?

—Sí... pero...

—Pero ¿qué?..

—Que tengo la mosca en la oreja y me pae-se que tú t'has empeñado en ser nuestra des-grasia.

—¡Vuestra desgracia! ¡Qué barbaridad! ¿Acaso no le debo agradecimiento?

—Sí; pero na más.

—Y, ¿no estamos todos nosotros obligados á hacer lo posible porque lo saquen de la cárcel?

—Eso es cosa mía.

—¡Cosa tuya! ¿Qué vas á hacer?

—Lo que haga falta, declarar, buscarle una fianza... tó lo que él quiera.

—Y ¿si nada de eso es suficiente?

—Contra fuerza mayor...

—Eso es. ¡Me gusta tu tranquilidad!... Si yo fuera hombre...

—Y ¿qué sabes tú de esas cosas? Qué harías tú? ¿Qué quieres que haga yo? Dímelo, habla...

—Sacarlo de allí, si no por buenas, por malas.

—Con la justicia y con la inquisición, chitón.

—Eso, y mientras tanto que atropellen al que les dé la gana.

—Pero, ¿qué quieres que haga yo?

—Ya te lo he dicho.

—Bueno; pues iré á ver al juez y al escribano, y si la cosa se pué arreglá con dies duros ú con veinte, manque zea los robo.

—Ese no es buen camino; mientras no cojas al juez de las solapas y le metas el resuello en el cuerpo, no conseguirás nada.

—¿Sabes lo que te dices?

—Lo sé.

—Pues si hago eso, además de no soltarle á él, me encierran á mí. En la Casa é Canónigos se arregla tó con dinero contante.

—Todo no; ya verás como este asunto no se arregla con dinero.

—Pero... ¿quién t'ha enterao á tí d'esas cosas?

—Cuando se tiene interés verdadero por una persona, nunca falta quién entere de todo lo que se relaciona con ella.

—Interés verdadero...; ese hombre va á ser nuestra perdición.

—Y ¿á qué llamas tú nuestra perdición?

—Ya te lo he dicho muchas veces; Montenegro es casao y no tiés que echarte cuentas con él para nada.

—Luego tú opinas que el matrimonio es un impedimento para la amistad... y me lo dices tú, que rompiste el matrimonio cuando te dió la gana...

—¡Dolores! ¡Calla! ¡Calla!... Soy tu padre y no quiero oírte hablar de ciertas cosas.

—Lo que te digo es que si no consigues sacar á ese hombre de la cárcel, no cuentes para nada con tu hija.

—Mi hija hará todo lo que á su padre se le antoje.

—¡Cómo! ¿Ya sientas plaza de padre de la tiple? No, no, cambia de camino y procura obtener de mí por buenas todo lo que quieras; yo soy tu hija para ayudarte en todo lo que necesites y yo pueda, para que goces de mis triunfos, para que con lo que yo gane tengas una vida cómoda en desquite de las amarguras pasadas, y tú eres mi padre para que me ayudes en todo lo que yo te pida, con ó sin arreglo á preocupaciones sociales...

—Y para evitar el que te desgracies.

—Según lo que tú entiendas por desgraciarme; ahora todo lo que necesito de ti es que me saques á ese hombre de la cárcel.

—Pero... ¡si yo no tengo poder para eso!

—¡Cobarde!

—Dolores... que soy tu padre y no te consiento que me insultes.

—Basta; no discutamos. Recuerda lo que te he dicho y haz todo lo que sea preciso para que yo logre mi deseo.

—Lo haré; pero antes tengo yo que saber algunas cosas y quiero que me contestes con la verdad. ¿Tú tienes algo con ese hombre?

—Es nuestro mejor amigo.

—¿Nada más?

—Por ahora, nada más; con el tiempo, no sé lo que llegará á haber entre él y yo.

—Pero, ¿él no t'bablao nunca d'amoríos?

—Todo lo contrario.

—Y si te hablara, ¿qué le dirías?

—No lo sé.

—¡Mira hija que la honra de las mujeres es una cosa mu delicá...

—Eso ya me lo has dicho muchas veces y lo he aprendido de memoria; sé lo que vale la honra y lo que vale la felicidad; la honra sirve para ciertas cosas y estorba para otras; pero la felicidad, en cambio, es siempre la mejor compañía.

Llegaron al teatro; Dolores, consolada por la promesa de su padre; Guerrero, preocupado

con las teorías alarmantes de su hija. En el frontispicio les esperaba aquel tenorcillo catalán, de mirada aviesa y dura, con la cara afeitada de camarero, que con tanta desgracia cantara en casa del barón aquella tarde memorable. Estaba elegantemente vestido de negro, llevaba los dedos cuajados de sortijas, y en su corbata brillaba una purísima esmeralda engarzada en oro.

En cuanto vió á Dolores, corrió presuroso á estrechar su mano, y cambió con Guerrero un abrazo de entusiasmo.

—¡Enhorabuena!—gritó—. Por supuesto... el triunfo de usted lo tenía yo descontado.

—¡Qué sorpresa tan agradable!—murmuró Dolores con afectación.

—Pues sepa usted, además, que acaban de contratarme en este teatro y creo que cantaremos juntos algunas obras.

—Dolores hizo un mohín de disgusto; pero no le faltó tino para aderezar una frase de cumplido, y como apremiaba la hora, internóse rápida por los pasillos del teatro, dejando á los dos hombres en actitud de celebrar el encuentro con una botella de cerveza, en busca de la cual se dirigieron al café más próximo.

LIX

—¡Qué contento estará usted, amigo mío!—
dijo el tenor, dando á Guerrero una palmadita
en la espalda.

—Sí; la chica empieza bien, pero...

—¿Pero qué? ¿Querían ustedes que ya la llaman por telégrafo desde la *Scala* de Milán?

—No; no es eso... es... que s'ha enamoricao d'un hombre que no la trae cuenta.

—Eso hacen todas, pero luego se casan con quien les conviene. Si así no fuera, los que no hemos nacido guapos ni buenos mozos, tendríamos que suicidarnos.

—Usted no conoce á mi Dolores, ni sabe como está. Yo le quiero á él maz que á mi zangre; pero cuando pienso que va zé mi perdisión, me dan ganas de mascarle la nues.

—¿Tan malo es ese hombre?

—Malo, no... es casao.

—Y Dolores ¿le quiere?

—Ahora eztá ér en la cárcel; y figúrese usted si le quedrá, que m'ha dicho que si no lo saco hi dejao de ser su padre.

—¿En la cárcel dice usted?

—Sí, pero está por cuestión política, no se vaya usté á figúrar que es argún *randa*.

—¡Qué lástima de chica!

—¡Si él no fuá casao!

—En el teatro cambian las mujeres de manera de ser; viven en un mundo engañoso, de pasiones ensayadas, árboles de cartón y brillantes de vidrio, y ésto las lleva á pensar que toda la vida es así, con lo cual se vuelven ex-cépticas y no hacen más que lo que les conviene.

—¡Qué anger que tuviá osté en la boca!

—Si á mí me acompañara un poco el físico, yo mismo me comprometía á hacer el milagro.

Guerrero arrojó sobre el tenorcillo una mirada injuriante como un salivazo; la idea de que aquél hombre pudiera un día ser el marido de Dolores, le produjo indignación; después intentó suavizar con la sátira los efectos de su insulto mudo y le dijo sonriente:

—¡Ozté! ¿Ande iba ozté á dir con eya, hombre? ¡Si paese ozté á su lao una chica é servesa!

—Ya he dicho que si el físico me acompañara —repuso el tenorcillo mordiéndose los labios.

Callaron los dos; para Guerrero constituían una verdadera obsesión los amores de su hija con Paco Montenegro; el tenorcillo, con el entrejejo plegado, hacía trabajosamente la digestión de las injurias que le había dirigido el padre de la tiple.

Tal vez hasta entonces, ni un momento pensó en conquistar el cariño de Dolores, á la que creía orgullosa de sus encantos femeninos y sus facultades artísticas; pero ante aquella punzada brutal, inferida en la parte más sensible de

su amor propio, disponíase á salvar de un salto los abismos de la distancia y subyugarla aun á costa de los mayores esfuerzos. De pronto, resolvió comenzar una campaña de sacrificios, deslumbrar sus ojos con las mayores proezas y quebrantar el yunque de su corazón con el martillo de la constancia.

Dolores es artista—pensó—, y en mi terreno yo haré maravillas que concluyan por fanatizarla. Encadenó á esta idea todo su espíritu y despidiéndose friamente de Guerrero, marchó precipitado al escenario, en donde Dolores ensayaba con los demás artistas de la compañía.

—Maestro—dijo al director de orquesta, asiendo por los cabellos la primera oportunidad—, no estoy muy seguro de mis facultades y si usted fuera tan complaciente... repasaríamos algunos números de *Marina*.

—¿Con quién va usted á cantar la obra?—preguntó el maestro.

—Con Dolores, si ella consiente.

Dolores sintió halagada su vanidad de artista y no puso inconvenientes; colocó el director la partitura sobre el atril, empuñó la batuta y al momento, el tenorcillo, salió de la última caja, hasta donde había retrocedido para ponerse en situación, estirándose los puños de la camisa y cantando todo lo mejor que supo el conocido saludo:

Costas las de Levante,
playas las de Lloret...

Su voz respondió en aquella ocasión al deseo

más vehemente de su alma, y al terminar la sonora estrofa, sus compañeros le hicieron una ovación apasionada que él saboreó con delicia, porque Dolores, entusiasmada sinceramente, batió palmas como todos y no contenta con esto corrió á estrechar su mano.

—*Marina* está bién, maestro—dijo el tenorcillo triunfante—; si tuviera usted la bondad de que pasáramos el dúo de *La Dolores*...

—¿Usted quiere?, señorita Guerrero—preguntó el músico.

—Bueno, sí—repuso Dolores con indiferencia.

Y cantaron el dúo. Al principio, contrastaba desagradablemente la frialdad de Dolores con la pasión de que el tenor vestía sus palabras; pero después comunicóse á ella el fuego del entusiasmo, á cuyos fulgores despertó su corazón de artista, y los dos emitían las hermosas frases musicales, como si en aquel momento nacieran en sus pechos y con ellas expresaran ingenuamente una pasión amorosa, jamás sujeta á la tiranía del pentagrama. El joven, emocionado y nervioso, posaba sobre ella una mirada fascinadora, estrechábale las manos fuertemente, y en sus arrebatos las ponía sobre su pecho para que la hermosa tiple recibiera la sensación de aquella tempestad interna en la que á impulsos del amor propio se agitaban con furia de huracanes los vientos del deseo, imprimiendo vértigo á la veleta del arte. Dolores, fanatizada un momento por el ideal de la mú-

sica sublime á que había consagrado su vida, rompió sin darse cuenta con todas sus preocupaciones mundanas, elevóse hasta el cénit occe-lado de su fantasía, y con paso igual siguió á su amante por la región encantada de los arpegios, los trinos y las cadencias fascinadoras. Pareciale, que los dos, transformados en dioses, cruzaban un paraíso empíreo, en el que acariciaban sus frentes ardorosas suavísimas nubes de perfumes exquisitos; la brisa más dulce, arrancaba de las arpas eólicas embriagadores acordes de triunfo; mil soles arrojaban sobre sus ojos torrentes de luz deleitosa y plácida, y en torno suyo, pléyades de diosas vestidas de blancos cendales y coronadas de rosas frescas, contoneaban su cintura, ceñida por aros de plata, en las danzas más fantásticas y extrañas.

La caída desde aquel firmamento fué abrumadora, terrible. Cuando bajó Dolores los ojos á la tierra, encontró á su lado aquel hombrecillo enteco, de rostro ingrato y duro, y su frente se inundó de rubor; con timidez infantil, se avergonzaba de visitar aquellas excelsas regiones con una compañía tan antiestética. Recordó súbitamente á Montenegro, y huyendo de las felicitaciones que le prodigaban sus compañeros, se refugió en la obscuridad para derramar una lágrima en memoria del preso.

Cuando hubo recobrado la calma, pensó: Este hombre canta divinamente... pero no es un hombre... si Montenegro cantara... ¡Qué desagradable es esto de que nuestro ideal apa-

rezca en fragmentos que no se puedan juntar con arreglo á nuestro deseo... yo, con estos dos hombres, haría uno... el más hermoso, el más apreciable de todo el mundo... porque... la verdad, á quien sabe cantar de esa manera... pero no, no... ¡Qué disparate!... ¿Adónde voy yo con un hombre *de bolsillo*?

Guerrero, mientras tanto, arrellanado en una butaca de las últimas filas y perdido en la penumbra, decía mordiéndose el bigote:

—No he debido tratarlo tan mal... si tuviera habilidá pa quitarle á Montenegro de la caeza... y luego, ¡vaya un zuerdo que iban á rejuntá entre los dos, con lo que ze canta eze monigote é ferial!...

Después los vió salir juntos del ensayo, y avergonzado en parte por sus inventivas injustas, y en parte halagado por su esperanza remota, los dejó ir solos para ver si la conversación les servía para reducir las distancias.

LX

—¡Ca-su-lle-res! ¡Jesús qué apellido más raro! No concibo que un artista, y mucho menos un tenor, se llame Casulleres.

—Es un apellido catalán como tantos otros; además, ya sabe usted que el nombre no hace la cosa.

—Ni el hábito al fraile... pero convenga us-

ted conmigo en que el hábito y el nombre ayudan; Casulleres es un nombre muy bonito para la muestra de un comercio: *Casulleres y compañía, Hijos ó sobrinos ó sucesores de Casulleres*; pero un cartel de teatro que diga, por ejemplo: *Rodolfo, Sr. Casulleres. Leonardo, Sr. Casulleres. El marqués, Sr. Casulleres. El capitán, Sr. Casulleres*, francamente, hace reir hasta dislocarse las mandíbulas.

—Y quiere usted que renuncie á mi apellido familiar.

—De ningún modo; conserve usted cuidadosamente el blasón y la ejecutoria de los Casulleres.

—¡Qué cruel es usted conmigo, Dolores!

—¿Yo cruel? ¿Encontrar antiestético su apellido es una crueldad?

—Usted sabe que yo quisiera reunir las condiciones necesarias para merecer su simpatía.

—Para eso no hace falta llamarse como los héroes ni como los genios.

—Pero si mi apellido, á juicio de usted, me pone en ridículo...

—Cámbielo por otro; ¿cómo se llamaba su madre?

—Puchebrenes.

—¡Qué barbaridad!

—¿Tampoco le gusta?

—¿Cómo ha de gustarme?

—Usaré sólo mi nombre de pila: Ginés.

—Ahí tiene usted. Ese nombre me hace mucha gracia; Ginés. ¡Ya lo creo!

—Es bonito, ¿verdad?

—Muy bonito, muy poético... verá usted qué bien suena: Mi adorado Ginés... Ginés, en mi corazón llevo grabado tu nombre... ¡Ginés de mi alma!...

—Basta, basta por Dios, amiga mía. ¡Me está usted matando! ¡Qué afán de mirarme con los anteojos de lo grotesco!... ¡Y yo que me haría matar por usted!

—¡Oh, no piense usted en eso! El sacrificio sería por completo estéril. Yo, nunca, nunca diría: «Por mí murió de amores Ginés Casulleres y Puchebrenes». Viva, viva usted amigo mío, y olvide estas bromas; yo tengo mi corazón como todas las mujeres y no es difícil que, á pesar de todo, pueda usted llegar á conmovirlo.

—¡Como todas las mujeres! No, si es así, no puedo tener esperanza. Todas las mujeres prefieren á los buenos mozos aun cuando en ellos sean negativas todas las condiciones intelectuales y morales. Para que llegara usted á quererme, sería preciso que en su cuerpo hermoso vinieran á encarnar un momento el espíritu de Laïs ó el de mademoiselle Gauzzin, la famosa comedianta francesa.

—No conozco á ninguna de esas dos apreciables señoras, así que no sé qué he de hacer para imitarlas.

—Laïs, compadecida de Diógenes Laertio, aquél miserable filósofo que, colgado al cuello un rosario de peras, rodaba su tonel parodian-

do la actividad con que se preparaban para la guerra sus compatriotas, pensó un momento que las mejillas de aquél hombre, plegadas por la miseria y curtidas por la intemperie, jamás habrían recibido la caricia de unos labios femeninos ungidos por el bálsamo delicioso de la pasión sexual; fué al filósofo y sin otra merced que la de su agradecimiento, le ofreció el tesoro infinito de sus gracias. La historia se ha encargado de pagar á Laïs este rasgo sublime de su corazón afectivo y noble.

—Diógenes ha muerto sin sucesión, amigo mío, y así yo no puedo seguir los pasos de Laïs.

—El rasgo de la Gauzzin es todavía más hermoso. Tuvo noticia de que á su aguador le había inspirado una pasión intensa, tan intensa, que por su efecto cayó el pobre hombre gravemente enfermo; conmovida, le envió una carta diciéndole que cesaran sus ansias, pues tan pronto como recuperara su salud vería logrados sus deseos. La comedianta cumplió su palabra y cuando se lo reprocharon sus amigas, contestó ingenuamente: «¡Me cuesta hacerle feliz tan poco trabajo!...»

—Confieso que son conmovedoras esas dos anécdotas, pero para determinaciones de ese género, hace falta tener una firma que yo no tengo, ni por ahora aspiro á tener.

—Tampoco yo solicito el sacrificio supremo; sólo pido... una limosna de cariño para este pobre Diógenes, combatido por todas las desdichas humanas; para este pobre aguador;

empequeñecido por su figura y su nombre.

—No, Ginés, no; yo no le veo tan pequeño como usted se figura.

—Sé lo poco que merezco por mi físico.

—Pero, en cambio, es usted un artista de verdadero mérito y por ello tiene todas mis simpatías.

—¡Ah, si yo pudiera lograr que el artista compartiera con el hombre esa fortuna!

—Y como hombre no me es usted antipático.

—¿De veras?

—Con estas cosas tan serias no me gusta jugar.

—¡Qué feliz soy! Paciencia y veamos si Alarcón el clásico, no se equivocó cuando dijo:

Principio es de querer bien,
el dejar de querer mal;

ya que á su consejo me atengo para solicitar de usted lo que considero inasequible; con el mismo autor considero que

una cosa es alcanzar
y otra cosa es merecer.

—Pero de mí, sin merecerlo antes, nada conseguirá usted.

—Pues bien, mereceré por mi cariño, por mi constancia, por mis sacrificios, todo lo que no merezco por mi figura.

—No crea usted que la figura es lo que inspira el amor verdadero; el carácter de la mujer es tan ductil que á todo se acostumbra, y sin esfuerzo llega á familiarizarse hasta con lo

monstruoso y lo antiestético. Ya ve usted... el corsé odioso y molesto, nos ha hecho olvidar la túnica griega, graciosa y elegante.

—¡Qué dulce es la esperanza!... Y ¿no será en usted otro rasgo de crueldad el hacerme soñar de esa manera?

—¡Qué suspicacial!... Usted debe de ser terrible para marido.

—Terrible... no... Soy como todos los hombres que quieren mucho.

—Sí, ya lo sé; en el nombre santo del cariño muchos hombres atormentan á las mujeres, como los jueces atormentan á los hombres en el nombre santo de la justicia.

—Deje usted á un lado esos negros pensamientos; hablemos de nuestro amor, de nuestra felicidad, de nosotros mismos...

—No vaya usted tan lejos; todavía no le he prometido nada.

—Es verdad; mi corazón me engaña. Usted nunca me querrá como yo deseo.

—Tampoco debe usted decir eso; pida socorro al tiempo...

—Sí, sí, Dolores de mi alma...; el tiempo es padre del éxito; pero yo no puedo vivir en esta ansiedad destructora; pongamos un plazo; tenga usted por hecha mi declaración más solemne, tómese un plazo para estudiar mi corazón, que desde ahora está descubierto ante sus ojos y al cabo de este plazo contésteme, dicte usted el decreto de mi felicidad ó de mi desgracia.

—No hay para qué fijar plazo; podría ser éste

de toda la vida y morir usted de viejo sin haber encontrado una ocasión de mostrarme sus sentimientos; podría ser de un año y quedar yo convencida á las dos horas, con lo cual pesaría sobre mí un año menos dos horas de martirio.

—Tiene usted razón, Dolores, tiene usted razón...; pero ¿cómo he de vivir yo en esta incertidumbre?

—Y viviendo á mi lado, ¿no conocerá usted el momento desde el cual mi afecto comience á pertenecerle?

Habían llegado á la casa de Dolores; el tenorillo, puesto en gran perplejidad por aquella última pregunta, miró fijamente á su amada, estrechó una de sus manos entre las dos suyas y dejó escapar un suspiro de fuego que abrasó las mejillas de la joven, quien, sonriente, subió rápida la escalera.

De todo corazón se alegraba de haber hecho feliz un momento—como Laïs y la Gauzzín—á un hombre desgraciado.

LXI

—Mira, Guerrero—decía la *Butaca*, empujando de la cama á su hombre, que dormía profundamente—, los güenos amigos se conocen en la cárcel y en el espitar; con que ya te estás diendo á llevale á don Paco esas dos cajillas y

esa media docena de puros, que pa'iso los truje está madrugá.

—¡Lo que son las cosas, Juliana! ¿Me quedarás creé que jahorita mezmó estaba enzoñando con er?

—¡Pobrecillo!

—Me z'ha representao yebándose á mi chica á tierras mu lejas... lo cual que m'ha entrao una rabia.

—Pos con otros hombres iría pior la muchacha.

—¡Pero si es casao!

—Lo mesmito que tú. ¿Qué importa eso?

Guerrero no quiso discutir. Vistióse dominando el sueño que le agobiaba, tomó el tabaco que envuelto en un papel había colocado Juliana sobre la mesilla de noche y salió con dirección á la cárcel, agarrado siempre á su preocupación dolorosa.

Montenegro apareció sonriente del lado de allá de las rejas, y antes de que Guerrero pronunciara la primera palabra, dijo, tal vez para desvanecer las preocupaciones que su amigo llevaba pintadas en el rostro:

—La primera visita que he recibido en esta casa ha sido la de Dolores; ayer pasé aquí con ella uno de los ratos más deliciosos de mi vida.

—Sí...—repuso Guerrero emocionado—. Te quiere mucho... es muy agradecida.

—Yo también la quiero, y si no fuera por lo que es... te hacía mi suegro. Con ella ya tenía yo dos partes de la trinidad que ambicionan los

nihilistas: compañera inteligente y ocupación á mi gusto, porque lo que yo gozo cuando estoy haciendo un libro, me recompensa lo mal que me lo pagan.

La tercera parte de esa trinidad sugestiva es la libertad de pensar, cosa que todavía no es asequible en este desdichado pueblo.

—También yo te la hubiá entregao á ti mejor que á nadie...; pero... al ser casao... y yo no debía de hablá de eztas cosas, porque casao soy... y...

—Tu caso es excepcional. Con lo mismo que yo haría desgraciadas á dos mujeres, tú has hécho felices á cuatro, y además te has proporcionado un medio de vivir. Yo quiero demasiado á Dolores para colocarla en situación anormal y unirla á mi sino desdichado.

Guerrero dejó escapar un suspiro de satisfacción, que puso calma en el mar borrascoso de sus temores; después, irguiéndose como si se hubiera libertado de una carga pesadísima, dijo al escritor:

—Lo primero que hay que jasé ez sacate de ehta casa, que eztá pa los ladrones y los asesinos y no pa laz perzonas decentes.

—Eso, imposible. No pienses en ello. Me sacarán cuando quieran, y aún tardarán á querer mucho tiempo.

—Yo te buscaré un fiador y... si te parece que ofreciéndole diez *machos* al ezcribano.

—No hagas nada; mi proceso no es de los que se arreglan de esa manera.

—Yazabez que en aqueya caza tó ze compra.

—Todo, no. En mi asunto es inútil cualquiera tentativa.

—Entonses ¿qué se pué jase por ti? ¿Quiez que te ze mande la comía? ¿Quiez dinero?

—Nada, muchas gracias. Yo me arreglaré como pueda.

Guerrero insistió en sus ofrecimientos con obstinado empeño, y Montenegro siguió rechazándolos con energía; había hecho propósito de soportar estoicamente todas las contrariedades que le ocasionara su triste situación; estaba decidido á vivir aquella vida de miseria en todos sus detalles, á saborear todos sus dolores, para que todo ello dejara en su corazón un sedimento de odio que le animara en sus luchas, de las cuales habíase apartado, y al sentir que sus enemigos, durante la retirada, le habían herido en la espalda, decidía recomenzarlas.

Terminados los veinte minutos de comunicación ordinaria, Guerrero, después de haber entregado á uno de los guardianes el tabaco para que lo hiciera llegar á su destino, salió de la cárcel tranquilo de todas sus inquietudes y dolorido de la situación de aquel hombre admirable, modelo de caballeros, conjunto de todas las perfecciones, que sin causa ni motivo se veía continuamente atropellado por sus enemigos.

Al pasar junto á una taberna no pudo resistir al deseo de beber un «medio chico», para

hacerse fuerte sin duda contra la melancolía de que le llenaban aquellas consideraciones.

El tabernero tenía sentado sobre sus rodillas un niño como de siete años, y le enseñaba á juntar las sílabas y formar las palabras en una cartilla; dejó caer sobre el tierno grupo una mirada de lástima, y después de haber apurado de un sorbo el contenido de su vaso, siguió su camino murmurando:

—¡Pobre criatura! Ya t'eztán remachando la caena... Mañana serás un zeñorito más tiezo que un pararrayos; te gastarás en libros y en corbatas tó lo q'ha rejuntao tu padre, y si sales burro, serás criaio de un taernero, pudiendo haber zío amo, y si sales listo, te yevarán á la cárcel como á ese probe hombre, que zabe más que tós los paires de la llesia.

¡Cudiao que eztá la vía mal arreglá!... ¡claro! Ha nasío el hombre pa holgar y lo añúan ar trabajo como á un mulo de tahona... D'ahí viene tó... Si no hubiá dinero n'habría ladrones...; si nadie supió ler ni ezcribir, n'habría ley... ni cárcel...; si no hubiá... mujeres como la Juliana... tapoco habría mujeres honrás...; ezte mundo ez un jerolífico ingrés ó er que lo jizo azín, estaba maz loco q'una cabra.

LXII

Ocho días más tarde, Guerrero, que acompañaba á su hija al ensayo, le dijo frotándose las manos.

—Te voy á dá una güena noticia.

—Pues, si es buena, ¿á qué aguardas?—replicó Dolores con un gesto de impaciencia.

—Ayer hablé con el oficial de meza que tié la causa de Montenegro, y me dijo que lo van á poné pronto en libertad.

—¿Qué importa?—exclamó Dolores desdeñosamente—. Volverá otra vez. Se ha empeñado en pasar allí su vida.

A Guerrero le pareció mal la indiferencia de Dolores, y ya tenía en sus labios un reproche, cuando se acordó del tenorcillo, que todas las tardes salía del ensayo con su hija y durante los entreactos hablaba con ella en voz baja y con ella cambiaba miradas acariciadoras. Aquel pensamiento lo detuvo y cambió de conversación violentamente, por miedo á reavivar una pasión que desde aquel momento consideró apagada y marchita.

Casulleres, al cabo de los mayores esfuerzos, había logrado que Dolores escuchara sus requerimientos amorosos; para seducirla puso en juego sus magníficos recursos de artista y con-

siguió que en el ideal sublime del arte se fundieran muchas veces sus dos almas en una sola; los aplausos que juntos recibían eran un lazo que sin que se dieran cuenta los estrechaba sólidamente, y los trajes fantásticos y las aureolas de triunfo contribuyeron mucho á despojar la figura del joven del ridículo en que ella la miraba envuelta en un principio.

Dolores pensó fría y serenamente en el tenor y se dijo: Tendré un hombre que sea para mí compañero de profesión, colaborador de mi obra, defensor de mis intereses y de mi buen nombre, ave preciosa que me deleite con sus trinos y que ayude tanto como yo al sostenimiento de mi vida. Para Montenegro es y será mi amor verdadero; pero seré la mujer legítima de Ginés y cumpliré todos mis deberes. Me ha puesto el destino en ocasión de elegir entre mi corazón y mi comodidad, y resuelvo hacer traición á mi cariño. ¿En dónde habrá una mujer que esté libre de estos pecados?

Aquella noche, como todas las anteriores, los dos artistas salieron juntos del teatro.

Cuando Ginés, con la sonrisa en los labios y el fuego amoroso en los ojos, disponíase á repetir la cotidiana letanía, Dolores le interrumpió solemnemente:

—Cierre usted ya el *album azul*, amigo mío; vamos á hablar concretamente. ¿Está usted dispuesto á casarse conmigo?

—¡Ah, Dolores! ¡Esa sería mi felicidad!

—¿No tiene usted reparos que oponer á nuestro matrimonio?

—Pero ¿qué dice usted? ¡Nuestro matrimonio! Esa frase me vuelve loco, Dolores de mi alma.

—Quedamos, pues, en que usted, D. Ginés Casulleres y Puchebrenes, quiere contraer matrimonio conmigo, doña María de los Dolores Guerrero.

—Si es broma, ha elegido usted el tema con la mayor crueldad.

—No, no es broma. Yo consiento en casarme con usted... con una sola condición.

—Déla por cumplida. ¿Cuál es?

—Que sea pronto.

—Lo antes posible. ¡No faltaba más! Soy el más feliz de los mortales. Desde ahora mismo me dedico á preparar lo necesario.

—Diga usted lo imprescindible, porque quiero que sea con la menor cantidad posible de ceremonias: mi padre, mi hermana, una persona por parte de usted, un cura, un juez y una mañana de sol; esto es todo lo que necesitamos.

—Yo debo hacer á usted los regalos de costumbre.

—No hablemos de costumbre. Si usted me quiere como dice, su corazón será mi mejor regalo de boda.

El tenor cubrió de besos las manos de su amada y Dolores recibió el homenaje con orgullo de reina que acepta un matrimonio morganático. Un rayo de luna le reveló en toda su

ridiculez la figura extraña de aquél hombrecillo, que á la luz pálida parecía una evocación de Manfredo. En aquél momento intentó arrepentirse de su decisión, pero no pudo vencer á su amor propio y despechada dijo:

—Si por algo siento que no sea usted un Diógenes, es porque así no puedo yo ceñir á mi cabeza los laureles de Laïs... yo me entrego ¡para toda la vida!

Aquellas palabras injuriosas levantaron una arruga en la frente del pobre artista.

LXIII

Al día siguiente, el correo de la cárcel entregó á Montenegro una carta escrita en estos términos:

«Amigo de mi alma: Voy á darle cuenta de uno de mis desvarios. Usted es la persona que de mí ha merecido mayor afecto y la única ante quien me atrevo á desnudar mi corazón. En un momento de debilidad me he rendido al *imposible*, que como un fantasma tremebundo ha presidido todos nuestros coloquios y ha quebrantado tantas veces con su aliento de fuego las alas de mi ardiente fantasía. ¿Querrá usted dar crédito á mis palabras?... He resuelto casarme... ¿Con quién? No importa.... mi corazón no se casa...

DOLORES.»

En los labios del preso brotó una sonrisa ra-belesiana; pasóse la mano por la frente como para barrer los despojos de una preocupación intensa y después cayó en un sopor del que le arrancaron dos lágrimas que por sus mejillas rodaron hasta el papel que le había revelado las infinitas perplejidades de su alma, mas bien que la suprema determinación de aquella muchacha, cuyo sacrificio tantas veces había rehusado.

Preso de la ira, última derivación de su crisis nerviosa, levantóse repentinamente, miró con rabia en torno suyo y, en un momento de inconsciencia, descargó sus puños cerrados sobre la plancha de acero que blindaba la puerta inmovible de su cubil.

En el impío silencio de la cárcel se perdió un sollozo de angustia, que al salir de las entrañas de Montenegro, pregonó la agonía de una pasión sublime y pura.

EPÍLOGO

En uno de los principales teatros de Montevideo funciona una gran compañía de zarzuela española, en la que como primeras partes figuran el tenor Sr. Casulleres y la tiple Sra. Guerrero. El padre de la tiple está encargado de la contaduría, porque los recién casados son empresarios del negocio, que se desarrolla bajo la razón social «Casulleres, Guerrero y Compañía».

De una vieja casita de dos pisos, situada muy al final de la calle de Toledo, sale todos los días para oír misa en la iglesia barroca de San Cayetano, una mujer como de cuarenta años, envuelta en amplio mantón negro; es Juliana, la *Butaca*, jubilada de su oficio y alejada de sus malas andanzas, que todos los días primeros de mes, con escrupulosa puntualidad, cobra una pensión de cien pesetas, á la que Dolores, complacida de que su padre cumpla un deber tan sagrado, suele añadir otros veinte duros en

memoria de la solicitud con que la pobre mujer acudió á proporcionarle los trajes con que había de presentarse al público por primera vez.

En su cuartito modesto, coquetón y muy limpio, hace *pendent* con el retrato del *Merengue* otro de Guerrero, vestido de levita, con el sombrero de copa en una mano y un cigarro puro en la otra. El espacio de pared blanca que hay entre las dos fotografías, lo llena una colección de tarjetas postales, en las que aparece Dolores con una variedad infinita de trajes y tocados, todos ellos vistosos y elegantes.

Montenegro continúa en la cárcel, alimentando con el odio su espíritu rebelde, siempre rebelde contra el régimen que al mercado de Afrodita lleva las cortesanas en tocado de vestales, que vende la infamia al precio de justicia y hace encarnar en el excelso garrote la ley y el derecho.

Lleva ya cuatro meses de martirio, sin más tregua para sus angustias que la que al amanecer le concede un piadoso rayo de sol, en el que sus ojos de poeta ven una sonrisa que desde luengas tierras le manda un corazón soltero que vibra en el pecho de una mujer casada. . .

.....

FIN

Fe de erratas.

Lector querido:—y si perteneces á esa docena escasa de hombres que conmigo tienen deudas pendientes, cuyo importe ni aun con la vida pueden pagarme, considera que el cariñoso adjetivo no es para ti—. Al día siguiente de haber entregado á la imprenta las cuartillas de esta novela, me llevaron á la cárcel; fué un capricho de un juez y un fiscal que, por lo demás, acaso sean honrados, inteligentes y rectos. Cuando mi proceso llegó á la jurisdicción de los Sres. Magistrados de la Audiencia, fué sobreseído, porque el acto denunciado no constituía delito, con arreglo á la legislación española; no obstante ser ésta totalmente anterior á

mi procesamiento, estuve preso cien días, por cuya horrible mortificación, nadie ha de indemnizarme. Al salir, como ni al impresor ni al editor pude transmitir órdenes de clase alguna, encontré mi obra impresa, sin haber corregido yo las pruebas, ni haber hecho en ella ese último trabajo de atildamiento que pudiera llamarse el *vernísaje* de las obras literarias. No es, pues, extraño que haya en ella gran copia de erratas y de incorrecciones; las más importantes de las primeras, quedarán subsanadas en la *Fe* adjunta; en cuanto á las segundas, tú, lector querido, si no perteneces á esa execrable docena, sabrás hacerme gracia.

Con respecto á las faltas fundamentales, te diré que son mías todas, y por ellas me someto á la sanción que me impongas, y, si quieres comprobar mis escenas y mis tipos, antes de dictar tu fallo, búscalos en la vida, que de la vida los he tomado yo.

A Montenegro lo conocí en la cárcel otra vez que estuve por los mismos motivos y con los mismos fundamentos que ahora. De ventana á ventana me contó su historia, y aunque la seguí con interés, me hicieron perder algunos episodios las coplas de *el Calzones*, los suspiros de la *Portalaria*, las añoranzas de *Taravillo*, las reflexiones filosóficas de el *Pájaro*, y en general, las conversaciones animadas de mis distinguidos *compañeros* en la galería 4.^a, de los que te contaré en mis novelas mil cosas que han de servirte de solaz y regocijo.

Págs.	Línea	Dice.	Debe decir.
	5	escitta	escrita
8	— 4	mansión	mención
10	última	las copas;	las copas
11	13	los	las
11	21	puntadas	puntadas,
16	23	famoso	famoso;
17	2	y otros	y en otros
18	penúltima	cumplir	cumplir:
19	3	consecuencia	congruencia
19	15	ataques	atoques
24	3	frase	fase
24	4	canallesca	canallesca:
24	5	pudiera	pudieran
25	9	aprecio	aprecio:
32	10	adoraban	adosaban
33	4	manda	mandara
33	4	se comía	recorría
35	7	displicente porque	displicente sino porque
35	19	honrosa	honrosa,
36	12	avcinadas	averiadas
36	20	con <i>aquel</i> acta	<i>apud</i>
36	última	<i>siquis</i>	<i>si quis</i>
40	15	famosa	penosa
46	11	pantagruchina	pantagruelina
47	11	necio	sucio
48	18	animado	arruinado
48	22	místico	rústico
49	15	venirse	reunirse
49	23	Stuars	Stuards
53	2	amor	arroz
54	2-3	Van Dik	Van-Dik
25	17	aucestral	ancestral
57	16	facilitarlas	facilitarles
61	2	Vellington	Napoleón

Págs.	Línea.	Dice.	Debe decir.
61	4	cuando,	cuando
71	última	loco	coco
74	16	ya	y
76	14-15	enfrancándose	enfrascados
89	8	banocas	barrocas
89	21	aturdiendo	atendiendo
97	— 4	últimas	lo último
100	2	arco	cuco
100	6	echose	calzose
102	5	aparecía el	aparecía en
102	8	y todo	todo
103	5	delicados	dedicados
103	18	uñas	riñas
105	19	por el	; en el
105	20	oscuro	oscuro,
112	5	combatirlo	compartirlo
117	21	funesto,	funesto
117	última	ansiosos	curiosos
120	16	mancharse	mancharle
122	22	Hannadio	Harmodio
125	15	seres	reses
140	13	sándade	saudade
141	4	<i>segumque</i>	<i>regumque</i>
146	23	presión	prisión
152	14	aquella	aqué
161	— 6	Briarco	Briareo
165	6	no	eso
167	10	vieron á	vieron hablar á
176	18	Linifo	Sisiffo
176	— 3	plácida	flácida
182	11	portamantas	portamacetas
187	— 7	gruesos	guenos
196	2	pero tenía	pero no tenía
196	15	<i>amar</i>	<i>armar</i>

Obras del mismo autor.

Originales.

- Misterios del mundo.** — *Filosofía del suicidio.* — Un tomo 1
- Cervantes de levita.** — **Nuestros libros de caballería.** (*Crítica literaria y crítica social*). Un tomo 1
- Don Quijote de la Mancha.** — *Comedia lírica sobre la base de la obra inmortal de Cervantes.* Un tomo. 3

Traducidas.

- Gargantua,** de Rabelais, con prólogo y notas del traductor. — Un tomo. . . . 3,50
- La poesía épica y el gusto de los pueblos,** de Voltaire, con prólogo y notas del traductor. Un tomo, con cuatro láminas de Sánchez Solá. 1
- Roma galante bajo los Césares,** de Suetonius. Traducida del latín directamente y precedida de un estudio original sobre la evolución de la historia en Roma. — Dos tomos, con ocho láminas de Sánchez Solá. Cada tomo . . 1

En prensa.

La novela de un patriota.

Relato documentario de la forma en que la Patria corresponde á los sacrificios de sus buenos hijos.

El autor sigue paso á paso las desdichas de un soldado que acude voluntario á la última guerra, y para ello abandona sus amores, su carrera y sus bienes de fortuna, creyéndose llamado por esa voz misteriosa que á veces proclama los genios y á veces llena de cadáveres los barrancos de la vida.

Esta obra, edificada sobre datos recogidos en la realidad, es una verdadera colección de documentos humanos, en la que el autor, con la valentía que le es característica en el pensamiento y en la frase, y con el espíritu sutil de observación que revela en todas sus obras, dirige contra el medio ambiente increpaciones, unas veces severas y otras humorísticas, que dan á su labor un carácter verdaderamente transcendental.

GABRIEL D'ANNUNZIO

La Gioconda.

(TRAGEDIA)

Esta incomparable y originalísima obra de Gabriel d'Annunzio, ha sido traducida al castellano, por el conocido poeta D. Francisco Villaespesa.

Cuanto pudiéramos decir de este libro, resultaría pálido; sólo pueden apreciarse las delicadas bellezas que contiene, leyendo y rele-
yendo sus páginas, en las cuales ha puesto toda su alma el distinguido literato italiano.

Precio, 3,50 pesetas.

Rafael López de Haro.

En un lugar de la Mancha...

(NOVELA)

El título de esta obra hace pensar en Cervantes, pero el autor nos dice en ella que hacía falta un *Quijote* que digese precisamente todo lo contrario. Tal vez es esto lo que se ha propuesto el novelista al describirnos bellamente, en amena prosa y sugestivo estilo, las pardas llanuras de la Mancha, «sin un montículo, sin un grumo que rompa la igualdad del plano, como si fuera imposible en aquellas latitudes oceánicas levantar nada sobre el pavés», de paso que nos cuenta, con travesuras de pluma y atrevimientos de narración, todas las intimidades del amor en su realidad, llegando en este punto á pasajes de una intensidad erótica que sobresalta.

Sondéase en esta novela á la mujer manchega en alma... y cuerpo; con felices atisbos de observación se retrata el vivir rural, las costumbres, el sentir y el medio ambiente, para concluir con una cruel impresión de horror, emocionante final de la trama dramática y grito de protesta al ver el espíritu de una región ubérrima en la yacija de la incultura y de la mezquindad.

Tales son los tres méritos principales de esta nueva novela: un estilo suelto y deleitoso, un verdadero prodigio de color en las descripciones, y un fondo educador de imponderable valor ético.

PRECIO, 2 PESETAS

Manuel Machado.

A L M A

Es un libro único que ha hecho, solo, la reputación de Manuel Machado, el poeta joven, predilecto. «Es de esos libros, ha dicho un gran crítico, que parecerían excesivamente cortos, si, terminada la lectura de su última página, no volviera á empezarse de nuevo desde la primera. Libro más querido que admirado; toda la juventud de hoy, sabe de memoria sus estrofas».

PRECIO, 3 PESETAS

CAPRICHOS

Es la continuación de *Alma*. El mismo libro y el mismo poeta, un poco más viejo y más maestro, pero siempre despreocupado y elegante. Poeta de hoy como ninguno; sus libros han alcanzado la mayor voga.

PRECIO, 3 PESETAS

La fiesta nacional.

Ha dicho el gran poeta Laurent Tailhade que es lo único escrito en verdadera poesía sobre nuestra admirable fiesta de los toros.

PRECIO, 0,75 PESETAS

Obras modernistas en verso.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

Luis Armando.—Flor de lis (poesías). 2,50 pts.

Primera producción de un joven que revela grandes condiciones de poeta.

Augusto Briga.—Mundanas (poesías eróticas). 3 ptas.

Notable colección de poesías llenas de inspiración y novedad, donde se canta el amor en todas sus fases, en forma delicada y castiza.

Emilio Carrére.—Románticas. . . . 1 ptas.
El Caballero de la Muerte. 3 »

Dos libros interesantísimos donde se manifiesta un poeta de altos vuelos, que une á la corrección de la forma lo exquisito de la sensibilidad.

José Santos Chocano.—Alma americana (poemas indo-españoles . . . 5 ptas.
Los Conquistadores (drama heroico). 2 »
Fiat lux (poesías). 5 »

Es sobradamente conocido el autor de estas tres obras, para que pretendamos elogiarlas.

Entre los autores americanos descuella como uno de los más principales. Su dominio del idioma castellano es verdaderamente notable y maravilloso.

Enrique Díez-Canedo.—Versos de
las horas 2 ptas.

Primera colección de versos que denota un poeta exquisito, sabio en el arte de la rima.

Nilo Fabra.—Interior. 3 ptas.

Primer libro, que coloca á su autor entre las avanzadas de los poetas nuevos.

Ingenuamente 2 ptas.

En este tomo aparece ya completamente definido el carácter literario de Nilo Fabra.

Federico Gil Asensio.—Como la vida. 1 pta.

Interesantísima colección de poesías con un prólogo de Alejandro Sawa.

González Matallana.—Alma de flor. 2 ptas.

Poesías llenas de ingenuidad y de interés.

Juan R. Jimenez.—Jardines lejanos. 3,50 pts.

El libro más inspirado del poeta de *Ninfeas* y *Arias tristes*, Juan R. Jiménez, tiene dentro de la literatura española una personalidad de relieve.

Juan Ortiz de Pinedo.—Dolorosas.. 2 ptas.

El autor de este libro es uno de los poetas más delicados de la nueva generación. *Dolorosas*, como su nombre lo indica, es una admirable colección de poesías, donde palpita un verdadero corazón de artista.

Luis de Oteiza.—Brumas 2 ptas.

Lleva este libro un proemio en verso, de Villaespesa. Oteiza se revela como un verdadero poeta moderno, con poesías tan admirables como la *Marcha de los vencidos* y *Caperucita roja*.

Juan Pujol.—Ofrenda á Astartea. . . 2 ptas.

Villaespesa dice en el prólogo de este libro que Pujol es uno de los mejores poetas de la nueva escuela, y esta opinión ha sido confirmada por la Prensa, en artículos llenos de admiración y de entusiasmo.

Pedro de Répide.—Las canciones de la sombra. 3 ptas.

Répide es, sin disputa, el más culto de los escritores nuevos, y en este libro, como en todos los suyos, resplandecen sus notables condiciones de poeta y de hombre de gusto.

Solón Argüello.—El grito de las islas. 3 ptas.

Notable colección de poesías del joven escritor americano, que en tan poco tiempo se ha

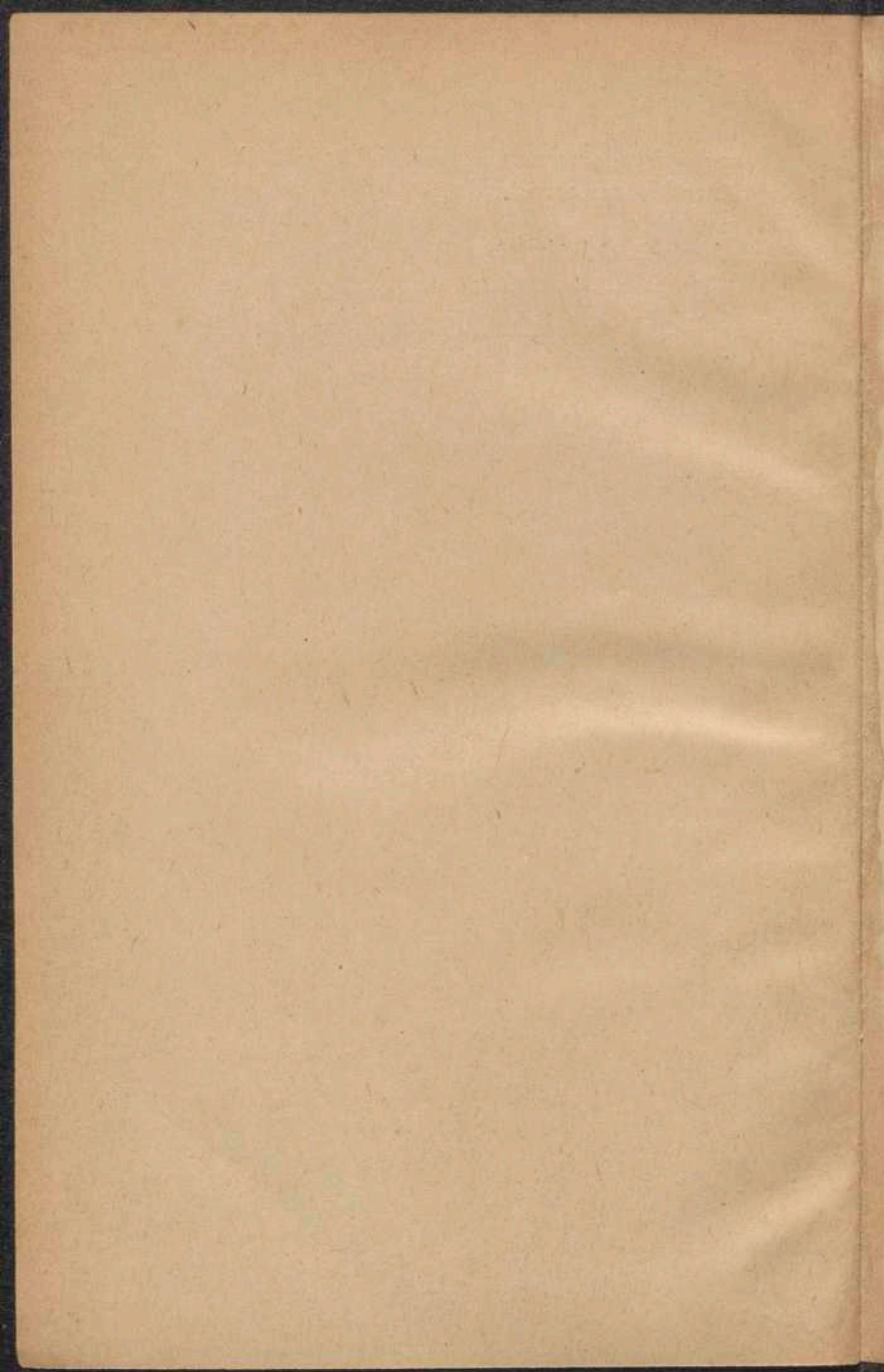
conquistado un nombre envidiable en la literatura hispano americana.

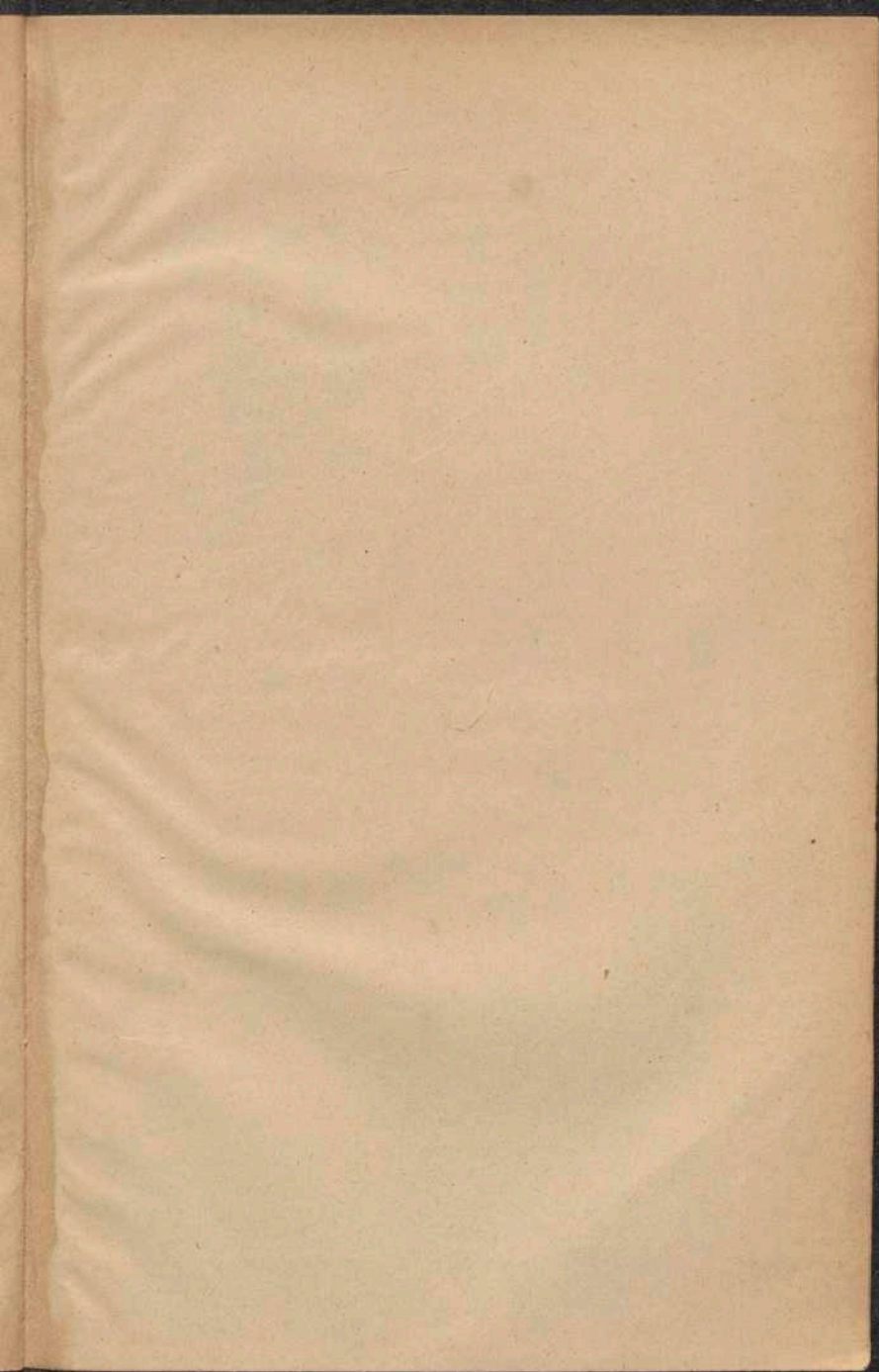
Jesús E. Valenzuela.—Almas y Cármenes. 5 ptas.

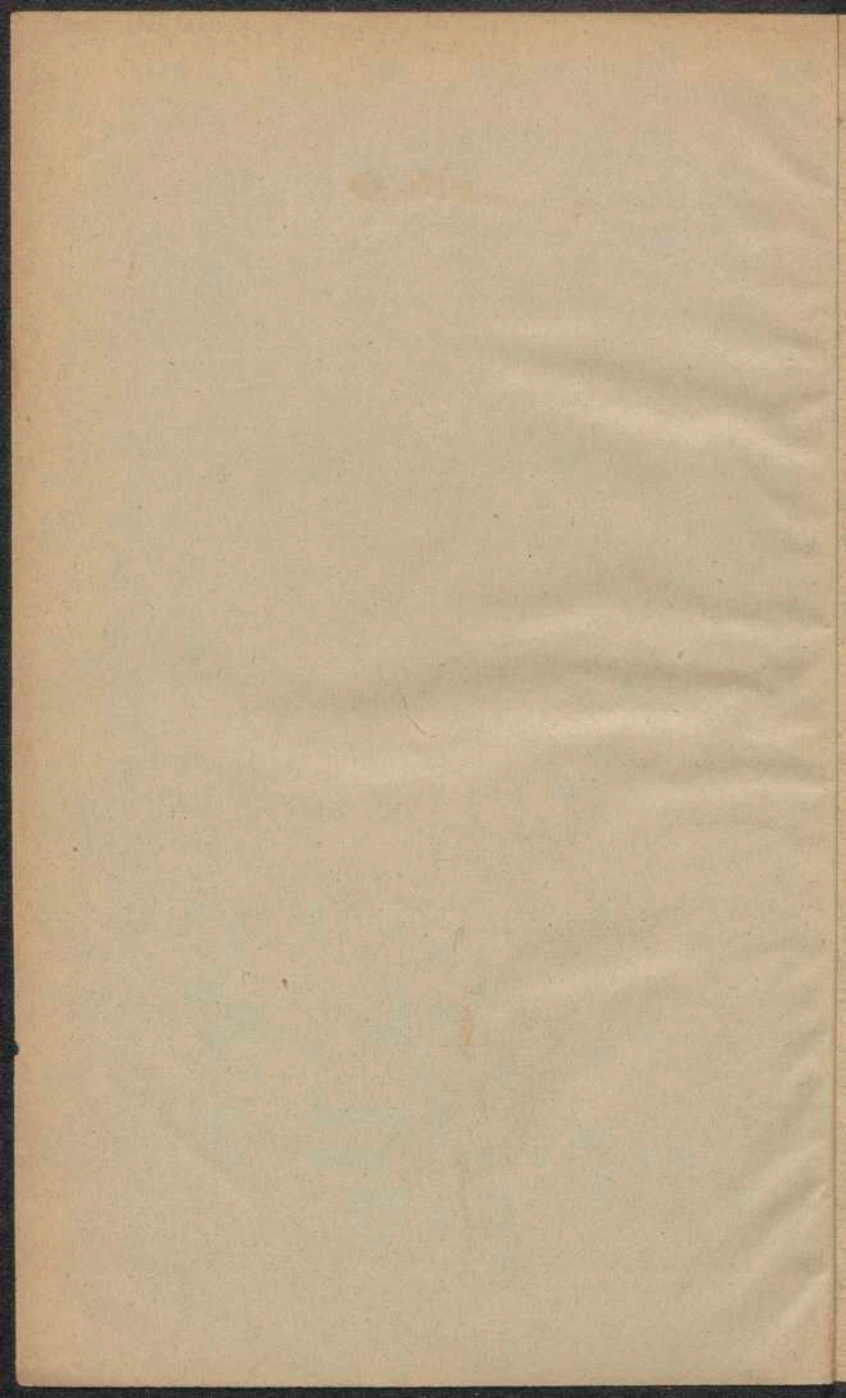
Este libro forma un elegante tomo de ajenas y variadas composiciones.

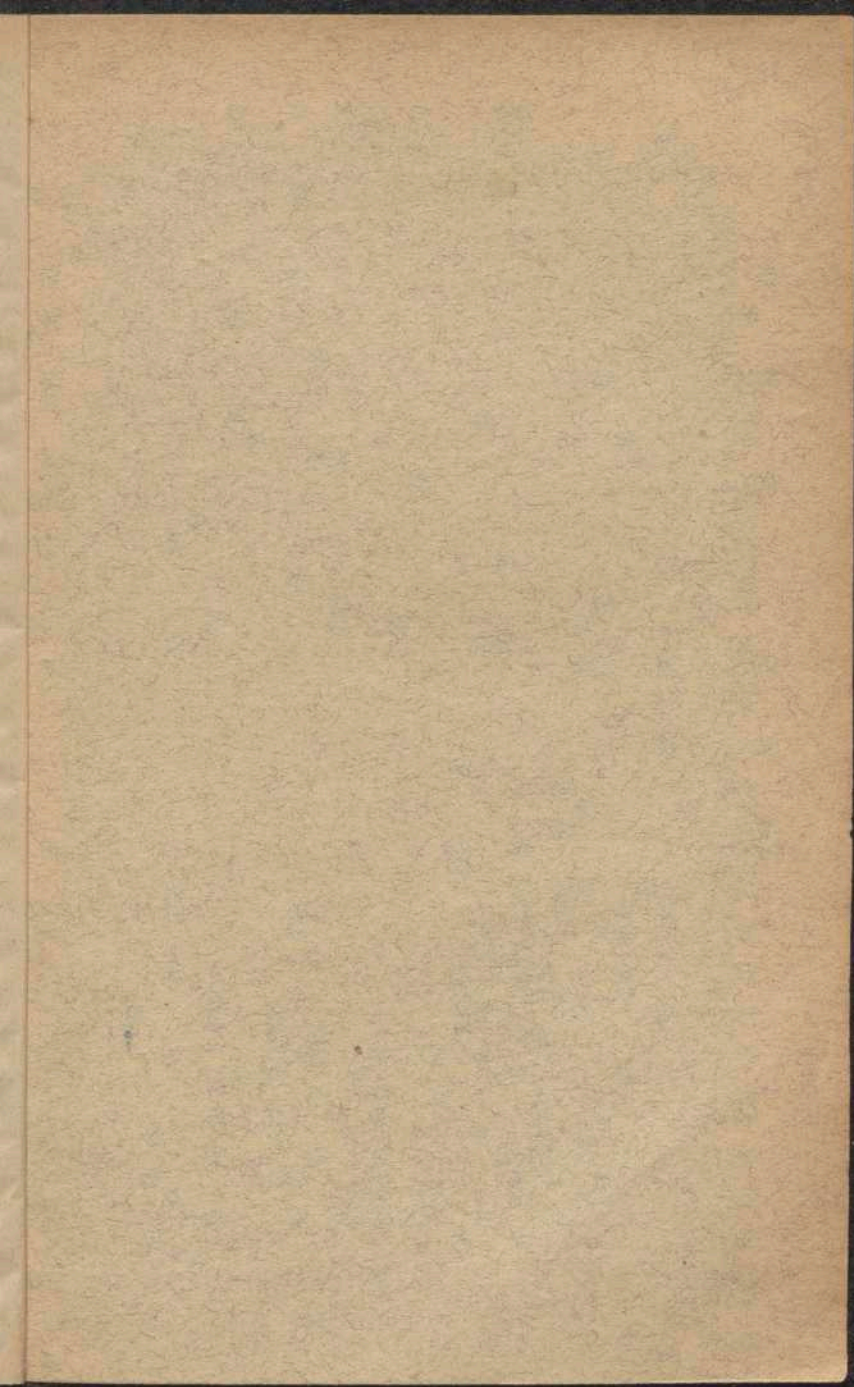


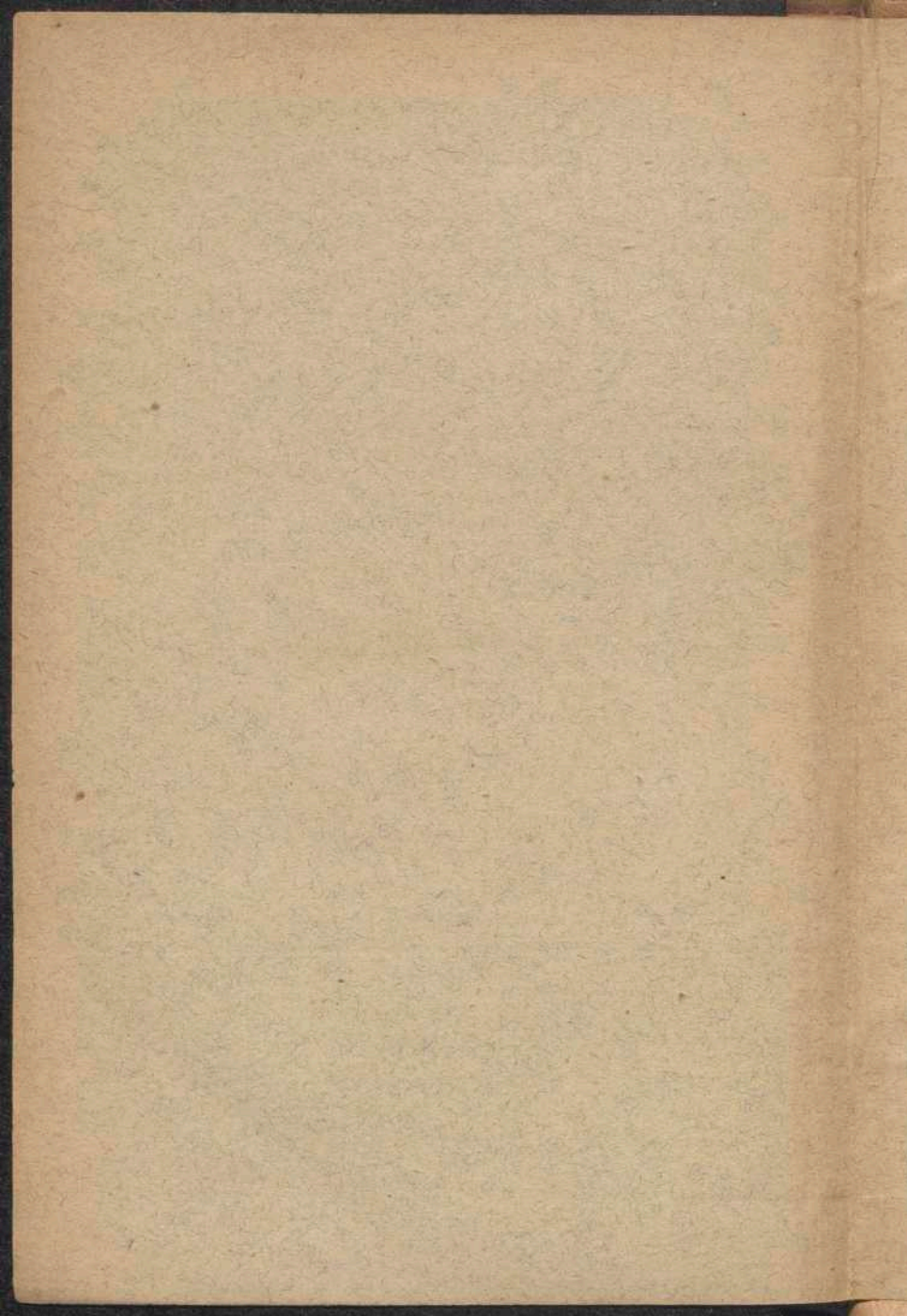
INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

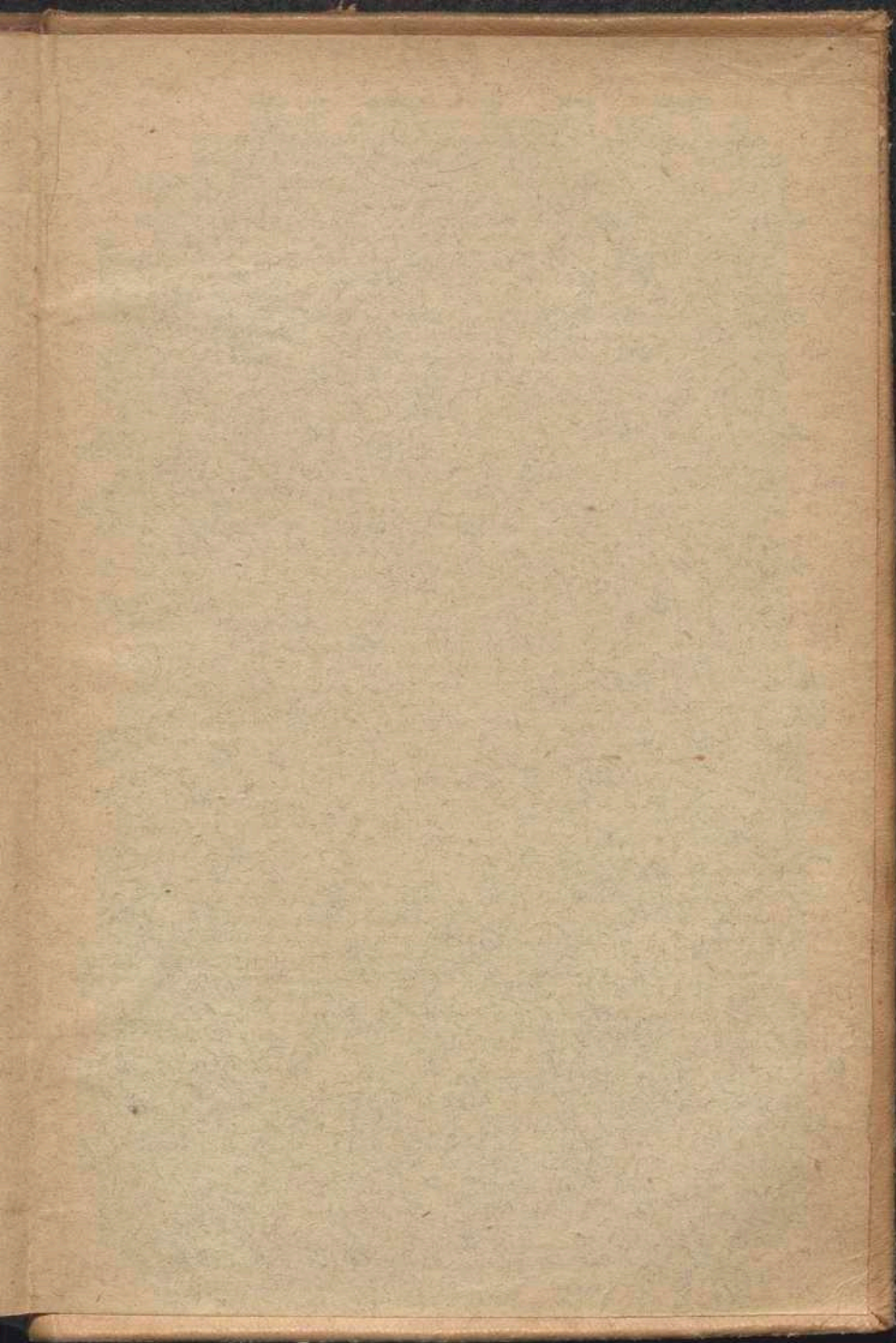


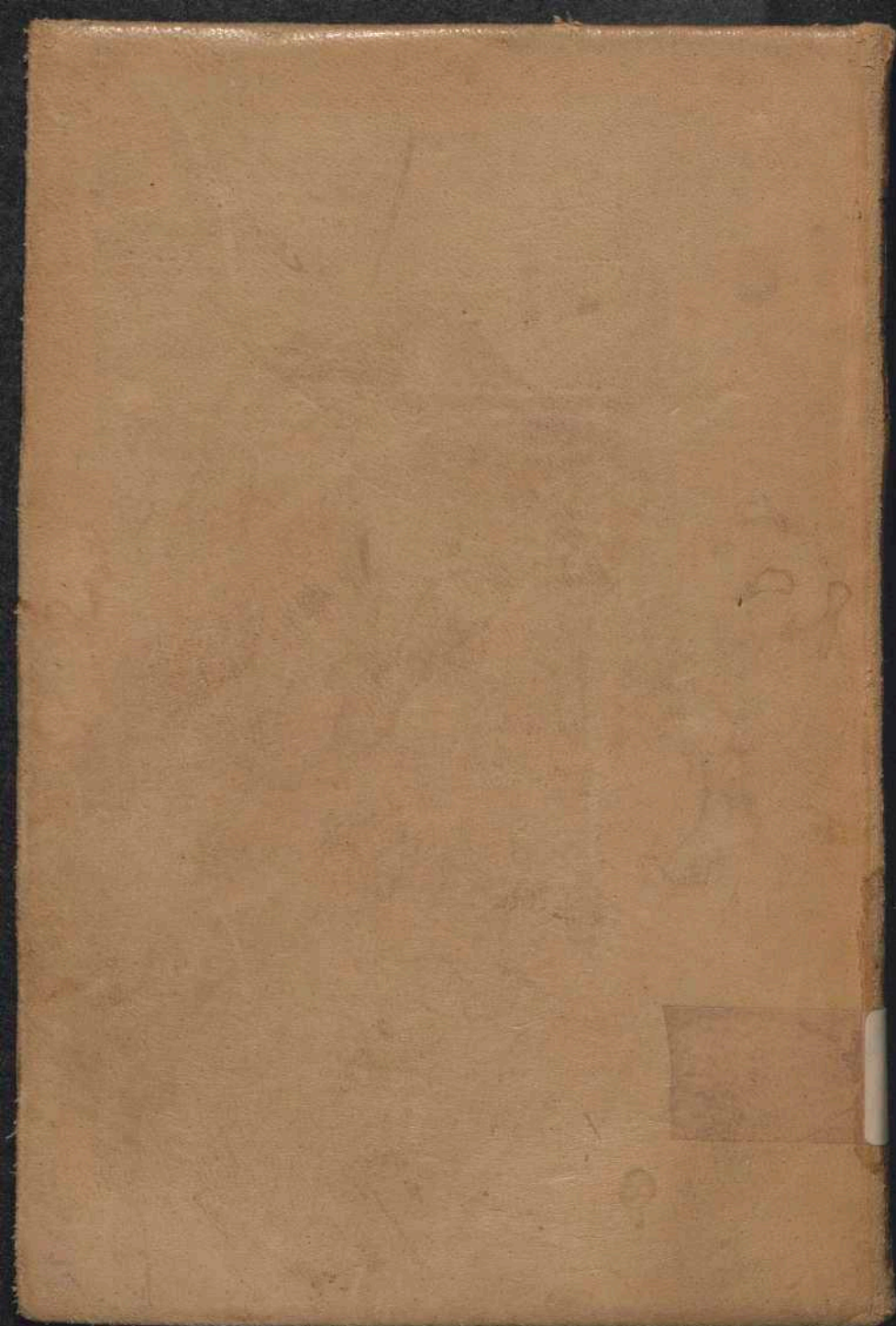












SARRIOBERO

GUERRERO

860-31
BAR
7